

¿Qué piensan los perros?

Ricardo Zamorano

¿QUÉ PIENSAN LOS PERROS?

Ricardo Zamorano



Tres personas

Tres perros

Tres motivos

Tres destinos

Capítulo 1

PRÓLOGO 1

Sandra no podía aguantar el calor ese día, veinticuatro de Junio. El sol estaba tan brillante que no se podía ni levantar apenas la vista hacia el cielo, ya que hacía daño en los ojos. Era el día en el que por fin, después de unos largos e interminables nueve meses en el colegio, se irían de vacaciones.

Todos los años iban a la playa, exceptuando algunos en los que, tal vez, visitaban otro país, como París, lugar que a ella le había encantado. Pero nunca volvían al sitio al que habían ido el año anterior, y lo mejor era que sus padres no le decían el lugar en el que pasarían las vacaciones. Durante todo el camino hasta que llegaban, la emoción e impaciencia de Sandra por llegar a ese lugar y ver cuál era no dejaba de crecer.

Sin embargo, ese día era distinto. Lo que había ocurrido el día anterior la había dejado triste y lo último que quería era irse de su casa. Solo deseaba volver a tenerla cerca y jugar con ella.

Su padre la llamó desde dentro de la casa mientras ella, a pesar del insoportable calor, permanecía sentada en las escaleras del porche de la casa mirando la puerta exterior y esperando a que apareciera, casi con lágrimas en los ojos.

Se levantó y se metió en la casa. Su padre le dijo que recogiera lo que se iba a llevar y lo acercara al coche. Ella se dirigió a su habitación cabizbaja y cogió su maleta, que había preparado con la ayuda de su madre, y su pequeño peluche de un cocker blanco con las orejas marrones, su raza de perro preferida.

Al salir, su padre estaba abriendo la puerta del coche (un Peugeot azul que reflejaba el brillo del sol), rodeado de tres maletas. Su madre, agachada, colocaba a su hermanito en el asiento homologado de atrás.

Se acercó y dejó la maleta en el suelo con el peluche encima a esperar a que su padre terminara de colocar las maletas.

En ese momento se dio la vuelta para echar un último vistazo a la nada que suponían las calles vacías para ver si lo que buscaba la rompía, pero lo único que apareció fue un coche que iba a bastante velocidad, lo que hizo que el pequeño cocker se callera al suelo por el aire que había provocado el automóvil y rodara hasta el centro de la carretera.

Sandra, al verlo, no lo pensó dos veces, y se precipitó corriendo a por él sin oír los gritos de sus padres que la avisaban de algo y sin oír

tampoco el motor del coche que se acercaba por el otro sentido; lo único que quería era no volver a perder otro.

Ya estaba rozando el suave algodón del peluche cuando algo, dos especies de almohadillas pequeñas y ovaladas, le golpearon en el trasero y la empujaron hacia delante, cayéndose unos centímetros más adelante y dándose cuenta, mientras se daba la vuelta, de lo que había sucedido al oír un pequeño golpe seco y un coche rojo frente a ella.

Eso hizo que, paralizada, agarrara con fuerza a su peluche de un cocker y empezaran a caérsele las húmedas lágrimas.

PRÓLOGO 2

Nada más aspirar el aire cálido de la calle, a Santi se le resbalaron algunas lágrimas por las mejillas, allí, con la cabeza echada hacia atrás, delante de la grande e impenetrable puerta que daba al peor mundo que jamás podía haber imaginado. Habían sido solo cuatro meses, pero ese «solo» en un sitio así significaba algo muy distinto.

Aunque en el fondo sabía que había merecido su estancia allí, la decadente superficie de su ser continuaba negándolo. Sin embargo, algo en su interior, tal vez corazón, no cesaba en su empeño, y le hacía arrepentirse.

Con su pequeño saco de tela negro empezó a andar hacia su casa, donde estaría su hijo, que no había ido a recibirle en la salida por lo que él ya sabía. Al ir por las calles miraba, sin creérselo aún, todos los edificios, los coches, y a la gente con la que se iba cruzando.

Se paró junto a cinco personas más en un paso de cebra regulado por un semáforo, en ese momento abierto para los vehículos. Una de esas personas era ciega; un hombre con gafas oscuras. En su mano derecha agarraba un largo bastón y en la izquierda, con una corta correa, llevaba a un gran mastín de color beis. El perro se le quedó mirando con sus redondos ojos negros y luego apartó la vista, concentrándose en ayudar a cruzar a su amo, pues el semáforo se acababa de poner en rojo y les daba el paso a ellos.

Santi, después de haber estado mirando a ese perro, se quedó inmóvil donde se había parado, pensando en algo que intentaba alejar de su mente y que nunca le había parecido malo hasta que le llevaron en el lugar del que acababa de salir. Un recuerdo del que él era bastante

culpable y que realmente merecía que le atormentara.

Cuando volvió a la realidad, el semáforo lucía de nuevo orgulloso el brillante disco verde que daba paso a los coches y tuvo que esperar otra vez junto a un renovado grupo de personas.

Para llegar a su casa tenía que pasar por delante de la perrera. Allí había una verja que daba al patio donde se encontraban los perros que serían vendidos o sacrificados. Él no quería pasar por ese lugar, ya que los perros siempre se acercaban ladrando y se ponían de pie junto a la verja, lo que le ponía de los nervios y enfurecía, pero no le quedaba más remedio; estaba deseando llegar a casa y ver a su hijo y ese era el camino más corto.

No obstante, esa vez no se acercó ningún perro y sabía la razón. Había oído una voz que les llamaba para la comida, y los animales se olvidaron de aquel ser que cruzaba por el otro lado de su verja. Pero algo llamó su atención. Un movimiento que pudo ver con el rabillo del ojo. Santi se paró, se giró y miró a aquel perro que movía el rabo de un lado para otro y no paraba de moverse sin quitarle la vista de encima mientras se apoyaba en la verja sobre dos patas. Aquel perro que tanto conocía y que le hizo estar en el lugar del que hace unos minutos acababa de salir. Aquel perro que, a pesar de todo, parecía reconocerle y quererle: su máquina.

PRÓLOGO 3

Miguel entró en la floristería y recorrió el establecimiento buscando margaritas, claveles y rosas. Cuando las encontró cogió cinco de cada una y le dijo a la dependienta, una mujer mayor que le conocía, que las atara juntas por el tallo. Al terminar, la mujer le dio el pésame y él se lo agradeció a la vez que la entregaba el dinero. Luego salió.

Se dirigió al cementerio. Hacía cuatro días del fallecimiento y ya le había llevado flores, pero no quería ver encima de la lápida las plantas marchitas, por lo que iba a remplazarlas por las que había comprado. Aunque aquello no era la única razón por la que se dirigía allí. Esta vez se despediría para siempre.

Desde lo que ocurrió no había conseguido dormir de un tirón, a pesar del cansancio, y era debido a que no cesaba de pensar que ya nunca volvería a ver a aquella persona, y a porque nunca había estado solo y no le gustaba levantarse y no ver a nadie, con todo lo que ello conllevaba: no saludar, no contar los sueños cuando habían sido interesantes o extraños,

no comentar una película o serie mientras la veían, no hablar de lo que habían hecho en el día. Todo eso lo odiaba y no sabía si podría aguantar más tiempo así. Lo único que le animaba un poco era ir al cementerio y sentarse junto a la lápida de quien habían enterrado hacía cuatro días. Allí, a la piedra que tenía enfrente o tal vez a algo más imperceptible para los ojos, contaba todo lo que había hecho desde que se había levantado. Pero no siempre podía seguir así.

Esa noche, en uno de sus cortos sueños, se había visto a él mismo en casa. Acababa de levantarse y daba los buenos días, y hablaba con alguien acerca de lo que había soñado y cómo. Más tarde, sentado en un sofá viendo una película, comentaba cada escena. Pero en ninguna de las oníricas escenas conseguía ver a quién se estaba dirigiendo, era como un fantasma, solo recordaba haber tocado algo que parecía pelo.

Ese sueño le pareció demasiado desconcertante para él, raro, y sería una de las cosas que contaría a la lápida. Tal vez se estuviera volviendo loco por esa soledad que estaba sufriendo y que nunca en su vida había padecido. Por eso iba a poner una solución a todo aquello.

Al llegar al cementerio no había nadie, solo un puñado de abejas alrededor de las flores de casi cada una de las lápidas. No se oía nada, a parte de los zumbidos de aquellos insectos... y algo más, algo que a la primera no pudo identificar pero que a medida que se aproximaba a la tumba que había ido a ver y que todavía no tenía a la vista, se hacía más audible, pudiendo sacarle significado. Era un sonido muy reconocible, de una respiración con la boca abierta, un jadeo, y no era humano.

Era de un animal.

De un perro.

Cuando al fin estuvo la lápida a su vista, no podía creer lo que había tumbado al lado de ella. Eso le hizo detenerse de golpe y percibir, al rato, de que le caía agua por las mejillas.

Estaba llorando.

Capítulo 2

1

—Ese, papá. Quiero ese. Me gusta mucho. —Sandra señaló un cachorro de cocker de color blanco con patas manchadas de un marrón oscuro, al igual que la larga oreja derecha. El perrito estaba expuesto en una tienda de animales y se podía ver a través del escaparate.

Habían salido a dar un paseo en aquella calurosa tarde de principios de primavera, un sábado, y pasaron por delante de la tienda de animales El Mundo Animal. En ella se vendían pájaros, peces, tortugas, lagartos, perros... Y todo tipo de material y complementos para aquellas mascotas. Se pararon delante de la vidriera, ella, su padre y su madre con su hermanito de seis meses en brazos, y a través del escaparate de cristal estaban colocadas esa especie de cajas transparentes con unos agujeritos en los lados donde metían a los cachorros para su venta.

Había seis, tres debajo y otras tres encima. En la fila de abajo yacía un pequeño bulldog blanco dormido, tumbado boca arriba que a Sandra la hizo reír; a su lado, en la otra urna, había un cachorro de pastor alemán que parecía contento con ellos porque se ponía de pie y no dejaba de mover el rabo; y en la última caja de abajo, dos diminutos caniches que estaban comiendo. En la fila de arriba había un diminuto yorkshire que no paraba de dar agudos ladridos amortiguados, en parte por el cristal de la urna, y por el del escaparate; tres rottweilers, que por lo pequeños que estaban e indefensos que parecían nadie podría imaginarse que eran de una raza considerada de las más peligrosas; y en la caja de la izquierda de la parte de arriba, había dos cockers Spaniel también cachorros. Uno completamente negro y otro blanco con manchas marrones, en el que se fijó Sandra, debido a que era muy parecido a un peluche que tenía, razón por la que no paraba de decir que le quería. Pero sus padres no estaban muy convencidos.

—¿Cómo dices, Sandra? —preguntó su padre extrañado.

—Quiero que me regaléis ese perrito para mi cumpleaños, papá —volvió a decir.

El cumpleaños de Sandra sería dentro de una semana, el uno de abril, y cumpliría seis años. Desde que le regalaron el peluche, hace dos años, le empezaron a gustar los perros, pero hasta ahora, no se le había ocurrido tener uno de verdad. Sin embargo, al ver a ese cachorro que se parecía tanto a su querido muñeco se le antojó, y no paraba de mirarle, con sus ojos marrones más brillantes que nunca, mientras les pedía a sus

padres que se lo regalaran.

—No podemos comprar un perro, cariño —le dijo su madre—. Un perro es una gran responsabilidad: hay que cuidarle, darle de comer, sacarle a la calle, limpiarle... Y con tu padre trabajando y yo cuidando de tu hermano cuando tú estás en el colegio, no podríamos encargarnos de él.

—Yo cuidaré de él —afirmó Sandra más convencida que nunca, mirando ahora hacia sus padres con expresión ligeramente triste, pues sabía que ya iba a ser difícil convencerles.

—Tú puedes cuidarle por la tarde —continuó diciendo su madre en tono dulce—, pero por la mañana no, y el perro tendría que salir a hacer sus necesidades, cariño. Además, cuando tengas deberes no podrías ni siquiera atenderle por la tarde.

Sandra no sabía ya qué decir. Normalmente solía insistir con más empeño, pero la inesperada negativa había acabado con todas sus armas. Sus padres habían ganado. Echó un último vistazo al perrito, que no paraba de agitar el reducido aire del interior de la urna con el rabo y la miraba, según ella, sonriente, y se giró cabizbaja, medio decepcionada, medio enfadada, hacia sus padres.

Siguieron con el paseo y se detuvieron en el parque. Sus padres se sentaron en un banco de madera y ella con ellos. No estaba con ánimo para jugar.

Sentada, con la mente un poco más despejada, pensó en volver a insistir, pero tendría que Ofrecerles Algo Que Les Interesara, como decía papá cuando hablaba con mamá de trabajo. Tardó un rato en venirle a la mente lo que les diría, y cuando lo hizo, supo que al fin convencería a sus padres.

A pesar de que le costaba mucho despertarse temprano para ir al colegio, decidió que todas las mañanas se levantaría una hora antes para sacar al perro, acompañada de su padre, por supuesto, y después, antes de irse, le serviría la comida. Por la tarde, cuando terminara los deberes, le volvería a sacar y le volvería a echar comida. Así se lo explicó a sus padres rompiendo el silencio en el que se encontraban con los chillidos de los niños del parque de fondo, y aunque la respuesta no decía exactamente que se lo fueran a regalar, le tranquilizó y le subió el ánimo, tanto, que fue a los columpios del parque a jugar.

—Ya veremos —fue la respuesta de su padre y de su madre, que hablaron a la vez.

El galgo, de un barcino marrón y negro, detrás de la liebre, había dejado a Santi sin habla. El can, desde que echó a correr no había dejado de rozar con el hocico al pobre animalito que tenía delante y que huía de él desesperadamente. A Santi le encantaban los músculos de aquel galgo: cómo se apretaban y se aflojaban en las patas traseras; cómo pisaba mientras corría; la forma de curvar el lomo al contraer las patas; el movimiento del fino rabo al girar.

Tenía tan solo nueve meses y medio, pero ya se veía la sangre que tenía, el instinto cazador que un galgo debía tener, y eso a Santi le gustó aún más. No podía cerrar la boca mientras le veía correr.

Se encontraba en el campo, en medio de un pesado barbecho, sudando por la larga caminata que había hecho esperando ver una liebre tumbada, y estaba observando al perro para ver si valía, para comprárselo a su dueño, que también se hallaba allí, y que lo había puesto en venta porque su perra dio a luz a nueve cachorros, de los cuales solo habían muerto dos y había vendido uno.

Al fin, la liebre dio un quiebro, pero sería el último, ya que el perro, sorprendentemente listo, giró la cabeza hacia la dirección que había tomado de repente la liebre mientras abría la boca y la cerraba, atrapando así al pobre animalito y terminando una larga y bonita carrera que había durado casi tres minutos.

—¿Qué te parece? —preguntó el vendedor mientras el perro se acercaba con su premio hacia ellos.

—¡Me encanta! ¡Es magnífico! —le contestó Santi todavía sorprendido y eufórico. El perro llegó a ellos jadeante y Santi le quitó la liebre de la boca a la vez que le acariciaba. El roedor era un gran macho que pesaba bastante—. ¿Por cuánto dijiste que me lo vendías?

—Dos mil setecientos euros —le contesto rápidamente por debajo de su bigote negro.

—¿Qué? —dijo Santi desconcertado—. No soy tonto, Javi. Sé que no me diste ese precio porque si hubiera sido así, ni siquiera me habría molestado en probarle. ¿Me quieres engañar?

—No, hombre, Santi. No digas eso. Es que, cuando te dije el precio por primera vez no sabía lo bueno que era el perro. Yo no lo había probado todavía. Le he sacado unas cuantas veces, pero nunca le he hecho correr. No me puedo creer que sea tan bueno.

—Pero Javi, somos amigos desde cuándo...

—Ni me acuerdo.

—Eso es: ni te acuerdas. Yo tampoco me acuerdo. Ninguno nos acordamos porque cuando nos conocimos éramos aún niños con meses de vida.

Javi bajó la mirada al suelo.

—Por favor, déjale en el precio que me ofreciste y te lo compro. De lo contrario, no se lo vas a vender a nadie. Recuerda que me llamaste a mí porque nadie quería comprar perros. ¿Cuánto era? ¿Mil seiscientos?

Eso era cierto. Javi le llamó hacía dos días desesperado porque no conseguía vender a los perros, y Santi necesitaba un galgo porque hacía dos semanas que le robaron a uno de los suyos, que corría junto a su perra Lola; y esta, a pesar de ser bastante buena, no podía correr sola. Siempre era mejor que corrieran dos perros juntos. Por lo tanto, quedaron en que cuando dejara de llover irían a probarlo.

—Ya te lo he dicho, Santi. No puedo vendértelo por ese precio. Es demasiado barato para un perro como este. —Levantó los ojos y los volvió a bajar—. Lo siento. Si no le quieres seguiré buscando a gente para que me lo compren.

—No puedo gastarme tanto dinero. Mi hijo me mataría —dijo Santi apenado mientras acariciaba al can—. Es una pena. Es un gran perro y va a ser un buen cazador, pero no puedo. —Hizo una larga pausa, como si ello enviara señales a su amigo de la infancia que le hicieran cambiar de idea—. Hasta luego, Javi —logró decir finalmente. Dejó de acariciar al animal, recogió la liebre, que la había dejado en el suelo por el peso, y se fue a casa.

Cuando llegó a su hogar estaba sudando a pesar de que iba con una camisa de mangas cortas, medio desabrochada, dejando ver el vello del pecho, pero aunque eran todavía las nueve de la mañana en ese día de principios de primavera, hacía bastante calor. Y además tenía su rizado y oscuro pelo empapado, pegado a las sienes, por lo que al entrar fue directo a la ducha intentando no hacer mucho ruido, ya que su hijo todavía dormía. Siempre se levantaba muy tarde los fines de semana.

Se dio una ducha rápida y al salir se dirigió al pequeño patio cubierto de hormigón que había detrás de la casa donde se encontraba Lola y al cual se accedía mediante una puerta de cristal que había en el fondo del pasillo, en el extremo opuesto de la entrada a la casa. Allí limpió las heces del animal —solía aguantarse hasta que le sacara a la calle, pero esa mañana no tuvo tiempo— y le cambió el agua. Todo bajo la atenta mirada

de su fiel amiga.

Estaba haciendo todo esto para pasar el tiempo hasta que se levantara David, su hijo, a quien tenía pensad preguntarle acerca del precio del perro, pues no se había quedado muy satisfecho de no haberlo comprado y no se le iba de la cabeza, creyendo que había cometido un error. Sin embargo, las horas pasaban y pasaban con una lentitud reservada para los momentos de ansiedad, y su hijo no se levantaba. Por tanto, al final, cansado de esperar y deseoso de tener a ese gran galgo, se olvidó de las futuras protestas de su hijo y cogió el móvil para llamar al hombre.

—Javi —dijo cuando este descolgó—. Soy Santi. Me lo quedo.

El fuerte chillido del perro despertó a Miguel. Tenía su pelo rubio oscuro despeinado y la cara pegajosa, síntomas de haber dormido bien, por lo que el ruido le sobresaltó al sacarle de su sueño profundo. Al levantarse ni siquiera se molestó en asomarse a la ventana que daba al gran patio de tierra de su casa, donde se encontraba Bobby, su pastor alemán, ya que estaba acostumbrado a los chillidos de ese animal y sabía por qué los daba.

Después de lavarse la cara en el baño del piso de arriba que había frente su habitación, bajó las escaleras y entró en la cocina. Se preparó un café con un poco de leche y se sentó a la mesa redonda que había en esta. Cogió el mando y encendió la tele. Haciendo zapping durante un largo rato, al fin se decidió por dejarlo en un canal en el que estaban emitiendo un programa de esos en los que un hombre, especializado en perros, acudía en la ayuda de dueños cuyos perros tenían algún problema de conducta, con el fin de adiestrarles mediante trucos de toquecitos para que se estuvieran quietos o mediante el control anímico del dueño. Todo eso hizo reír fuertemente a Miguel, tanto, que quien le hubiese visto habría creído que estaba loco. Cuando terminó de reírse apagó la televisión.

Fregó su vaso y el de su hermano —que como él sabía ya se había levantado— todavía con la sonrisa mientras pensaba en lo absurdo que era todo lo que ese adiestrador hacía.

Su hermano y él vivían juntos en parte porque no tenían amigos debido a una razón que no entendían y en parte porque eran demasiado vagos para ponerse a buscar una casa. La vivienda en la que vivían era herencia de sus fallecidos padres y decidieron quedarse los dos en ella. Ninguno de los dos trabajaba; no les hacía falta, pues su padre había sido jefe de una poderosa empresa, y todo el dinero, tras la muerte de su madre (un año después de la del viejo) fue a parar a ellos dos. Se podía

decir que vivían como dioses.

Eran gemelos, se llevaban bastante bien y hablaban mucho. Cuando se levantaban se contaban lo que habían soñado y cuando veían una película siempre la comentaban, teniendo la misma opinión respecto de qué les parecía. No solían regañar, algo muy raro en dos hermanos. Y en una cosa estaban muy de acuerdo: odiaban a los perros.

No sabían por qué, pero siempre sostenían que seguramente era por algo que solo recordaban habérselo oído contar a su madre. Cuando eran pequeños, unos cinco años, fueron de compras con su madre. En una casa había un perro que siempre ladraba a las personas que pasaban por allí. Pero ese día no estaba en su casa. Se había escapado. Su madre se detuvo a hablar con una amiga y por un segundo los perdió de vista; un segundo que valió para que Fran provocara al perro y este le diera un fuerte mordisco en la cadera. Él chillaba, lo que llamó la atención de su madre, que rápidamente, al ver la escena se dirigió hacia Fran y golpeó al perro con el bolso hasta que le soltó y se fue. Tenía un buen mordisco en la cadera y le había dejado cicatriz. Al día siguiente, cuando lo denunciaron, el perro fue sacrificado. Y todo el mundo decía lo mismo: «Qué extraño que el perro le mordiera. Ese perro no era malo, ladraba mucho a la gente desde su casa, pero cuando se escapaba no hacía daño a nadie». Sin embargo, ellos no pensaban lo mismo.

No estaban seguros de que fuera por eso por lo que odiaban tanto a los perros, pero la cicatriz estaba en la cadera de su hermano y eso no era lo único que había dejado marca en ellos.

Desde entonces, cada vez que veían un perro abandonado, cogían la primera piedra que encontraban, grande o pequeña, daba igual, y se la lanzaban sin remordimiento al animal. Les encantaba oír el golpe seco que producía la piedra al chocar contra los huesos del animal y también el chillido de dolor del can. Después, si el perro no había huido, se acercaban a él y le daban patadas mientras reían hasta que el animalito dejaba de respirar.

Lo peor era que nunca se quedaban satisfechos, creían que muriendo tan pronto el animal no sufría lo que se merecía sufrir. Por lo que un día, hace cuatro años, salieron a la calle, pero esta vez no para tirar piedras a los perros, sino para recoger uno y llevárselo a su casa. Querían tener un perro para cuidarlo, para limpiarlo... y para hacerlo sufrir.

En el primer día de su búsqueda no encontraron ningún perro, y al segundo tampoco, ni al tercero. Por tanto, ansiosos por tener a un animalito, fueron a esa tienda de animales cuyo nombre odiaban, El Mundo Animal, y compraron el primero que vieron: un cachorro de pastor alemán que se puso de patas ante ellos en la urna trasparente y que

movía el rabo y sacaba la lengua, contento de ver a aquellas personas.

Al principio, como era tan pequeño, no le hacían nada porque podría morirse con un solo golpe, así que le daban la comida, dos veces al día, y le sacaban a la calle. Pero cuando empezó a hacerse grande, comenzó el infierno de aquel pobre animal, al que llamaron Bobby, el mismo nombre del perro que atacó a Fran, según su madre. Decidieron que solo le pegarían cuando hiciese algo que a ellos no les pareciera bien... y cuando estuvieran aburridos.

Cuando terminó de fregar entró su hermano. Siempre que le miraba parecía que tenía un espejo ante sí; lo único que les diferenciaba en esos momentos era el pelo ligeramente más largo de Fran. Miguel nació primero, por lo que se suponía era el menor de los dos.

Se le veía fatigado y llevaba un palo en la mano.

—Buenos días, hermano —le saludó.

—Buenos días, Fran. ¿Qué ha hecho? —preguntó señalando con la cabeza hacia el patio.

Respiró un poco y luego contestó.

—¡Se ha cagado en el patio! ¡Ese sucio-asqueroso no se ha podido aguantar! —dijo mientras tiraba el palo contra el suelo con furia—. Ha hecho que me canse. —Se sentó en la silla de la mesa y se encendió un cigarrillo. Fumaba desde los catorce años y Miguel siempre le había intentado convencer para que lo dejara, pero no lo conseguía.

Para cambiar de tema y así tranquilizar a su hermano, Miguel le habló del programa del adiestrador.

—Al levantarme he puesto la tele y estaban echando el programa ese del adiestrador de perros...

—¿Ese Circo de Payasos? —preguntó su hermano sin dejarle terminar y con un deje de desprecio.

—Sí, ese. —Y los dos se echaron a reír a fuertes carcajadas como locos, mientras en el patio se oían suaves alaridos.

Capítulo 3

2

Sandra jugaba con sus amigas en el patio del colegio a la hora del descanso a saltar en la comba dos días después de la petición del perro. Ahora le tocaba entrar a ella para saltar cada vez que la cuerda pasara por sus pies, con el fin de que no le diera y no parara de girar. Sus amigas habían dado bastantes saltos, por lo que estaba nerviosa antes de empezar. Pero se concentró, calculó la velocidad de la comba y al fin, con un fuerte impulso, entró en el remolino de cuerda, comenzando a saltar.

Mientras lo hacía, miró, sin perder la concentración, hacia el exterior del patio, el cual estaba protegido con unas verjas rojas de metal, y un perro que pasaba por allí desvió su atención del juego, haciendo que la cuerda le diera en los pies por no haber saltado a tiempo.

Se quedó un rato parada mirando al animal, sin oír las voces de sus amigas que le decían que había perdido y que se quitara porque le tocaba a otra.

Al fin volvió en sí y se acercó a la verja, diciendo a sus amigas que enseguida volvía. El perro, sucísimo y tan delgado que se le marcaban las costillas, parecía estar buscando algo, y Sandra supo de inmediato que se trataba de comida o agua. Le dio tanta pena que casi rompió a llorar, pero se le ocurrió algo.

Volvió al lugar en el que estaba jugando con sus amigas y cogió su mochila rosa del montón en el que todas las dejaban. La abrió y sacó un bocadillo envuelto en papel de plata y su zumo de piña. «Menos mal que no me lo he comido todavía», pensó. Regresó a la verja y llamó al perro, que aún seguía olisqueando el suelo.

—Chsss, perrito. —El can, de un color gris que Sandra imaginó había sido blanco alguna vez, giró la cabeza y se acercó a ella cojeando. Sandra abrió el bocadillo rompiendo el papel y lo partió por la mitad. Cortó un cacho más grande que otro, y ese fue el que dio al pobre perro—. Toma. —Estiró la mano entre las rejas y el animal cogió el cacho con tantas ganas que Sandra se asustó un poco; pero enseguida se la pasó y comenzó a comerse ella también su mitad.

El perro no tardó ni medio segundo en engullirlo y miró con unos ojos tristes a Sandra y a su cacho de bocadillo, más al segundo que a la primera. Ella se dio cuenta y le ofreció lo que le quedaba; no tenía hambre.

Cuando acabó con esa mitad, Sandra buscó en la mochila sus tijeras y con ellas cortó la parte de arriba del rectangular cartón del zumo de piña, luego lo sacó a través de la reja y sin dejarlo en el suelo, el perro comenzó a beber rápidamente. Un momento después, sonó la campana que indicaba el fin del recreo, por lo que se despidió de su nuevo amigo, muy triste, porque sabía que más tarde, o al día siguiente, el perro volvería a tener hambre y sed, y si no iba allí otra vez y ella lo veía, nadie le daría de comer ni de beber.

Durante las dos últimas clases que tuvo después del descanso, no dejó de pensar en ese pobre perrito y en quién le habría abandonado y por qué. No entendía cómo alguien podía hacer eso y la enfadaba bastante que una persona dejara a un animal morir de hambre, de sed o de frío.

Una vez en su casa, mientras comía con su madre, pues su padre estaba trabajando, se lo contó.

—Hoy he visto en la calle a un perro abandonado, mamá —dijo medio irritada y medio apenada.

—¿No te habrás acercado a él? —preguntó su madre preocupada.

—Claro que sí —contestó confusa—. ¿Por qué no me puedo acercar?

—Porque te podía haber mordido, cariño.

—Ese perro no mordía, mamá. Lo único que quería era comer y beber. ¡Estaba muy delgado! Así que yo le he dado mi bocadillo y mi zumo. No entiendo por qué la gente hace eso. ¡Esas personas son malas!

Su madre le cogió de la mano con cariño por encima de la mesa.

—No, Sandra, no son malas —comenzó a decirla su mamá—. Esa gente los abandona porque lo compran y luego no pueden mantenerlo y...

—Yo no quiero que hagáis eso con Nana —la interrumpió.

Hubo un pequeño momento de desconcierto por parte de la mujer.

—¿Quién es Nana? —preguntó extrañada.

—Nana es el nombre que le he puesto a la perrita que vimos el otro día en la tienda.

Nana era un nombre que siempre le había gustado y era como llamaba a su peluche de un cocker. Por tanto, en cuanto creyó que sus padres le

iban a regalar la perrita, no dudó en ponerla ese nombre.

—Sandra, todavía no sabemos si te lo vamos a comprar, no te hagas ilusiones —señaló la madre con un tono más bajo mientras retiraba la mano de la de su hija.

—Da igual. Pero si me lo regaláis tenéis que prometedme algo.

—¿El qué, cariño?

—Que nunca la vais a abandonar.

—Prometido —dijo su madre tras un diminuto silencio. Pero Sandra vio algo en sus ojos marrones que no le dejó muy convencida.

—¿Por cuánto has dicho, papá?! —preguntó David a Santi bastante enfadado al ver el nuevo galgo en el patio tras haberle preguntado el precio.

Santi estaba sudando, y ahora no era del calor. Después de llamar a Javi para decirle que le compraba el perro fue al banco y sacó el dinero. Luego se reunieron de nuevo e hicieron el cambio. Al volver a su casa, su hijo ya se había levantado y le preguntó por el perro bastante contento, pero cuando le dijo el precio casi temblando, David se puso como una fiera, y lo peor era que sabía merecía que su hijo se enfadara con él.

David tenía el pelo rizado y negro como Santi y se parecía bastante a él, pero de estatura le sacaba al menos veinte centímetros, por lo que Santi tenía que levantar la cabeza para hablar con él, cosa que no le gustaba; pero no tenía más remedio. Sin embargo, esta vez no levantaba la cabeza, estaba mirando al suelo.

—Dos mil setecientos euros —respondió casi en un susurro.

—¡No me lo puedo creer! ¡Dos mil setecientos euros por un perro! —dijo mientras miraba al animal, que parecía contento con su nueva compañera, pues estaba jugando con ella; sin embargo, Lola no tenía muchas ganas de jugar, ya que era más vieja. Por tanto, le empujaba con el hocico y le gruñía. El cachorro, por su parte, creía que estaba jugando, e ignoraba las quejas de esta.

—Hijo —comenzó a decir Santi—, es un perro buenísimo, no he visto nunca uno mejor. Te aseguro que no me he gastado el dinero en balde, créeme.

Su hijo parecía estar tranquilizándose. A él también le gustaba la caza, y sobre todo los perros, y si era un buen can, habría valido la pena comprarlo; además, si necesitaban dinero, tal vez podrían venderlo por el mismo precio. Así se lo contó a Santi, conforme el enfado se le iba apagando y para tratar de convencerse así mismo.

—La próxima vez te avisaré, David —comentó Santi—. Hoy he estado esperando a que te levantas, pero como no lo hacías, he decidido comprarlo por mi cuenta. Sé que he hecho mal, pero, créeme, es realmente bueno.

—Eso espero, papá, y si no lo es, también espero que hagas lo correcto —sentenció su hijo. Y subió a su habitación todavía molesto.

De repente, Santi oyó un chillido procedente del perro y cuando miró se dio cuenta de que Lola había mordido a Jaque, que así llamó al nuevo galgo, pero este continuó jugando con ella, olvidándose del mordisco. No obstante, la perra volvió a morderle. Esta vez le hizo bastante daño, pues chillaba muy fuerte y no callaba. Santi salió al patio cabreado y regañó a Lola, quien se metió enseguida con el rabo entre las patas en su pequeño apartado donde dormía. Santi fue a ver qué le había hecho a Jaque: tenía un pequeño y colorado mordisco en el hocico y por encima del ojo. Le limpió la poca sangre que le salía con Vetadine que cogió del botiquín de una habitación del patio y cuando terminó lo ató con una cuerda; luego llamó a Lola para que saliera y también la ató. A continuación salió de la casa. Iba a probar a los dos perros juntos, para ver si se entendían mientras corrían.

Fue a su tierra, la cual estaba a unos metros detrás de su casa. La fanega estaba en rastrojo, con plantas secas y restos de lo que un año atrás había sido siembra (ese año la dejaba descansar). Entró y desde un extremo comenzó a atravesarla hasta la otra punta, con un perro a cada lado con las cuerdas dispuestas para soltarlas con facilidad cuando saliera una liebre de su cama o escondite.

Dio dos vueltas atento, con el crujiente sonido del suelo en sus oídos, y cuando iba a comenzar la tercera, divisó entre las plantas secas algo que había visto muchas veces, algo de un color beis anaranjado, casi del color de la tierra. Era una liebre. Se acercó con sigilo para no espantarla. A unos centímetros de donde el animalito yacía, lanzó tierra con el pie y la liebre salió disparada de su escondite. Cuando les sacaba un poco de distancia, soltó a los perros.

Lola cogió la iniciativa. Era ella la que iba delante dejando a Jaque muy atrás; pero a Santi no le preocupó, sabía que tarde o temprano se pondría en cabeza. Y en efecto. Al dar un giro la liebre hacia la derecha, Lola se quedó atrás y Jaque pegó el acelerón, colocándose a escasos centímetros del roedor, con el hocico rozando el blanco rabo, como cuando lo probó

antes de comprarlo.

Todo iba bien hasta que Lola llegó a la altura de Jaque. En ese momento, la perra, en vez de dar un mordisco a la liebre, se lanzó contra el perro y le mordió en el cuello, luego en el lomo, y cuando este se detuvo en el suelo sin moverse, ella volvió a correr detrás del animal, que había cogido bastante ventaja, una superioridad tal, que sería imposible alcanzarla, por lo que la perra, cansada, dejó de correr al instante.

Santi, al ver el mordisco y que el perro no volvía a echar a correr, se dirigió asustado a toda velocidad hacia allí. Al llegar, Lola ya se acercaba a él. La ató con indiferencia y después miró al perro. Tenía un serio mordisco en el cuello y uno menos grave en el lomo. Intentó que se reanimara, y tras un largo rato lo consiguió. El animal se levantó tomándose su tiempo y Santi lo ató.

Estaba muy cabreado. Un cabreo cuya fuente de energía había sido el temor. Podía haber matado al perro de dos mil setecientos euros, pero gracias a dios no fue así.

Los perros no valían para correr juntos, y aunque fuese la primera vez que lo hacían, no iba a probar una más; la próxima vez, quizás, no volvería a levantarse del suelo.

El nuevo galgo era muy joven y muy bueno, él solo, sin ningún compañero, podría correr perfectamente, y la perra, aunque no era mala del todo, estaba vieja y casi mataba al perro que tanto le gustaba... y que tanto le había costado. No quería arriesgarse a que le mordiera otra vez —ni corriendo, ni en el patio—, por lo que fue hacia un árbol, de unos dos metros, escondido entre dos pequeños cerros a un kilómetro más o menos de donde se encontraba.

Allí ató a Jaque en el tronco del árbol (un nogal abandonado y con algunas ramas podridas) y empezó a hablar a Lola mientras la apretaba bien el collar para que no se la saliera.

—Bueno, Lola, has sido muy buena cazadora. —Agarró una rígida rama que estaba a unos centímetros por su cabeza—. Y todavía lo eres. Pero hoy casi me haces perder a mi perro... —Alzó la correa con ella atada al collar de Lola y la enganchó con un nudo en la rama. A continuación la soltó y subió hacia arriba, a su sitio, y con ella la correa (quedándose totalmente tensa) y con ella Lola, la cual quedó en vertical, únicamente con las uñas de los dedos de las patas traseras rozando el suelo y agitándose tanto que parecía que se iba a romper el árbol—... y todo el dinero que he pagado por él. No me puedo arriesgar a que le mates, Lola, ha costado mucho. Lo siento.

La perra dejó de agitarse doblando el cuerpo y el cuello desesperadamente de un lado a otro tras unos angustiosos segundos y quedó balanceándose con la cabeza ligeramente ladeada y la lengua fuera. Bajo ella, surcos de tierra ligeramente profundos producidos por las uñas, las cuales ya no tocaban el suelo. Había muerto asfixiada.

Santi desató a Jaque, que parecía indiferente a lo que acababa de pasar, y regresó a su casa.

Dos días después, a Miguel le pareció extraño que su hermano no se hubiera levantado aún aquella mañana, cuando era él siempre el primero que salía de la cama. Esperó hasta las once de la mañana y al ver que seguía sin levantarse se dirigió a la habitación de Fran y entró. Se encontraba sentado con la espalda en la cabecera, con una mano en el pecho y la tez totalmente pálida. Además, parecía que le costaba respirar.

Al verle, Miguel se asustó y se acercó a él corriendo.

—¿Qué te pasa, Fran? —le preguntó mientras ponía una rodilla en la cama y le colocaba la mano encima del hombro.

Fran, sin mirarle y con los ojos cerrados, le contestó en una especie de murmullo ronco.

—Me... me duele mucho el pecho.

—¿Llevas mucho tiempo así?

—Desde las seis de la ma...ñana. —Tosió durante un largo rato y continuó—. Me he... despertado con este dolor y no te he podido lla...mar. No puedo casi ni hablar. —Volvió a toser fuertemente.

—Vamos al médico —le dijo Miguel.

—No —se negó su hermano—. Vamos... a esperar un rato más; parece que... se me está pasando el dolor, me duele menos que antes. Voy a intentar levan...tarme, a ver si andando algo se me pasa.

Miguel le ayudó a incorporarse. Le puso una mano en la espalda y otra en el brazo para que no perdiera el equilibrio, pero Fran se puso de pie sin problemas, solo se ladeó un poco hacia atrás. Luego, después de estar unos segundos sin moverse, comenzó a andar.

Bajaron a la cocina. Allí Fran se sentó y Miguel le calentó un café con

leche y tomó asiento frente a él.

Cuando se tomó el café pareció recuperar el color de la cara y le confesó a Miguel que le dolía menos el pecho. También se le notaba que respiraba más regularmente. A continuación cogió el paquete de tabaco Malboro que siempre dejaba encima de la mesa de la cocina, sacó un cigarro y comenzó a fumar. A Miguel no le gustó que fumara en ese momento, no le pareció buena idea después de aquel dolor, pero su hermano hizo oídos sordos a su protesta. Miguel ya se había hecho inmune al penetrante olor de aquella droga. Tras la primera calada tosió cinco veces, y a continuación, cada tres.

—¿Es la primera vez que te duele? —le preguntó Miguel para romper el silencio.

—No. Lleva doliéndome unas tres semanas, pero nunca tanto como hoy, por eso no te había dicho nada. —Terminó de fumar y cuando apagó el cigarro en un cenicero se levantó—. No es nada.

—Si te empieza a doler otra vez, vamos al médico inmediatamente, ¿vale? —le sugirió Miguel.

—Sí, hermanito —le contestó con una sonrisa que a Miguel le dio la sensación que se trataba de las que se esbozan para dar la razón a los tontos.

Fran salió al patio y Miguel con él.

Bobby estaba tumbado al sol, en un pequeño agujero que había excavado para sacar la humedad de la tierra y así estar más fresquito. En cuanto Fran lo vio se dirigió hacia él cabreado.

—¡Mira lo que ha hecho el muy cabrón! —El perro levantó la cabeza y las orejas al oírle, y al ver que se acercaba su dueño, se levantó rápidamente para salir corriendo. No obstante, no le dio tiempo. Fran llegó y le cogió del collar. El perro lanzó un pequeño chillido de miedo, bajó las orejas y metió el rabo entre las patas mojándose con la orina. Fran le dio un golpe con la mano en el trasero y luego un puñetazo en el lomo; mientras, el can chillaba de dolor y se encogía—. ¡¿Cuántas veces te he dicho que no escarbes?! ¡¿Cuántas?!

Miguel, que también se había enfadado, cogió el palo con el que siempre golpeaban al pobre animal y comenzó a darle con todas sus fuerzas mientras Fran lo sujetaba. El perro, sorprendentemente, no les mordía, hacía amagos, pero enseguida retrocedía. Lo único que hacía era ladrar con agudos chillidos.

El fiel amigo del hombre era incapaz de hacer daño a sus dueños.

Miguel se dispuso a dar otro golpe. Levantó el palo, pero cuando lo bajó, el perro echó a correr y solo dio al aire. Miró a su hermano para saber por qué lo había soltado y el corazón se le paró al ver que estaba otra vez con la mano en el pecho y tosiendo. En esta ocasión echaba muchas flemas, y en algunas de ellas se adivinaban restos de sangre.

Rápidamente, tirando el palo y temblando de miedo, pasó el brazo derecho de su hermano sobre sus hombros para ayudarle andar.

—Vamos al médico ahora mismo, Fran —le dijo. Pero su hermano no contestó, pues no paraba de toser con bruscos espasmos.

Cerró la puerta del patio, cogió las llaves del coche, y salió de la casa. Sentó a Fran en el asiento del copiloto y le abrochó el cinturón. Después arrancó y, a gran velocidad, se dirigió al centro médico, que estaba a unos dos kilómetros de donde ellos vivían.

Al llegar le sacó del verde vehículo con mucho cuidado y entró en el edificio. Era un pequeño centro médico de una planta, en el que la recepción se encontraba enfrente de la puerta, y a los lados se extendían dos largos pasillos. En el de la izquierda urgencias, y en el de la derecha la consulta.

Nada más entrar, un médico que estaba en recepción hablando con la empleada y con un café en la mano los vio, y dejando el vasito de plástico ayudó a Miguel a llevarle a la sala de urgencias.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el médico a Miguel.

—Dice que le duele el pecho. Se ha levantado así. Y no para de toser. Echa muchas flemas y sangre —le dijo Miguel nervioso y casi automáticamente.

—Muy bien, no te preocupes, puede ser una pulmonía —le contestó el médico.

Una pulmonía le parecía muy raro a Miguel por el calor que había hecho los últimos días y porque llevaba tiempo sin resfriarse. Sin embargo, el médico podría tener razón ya que otra explicación no le venía a la cabeza. De todos modos, ¿eso se suponía que debía tranquilizarle?

Mario, que así se llamaba el médico por lo que pudo ver en la bata blanca, le dijo que se quedara fuera y se tranquilizara un poco. Luego metieron a Fran en una habitación.

Miguel se sentó inquieto en la silenciosa sala de espera asombrosamente vacía e intentó tranquilizarse. «Ese perro —pensaba—, ese perro le ha hecho ponerse peor, se ha fatigado mucho mientras le regañábamos. ¡Cuando llegue a casa se va a enterar!».

Al cabo de diez minutos el médico salió y Miguel se puso en pie.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? —preguntó.

—Está bien. —Esas palabras tranquilizaron por fin a Miguel—. Ha dejado de toser y ya puede hablar. Nos ha dicho que el dolor del pecho se le está pasando. Una pregunta. ¿Fuma mucho su hermano... o usted? Él nos ha dicho que fuma muy poco.

Miguel se rió.

—Muy poco, dice —volvió a reír nerviosamente—. Se fuma al menos dos paquetes al día desde los catorce años. ¿Por qué?

—Bueno, todavía no estamos seguros, habrá que hacerle algunos análisis, pero por los síntomas que ha mostrado, y si es fumador, podría ser... cáncer. Cáncer de pulmón. Aunque no necesariamente eso quiere decir que sea malo; puede tratarse de un caso benigno...

Al oír lo del cáncer, Miguel se quedó sin habla y no escuchó nada más. Si esa persona, a la que tanto quería, su hermano, moría, no sabría qué hacer, ¡no aguantaría vivir solo!

Cuando consiguió pronunciar una palabra le pidió permiso al médico para entrar y se metió en la habitación. Se le estaban empezando a caer las lágrimas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Fran con el ceño fruncido al verle.

—Nada —le contestó. Y le sonrió con los labios.

Capítulo 4

3

A la hora del descanso, el perro abandonado siempre esperaba al otro lado de la verja para que Sandra le diera de comer y de beber, y ella, cuando no la veían los profesores, se acercaba y le ofrecía a veces una mitad y otras veces, cuando no tenía ella mucho hambre, se lo daba entero. Luego cortaba la parte de arriba del zumo, como hizo la primera vez, y el perro se lo bebía rápidamente. Cuando terminaba, Sandra hablaba con él y le acariciaba. Aunque estaba sucio, a ella no le importaba: al entrar se lavaba las manos. Le solía contar lo que había hecho en clase, y al perro parecía gustarle —según pensaba ella—, ya que permanecía sentado y mirándola con la cabeza ladeada y sus ojillos marrones claros brillantes.

Sin embargo, al cuarto día, Sandra salió al patio y el perro no estaba allí. Se recorrió toda la verja mirando hacia el exterior con el fin de encontrarle por algún otro sitio, pero no aparecía. Cuando volvió al lugar donde siempre le veía, cogió el bocadillo, partió un cacho y lo dejó fuera, para intentar atraerle con el olor. Pero seguía sin aparecer.

Sandra se puso muy triste. Intentó imaginar dónde podría estar. Ella le había dado de comer, le había dado de beber, le había acariciado y sin embargo ese día no estaba allí. ¿Por qué? Pensaba que podría estar solo, por la carretera o tumbado sin poder moverse por el hambre. Pero también le hizo sonreír fugazmente la probabilidad de que alguien le hubiese cogido, una familia tal vez, y se lo hubiese llevado a su casa. No obstante, el no volver a verle la entristeció y las lágrimas asomaron a sus ojos. Lloraba en silencio para que no la vieran sus compañeros y compañeras.

Pero no pudo ocultarlo, pues un chico de su misma clase, y otros tres, la estaban mirando. El muchacho se llamaba Dani, un chico moreno, un tanto más alto que ella, y le odiaba, ya que siempre se metía con todos, sobre todo cuando estaba con sus tres amiguitos.

—Mirad, chicos —les dijo a sus acompañantes con una brillante sonrisa en la cara mientras la señalaba con el dedo índice—, Sandra está llorando. ¡Bebé! Guaaaa. Guaaa —Todos se rieron.

Sandra se limpió las lágrimas y luego le contestó.

—¡Déjame en paz, Dani!

—¿Sabéis por qué está llorando, chicos? —les miró y ellos negaron con la cabeza—. Pues está así porque hoy no ha venido el estúpido perro al

que todos los días da de comer. —Volvieron a reírse.

—¡No le insultes! —le ordenó Sandra enfadada—. ¡Aquí el único estúpido que hay eres tú!

—¿Ah, sí? Pues este estúpido sabe perfectamente lo que le ha pasado a ese chuchó. —Al oír eso, Sandra le miró atentamente con los ojos vidriosos—. ¿No creerás que no ha venido porque se le ha olvidado donde está el colegio, verdad? —dijo en tono de burla.

Sandra habló con voz apagada al presentir que lo que le iba a decir no le iba a gustar.

—¿Dónde está?

—Ayer salí a dar una vuelta con la bici y le vi olisqueando una basura. Entonces llegó una furgoneta en la que ponía «Perrera Díaz». Salieron dos hombres con un palo. En una de las puntas había una especie de collar. Se lo colocaron a través del cuello y lo metieron en la furgoneta. Luego se fueron.

Sandra se alegró al saber al fin que no estaba solo y que no se había muerto de hambre.

—¡Qué bien! —gritó emocionada.

Los chicos estallaron en risas. Ella no sabía por qué.

—¿De qué os reís ahora? —les preguntó extrañada.

—¿Sabes lo que les hacen en las perreras, Sandra? —La chica negó con la cabeza lentamente—. Los matan. —Los chicos volvieron a reírse con fuertes carcajadas.

Lo que había dicho Dani era cierto en parte; pero Sandra no lo sabía. Nunca había oído hablar de las perreras.

Sandra se dio la vuelta, colorada y extremadamente triste, para llorar y que no la vieran otra vez. No se lo podía creer. ¿Por qué le iban a matar? Era un perro bueno y, además, no hacía daño a nadie. ¿Por qué la gente hacía eso? ¿Por qué los abandonaba sabiendo que podían morir? ¿No sentían pena por ellos? ¿No les querían? Estas preguntas surgían en su cabeza mientras miraba el pedazo de bocadillo que había dejado fuera para él. Un pedazo de bocadillo que ya nunca más comería aquel perro y que sin embargo, cuando sonó la campana, Sandra dejó allí, con la esperanza de que lo que le había dicho su compañero fuera mentira o que otro perro, que por desgracia, hubiera sido abandonado por sus crueles

dueños, lo oliera y se lo comiera.

Una cosa estaba clara, pensaba enfadaba, si mañana en su cumpleaños le regalaban a su Nana, no permitiría que la dejaran morir.

Preparar las cosas con antelación era lo que Santi hacía como amante de la caza la noche anterior al domingo, día de la semana en el que se cazaba junto a otros hombres, a los que llamaban cuadrilla. Cada uno llevaba sus dos o tres perros, y algunos, como él, uno. Se colocaban en línea, uno al lado de otro, como un frente de las antiguas guerras, con unos metros de separación y se recorrían kilómetros de fanegas enteras buscando liebres. Soltaban por turnos y al que le tocaba se solía situar en el centro. Cuando soltaba, todos esperaban a que volvieran los perros para volver a andar.

Su hijo seguía sin hablarle. Siete días atrás volvió a su casa con Jaque solo, le dejó en el patio, cogió una pala y una pequeña navaja y regresó al lugar entre los dos cerros donde acababa de ahorcar a Lola. Una vez allí, la descolgó del árbol y le hizo un pequeño corte en el cuello, justo en el sitio donde les meten ese chip que es como un DNI. Lo extrajo para que no descubrieran de quién era si por casualidad alguien la encontraba. A continuación, con la pala, comenzó a cavar un hoyo y al terminar arrojó a la perra dentro y echó la tierra en su sitio. A la vuelta de su casa dejó la pala en el patio, donde estaba, y al entrar, su hijo le esperaba sentado en la mesa del comedor con cara de enfado y decepción.

—¿Qué te pasa, hijo? —le preguntó.

—¿Dónde está la perra? —inquirió duramente con mirada suspicaz sin contestar a la pregunta de su padre.

Santi le soltó lo primero que le pasó por la cabeza. No había pensado en esa conversación. ¿Cómo no había pensado en ella, maldita sea?

—Se ha escapado. Estaban corriendo los dos, los perdí de vista en un valle y luego apareció Jaque solo. Estuve buscándola, per...

—¡Deja de decir tonterías, papá! —le interrumpió—. Ni tú mismo te crees lo que estás diciendo. Te acabo de ver pasar por el pasillo con la pala en la mano. La has matado, ¿verdad?

Santi no contestó, se quedó en silencio dando por terminada la corta conversación y se fue a la cocina a prepararse algo para almorzar, sintiendo solamente que su hijo se hubiera enfadado por algo que a él le parecía normal, ley de vida. Para él, y para todos o casi todos los galgueros, si un perro no valía, había que sacrificarlo. Además, no era la

primera vez que lo hacía. Aunque la verdad era que llevaba mucho tiempo sin sacrificar uno.

Terminó de disponer las cosas. Esas cosas eran una cantimplora con agua; una bota de vino hecha de piel; chorizo, queso y tomate. Y una botella con agua y azúcar por si el perro llegaba muy fatigado. Eso lo dejaba en la cocina. Luego, en su habitación preparaba la ropa que se pondría: las ligeras botas; unos pantalones y un chaleco de camuflaje. Normalmente llevaría un jersey de color verde pistacho de fina lana, pero era primavera, así que se conformó con una camisa a cuadros verdes.

Cuando acabó, se metió en la cama.

Las estaciones en las que se permitía cazar eran en otoño y parte de invierno. Pero había casos especiales en los que se pagaba cada domingo una cantidad de dinero. Por eso, en primavera seguían cazando.

El despertador sonó a las siete y media. Nada más levantarse se vistió, se lavó la cara y se tomó un café solo con muy poco azúcar (le encantaba el sabor agrio del café). Todavía no se veía muy bien fuera, ya que el sol no había salido del todo, por lo que encendió la luz del patio y salió al fresquito de la madrugada para atar a Jaque, que estaba durmiendo en el apartado de Lola. Al entrar, cogió la bolsa con la comida y se colgó la cantimplora y la bota de vino en el cuello a través de los brazos, una a cada lado, de forma que las cinchas quedaban en equis. Después salió de la casa y se dirigió caminando al lugar en el que le tocaba cazar. No tenía coche, de hecho, nunca se había sacado el carné porque nunca salía de la ciudad; además, le gustaba andar.

Cuando llegó, solo había un compañero, un hombre mayor de unos sesenta y cinco años con bigote blanco y una boina sobre su calva cabeza de finos e imperceptibles vellos blancos, que a pesar de la edad, conseguía aguantar andando las seis horas que permanecían allí si no salían las liebres antes. Al rato llegaron los demás —tres personas más de la edad de Santi más o menos— y comenzaron a caminar. A Santi le tocaba soltar el segundo.

La primera liebre no tardó en salir. Nada más entrar, antes de dar la vuelta, uno de los hombres vio con sus ojos llenos de experiencia al animalito tumbado en la cama. Lo señaló y al que le tocaba soltar se acercó a él desde atrás. Cuando estuvo a unos centímetros de distancia, la liebre echó a correr. El hombre soltó inmediatamente a los galgos, que no paraban de tirar. El ambiente se inundó de los agudos ladridos de los perros que no les tocaba correr.

La carrera no tardó en terminar. La liebre, nada más salir al camino, se metió en una alcantarilla —de las que cruzan un camino por debajo— por uno de sus dos grandes agujeros y no volvió a salir. El hombre, que

tenía a los perros tan delgados que hacía preguntarse si los daba de comer, no parecía muy satisfecho con lo que habían hecho sus galgos. Los ató cuando llegaron a él y reanudaron la marcha.

Ahora Santi se encontraba en el medio, ansioso por ver de nuevo correr a Jaque y que sus compañeros de cuadrilla le vieran, ya que nada más advertir que solo llevaba un perro le preguntaron con cierto regocijo si iba a cazar con él solo, sin creerse lo bueno que era.

En esa primera fanega de tierra que recorrieron no vieron más liebres y en la siguiente tampoco, pero cuando estaban dando la última vuelta de la tercera, una liebre salió corriendo a unos metros por delante de ellos y Santi soltó a Jaque. En poco tiempo se colocó encima de ella y en el primer descuido la enganchó. Santi sonrió al oír el ronco chillido del lepórido que tanto se diferenciaba del más agudo de los conejos y miró a los demás, quienes estaban con la boca abierta. Encorvó aún más los labios después de que uno de ellos le preguntara la edad del perro.

Jaque regresó hacia su amo con su premio en la boca. Santi le ató y cogió la liebre, para después continuar andando.

Al cabo de tres horas, pararon a almorzar. Ya habían corrido todos y después de comer volverían a empezar de nuevo.

—¿Qué os parece el perro? Es una máquina de coger liebres ¿eh?
—comentó Santi mientras se partía una rodaja de chorizo con su preciada navaja.

—Corre bastante; parece mentira que tenga solo nueve meses —le contestó el hombre mayor.

—Es muy bueno. ¿Has pensado en llevarle a un campeonato? —le propuso otro, el más joven.

A Santi no se le había ocurrido aquello, pero ahora que lo decía parecía una buena idea.

—No lo había pensado. —Miró al perro, que estaba jadeando, y le dio un pedazo de chorizo que el can agarró sin dudarle con su larga lengua—. Come, Jaque, que te va a hacer falta. Los perros del campeonato son muy buenos, pero yo estoy seguro de que tú eres mejor. Mañana mismo nos apuntamos —le decía sonriendo mientras le acariciaba.

—Oye, Santi ¿Y la otra perra que tenías? ¿La has quitado del medio?
—le preguntaron.

—Sí. Como sabéis, lo que no vale hay que quitarlo; hay que tirarlo

—dijo.

Unas horas después de llegar a urgencias, llevaron a Fran al hospital, y allí estuvieron dos días haciéndole pruebas. Finalmente, afirmaron que se trataba de cáncer de pulmón en un estado avanzado. Y maligno. Una gran mancha negra le aparecía en el pulmón izquierdo y se le estaba extendiendo, por lo que le pusieron un tratamiento. Luego le dijeron que podía volver a casa hasta que le llamaran, que no hiciera muchos esfuerzos y sobre todo, lo más importante, que no fumara. Eso fue un duro golpe para él, y Miguel no paraba de decirle que se lo había advertido. Los dos estaban muy afligidos y Miguel lloraba casi todas las noches.

Una vez en casa, Miguel entró en la cocina para preparar algo de comer, ya que venían muertos de hambre por la basura de comida que ponen en los hospitales. Fran comenzó a poner la mesa, pero Miguel le detuvo mandándole que se sentara y Fran tomó asiento a la mesa de la cocina sin rechistar.

—¡Vaya mierda! —exclamó—. Con todas las personas que hay en el mundo y me tiene que pasar a mí. No me quiero morir, Miguel —afirmó angustiado—. No te quiero dejar solo; no quiero dejar a mi hermano solo.

—No digas eso, Fran —replicó Miguel—. El médico ha dicho que aunque está avanzado, hay posibilidades de que te salves. No serías el único afectado de cáncer que se ha salvado. Mucha gente lo consigue.

Miguel era una extraña mezcla entre una persona optimista y una persona pesimista: si le decían que todo iba a ir bien, o que había una mínima posibilidad de que algo pudiera ir bien, él se aferraba a esa idea como un niño agarra la mano de su madre en un sitio con mucha multitud; sin embargo, si ocurría todo lo contrario, si le decían que algo iba mal o podía ir mal, no pensaba en otra cosa que no fueran las peores consecuencias y ni siquiera se molestaba en pensar en que lo que fuera podría tener solución.

—De todas formas, si no me mata el cáncer me matará el mono. No puedo vivir sin un cigarrillo, joder —se lamentó su hermano.

Fran miró un paquete que había encima de la mesa y que no habían visto ninguno de los dos hasta ese momento. Miguel se percató de la dirección de la mirada, por lo que lo cogió y lo dejó en una estantería de la cocina donde tenían las especias.

—Luego lo tiraré —dijo mirando a su hermano con una dura expresión.

—No lo iba a coger, ya te he dicho que no quiero morirme.

Miguel no contestó. Terminó de freír dos chuletas y patatas y comenzaron a comer. Cuando acabaron, limpió la mesa y salió al patio a echarle los dos huesos de las chuletas y las pocas patatas que habían sobrado al perro, que llevaba dos días sin comer, pues Miguel no se molestó en ir a la casa ni un solo día. Permaneció todas las noches en el hospital, durmiendo en un sillón de cuero al lado de la cama de Fran. Por el día, se compraba un bocadillo en una de las máquinas del hospital y regresaba a la habitación.

El perro, nada más ver la comida, se lanzó a ella.

—¡Despacio, chucho! Ni que hubieras estado dos días sin comer —expresó sarcásticamente, y comenzó a reírse. Dentro escuchaba a Fran reírse también entre suaves toses.

Bobby lo devoró en menos de un segundo. Luego se acercó a Miguel para que le diera más, pero lo único que le dio este fue un fuerte manotazo en el hocico, por lo que el perro, tras dar un pequeño chillido, se dio la vuelta y volvió a su sitio.

Miguel entró en la cocina.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó Fran, que debía de haber oído el gemido del animal.

—Ha venido hacia mí olisqueándome para que le diera más comida. ¡Tendrá cara el muy cabrón! —Volvieron a reírse.

Comenzó a fregar los platos y Fran se puso a ver la tele. Al terminar, ató a Bobby y le sacó a la calle para que hiciera sus necesidades. A ninguno de los dos les hacía gracia sacar al perro, pero no les quedaba más remedio si no querían limpiar los excrementos del patio.

El sol se imponía como un bello parche amarillo en el plano cielo completamente azul, y el aire estaba impregnado del aroma de las flores primaverales. A Miguel se le antojó pensar que contrastaba muchísimo con el triste clima de dentro de su casa.

En cuanto Bobby hizo las dos cosas, entró en casa y le dejó en el patio.

Se hizo de noche. Después de cenar, sin esperar más, los dos se fueron a la cama; deseaban dormir en sus propios catres. Durante las horas anteriores, después de sacar al perro, estuvieron hablando mientras

veían la tele, Fran sudando mucho y un tanto alterado. Miguel no podía quitarse de encima el presentimiento de que algo se le olvidaba, algo que tenía que hacer, pero no se acordaba del qué se trataba. Se metió en la cama con esa sensación.

Al cabo de dos horas, un ruido en la habitación de su hermano le despertó. Era la puerta, que se había abierto. Luego escuchó los pasos de Fran bajando las escaleras. En ese instante, Miguel recordó lo que se le había olvidado. ¡El paquete de tabaco! ¡No lo había tirado!

Rápidamente saltó de la cama y salió de la habitación. Bajó las escaleras de dos en dos. Entró en la cocina y allí estaba Fran sacando un cigarro de la cajetilla.

—¡Fran! ¿Qué haces? —le preguntó enfadado.

Fran no pareció sorprenderse al verle allí. Estaba pálido, sudando y... llorando. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio llorar?

—No lo soporto más. Tengo que fumar uno, solo uno. No consigo dormirme —le dijo con tono de súplica.

Miguel se acercó a él y le quitó el paquete y el cigarro de las manos. Fran no se opuso.

—Ya has oído al médico. No puedes, y tú lo sabes. Tienes que aguantar. Inténtalo.

—Ya lo intento, pero es insoporta... —El ladrido del perro le interrumpió. Los dos miraron hacia el patio.

Seguramente el perro tampoco podía dormir porque tenía hambre y estaba pidiendo comida.

A Fran se le ensombreció el rostro.

—Tú —dijo mirando al patio con los dientes apretados—. ¡Todo esto es culpa tuya, perro mal nacido! —Fran salió al patio y comenzó a pegar a Bobby con el palo. No le importaba que la gente estuviera durmiendo y Miguel no le iba a parar, sabía que necesitaba desahogarse con algo.

El perro chillaba y aullaba fuertemente tras un sonido seco y Miguel, al subir a su habitación y tumbarse en la cama, abrió el primer cajón de su mesita de noche y sacó unos taponés para los oídos. Se los puso y, después de un rato, se durmió.

Capítulo 5

4

—Yo seré la mamá de este bebé y tú la de ese —dijo a Sandra su amiga Ana señalando los muñecos que, desnudos, esperaban a que las «mamá» les vistieran—. Tú coge la ropa rosa porque el tuyo es una niña. Yo cogeré la azul.

Las dos niñas comenzaron a vestir a los muñecos y a jugar con ellos haciendo que los daban de comer, que los bañaban, que los dormían... Sin embargo, Sandra no estaba muy concentrada. Se sentía muy nerviosa por su cumpleaños y no dejaba de pensar en qué podían ser las cosas que la iban a regalar. Sobre todo no se le iba de la cabeza el regalo de sus padres; deseaba que la regalaran la perrita.

Su madre y su padre se habían ido a comprar y a ella la habían dejado en casa de su amiga. Siempre, o casi siempre, iba a comprar con ellos y por eso, aunque sus padres le habían dicho que esta vez no iría con ellos porque no querían que viera la tarta que le estaban preparando en la tienda, sabía que no era la razón por la que no le dejaron ir. Algo en su interior la decía que le regalarían a Nana.

De todas formas no se quería hacer muchas ilusiones. La respuesta de sus padres fue «Ya veremos»>, por lo que si no era el animal, intentaría emocionarse y alegrarse de igual modo con cualquier otra cosa que le regalaran.

Intentando olvidarse de momento de todo eso, al fin salió de su ensimismamiento y continuó jugando con Ana, quien estaba en su cocina de juguete haciendo que preparaba la comida para ella y su amiga una vez hubieron dejado a los muñecos en la cuna simulando que dormían.

—¿Qué te van a regalar tus padres, Sandra? —le preguntó Ana cuando llevó los platos de plástico llenos de una comida que solo la imaginación de las dos niñas podía ver.

Sandra respondió insegura.

—Espero que me regalen una perrita que vi el otro día en la tienda de animales. Yo se la pedí, pero no les convencí del todo. Mi madre dice que es una gran responsabilidad.

Ana parecía triste cuando empezó a hablar.

—Hace ya tiempo, no me acuerdo cuándo, me encontré un perro en la calle. Estaba sucio y delgado, pero lo traje a mi casa. Cuando lo vieron

mis padres les dije que si nos lo podíamos quedar, pero ellos se negaron, y por más que lloraba no les convencía. Al final, me obligaron a dejarle donde lo encontré y volví a mi casa muy triste. Pero al día siguiente —a la niña se le iluminó el rostro, contrastando bastante con la oscuridad anterior, con una gran sonrisa— mis padres me compraron una gatita —Ana señaló al blanco felino que dormía encima de su cama—, y me olvidé del perro. Los gatos no necesitan tanta responsabilidad. ¡No tienes ni que sacarles a la calle! Solo darles de comer. Si tus padres no te compran el perro puedes pedirles un gato. Es mucho mejor.

Sandra no contestó. Ella no quería un gato, quería a Nana. Le gustaban mucho más los perros y más aún sabiendo lo que algunas personas les hacían. Esos animales metidos en la caja de cristal estaban esperando a una familia para que los compraran y ella quería ser una de ellas, quería hacer feliz a esa perrita que no dejaba de moverse entre las cuatro paredes transparentes al verla a ella. A ella. No le importaba tener que levantarse temprano para sacarla a la calle, o servirla la comida, o lavarla. No, no le importaba en absoluto.

Una hora después de que ella y Ana se sentaran en el sofá del salón a ver los dibujos de la tele para descansar, llegaron los padres de Sandra. Al verlos se levantó, los dio un beso y a continuación le recordó a Ana la hora a la que se celebraría la fiesta.

Ya en el coche, Sandra no pudo evitar echar un vistazo por alrededor para ver si estaba por allí el regalo, pero seguramente sus padres ya le habían dejado en casa, pues no se veía nada. Allí hizo lo mismo, consiguiendo el mismo resultado. Le preguntó a su madre si le podía dar el regalo, pero negó con la cabeza y le dijo que no se lo daría hasta la fiesta.

Durante el resto del tiempo, Sandra estuvo mucho más nerviosa que en casa de su amiga, ni siquiera llegó a comer; probó tres cucharadas de la sopa y lo dejó. Sus padres no la obligaron a que comiera: la perdonaron por ser su cumpleaños.

Las horas pasaban muy lentas y la muchacha pensaba que no aguantaría: sentía una presión en el pecho y un insoportable cosquilleo en el estómago. Pero finalmente la aguja grande se colocó en el número doce y la pequeña en el cinco y, aunque ella aún no conocía el funcionamiento de los relojes, pudo saber la hora porque su madre se lo dijo.

Unos minutos después comenzó a llegar la gente con su fuerte olor a colonia: sus tíos, sus primos, sus abuelos y algunos de sus compañeros del colegio, incluyendo a Ana, que fue la primera en llegar. Todos traían una bolsa con un regalo. Los había de todos los tamaños: grandes, medianos, pequeños. Pero en el que más se fijó Sandra fue en el de sus

padres.

Al rato de que su madre entrara en su habitación, salió con un regalo rectangular no muy grande envuelto en un papel rosa. A simple vista no parecía una caja en la que pudiera meterse a un perro, y no lo era. Sandra lo abrió, sabiendo que no era Nana, igualmente con ilusión... y le gustó bastante. Era un juego de maquillaje para niñas. Ella siempre cogía los pintalabios, pintauñas y lápices de ojo de su madre, ya que disfrutaba mucho maquillándose, o mejor dicho, manchándose, por lo que ese regalo le encantó; no tanto, por supuesto, que si hubiera sido la perrita.

Sin embargo, sus ojos empezaron a brillar y a abrirse como platos cuando vio a su padre aparecer con una caja que tenía un color que simulaba papel de regalo. Era una caja con tapadera lo suficientemente grande como para meter ahí a un cachorrito. Sandra no se lo podía creer, ¿la habrían comprado finalmente a su perrita? Con el corazón descarrilado y algo de timidez a pesar de las ganas que tenía de ver lo que había dentro, comenzó a levantar la tapadera con las dos manos... y al verlo, solo pudo pronunciar una palabra:

—¡Nana!

El sol era ocultado por las nubes a ratos en aquella bochornosa mañana de febrero. Había transcurrido casi un año desde que Santi decidió presentar a Jaque al Campeonato de España y en esos momentos se iba a disputar la final.

Después de pagar una gran cantidad de dinero para hacerse socio de una asociación llamada La Corredora, compitió contra los perros de otras corporaciones de la misma región para determinar cuál sería el galgo que los representaría en el Campeonato de España. Finalmente, no sin sufrimiento, Jaque, a pesar de su juventud, consiguió ganar, contentando, no sabía hasta que punto, a su dueño.

La primera carrera que realizó en el campeonato fue anulada debido a que las reglas determinan que la duración debe ser de tres minutos como mínimo, y el perro alcanzó a la liebre en uno. Eso hizo a Santi enorgullecerse de Jaque por lo rápido que era, pero también le hizo preocuparse, ya que si no conseguía controlar esa velocidad, no podría seguir compitiendo. Sin embargo, en el segundo intento, Jaque no mató al animalito hasta pasados tres minutos y medio, y así continuó durante el resto de la clasificatoria, cogiendo a la liebre antes que su contrincante.

En cuartos de final del Campeonato de España volvió a ocurrir lo mismo. La carrera fue anulada, pero esta vez duró dos minutos; luego se hizo con la liebre correctamente. En la semifinal Santi sufrió bastante: la

persecución duró cerca de cuatro minutos, pues la perra contra la que competía, una galga completamente blanca en la que se reflejaban los débiles rayos del sol, no le dejaba acercarse. Corría bastante e iba tapando el hueco a Jaque, impidiéndole dar caza al anaranjado roedor. Hubo una vez en la que este se quedó a una gran distancia de su contrincante, momento en el que Santi empezó a asustarse, dando pie así al enfado con el perro y a maldecir a la perra, intentando que el dueño no le escuchara. No obstante, cuando había transcurrido ya tres minutos y cuarenta y cinco segundos, la alvina galga comenzó a flojear y Jaque, que tenía más resistencia, dio un último acelerón que le permitió alcanzar y morder a la asustada liebre, haciéndose así con un puesto en la final que se disputaría al día siguiente.

Cuando Santi llegó al punto de encuentro del corredero donde se llevaría a cabo la esperada final, la gente lo saludaba y daba la enhorabuena una vez más. Su hijo no le había acompañado debido a que seguía enfadado con él a pesar del tiempo transcurrido. Solo se daban los buenos días al levantarse y David siempre evitaba mirarle cuando pasaba por su lado. Santi se sentía mal por eso, estaba triste, pero el campeonato y el haber llegado a la final le hicieron olvidar el amargo periodo familiar por el que estaba pasando.

Quienes sí lo acompañaron fueron sus compañeros de cuadrilla con los que, después de cada una de las victorias, iba a celebrarlo a los bares de alrededor.

Al rato de llegar, llamaron a los participantes para hacer el último reconocimiento a los perros y para presentarles.

En primer lugar presentaron a su rival. Era una veterana galga llamada Sila completamente negra, excepto por unas manchas blancas en el final de cada una de las extremidades, incluyendo la cola, y era la campeona, pues había ganado las tres últimas ediciones del Campeonato. Era muy inteligente y rápida; en casi todas las carreras de la clasificatoria, por lo que le habían contado a Santi, había dejado a una gran distancia de ella y de la liebre a los perros con los que competía. Esto a Santi no le importaba mucho, pero aunque no quisiera reconocerlo, estaba algo preocupado.

El juez colocó alrededor del cuello de la perra el pañuelo blanco cuando terminó de definirla y al acabar de presentar a Jaque como un joven, veloz y resistente galgo, hizo lo propio con uno de color rojo. Estos pañuelos se les colocaban para identificar al perro que había dado caza al animal; los jueces a caballo que seguían de cerca la carrera llevaban uno de cada color, y según el can que hubiera ganado, alzaban uno u otro.

El soltador, hombre encargado de dejar libres a los dos galgos cuando sale la liebre y suena el silbato, se acercó a Santi y tras estrecharle la

mano y desearle suerte asíó la correa de Jaque. Luego hizo lo mismo con el otro competidor y comenzó a andar por un gran terreno lleno de rastrojos que, a simple vista, no parecía que ocultara a ningún asustado animalito, el cual, seguramente, ya habría escuchaba el alboroto de gente y perros y estaba preparado para salir corriendo en cualquier momento. La final había comenzado.

Tuvo que pasar un largo rato para que saliera la primera liebre, que fue anulada porque Sila la atrapó en menos de tres minutos, lo que hizo que Santi se llevara la mano a la cara de preocupación: había sido más rápida que Jaque. Lo único que le consolaba a partir de ese momento, ya que se había dado cuenta que su perro no era más rápido que esa perra, era pensar que por lo menos era más resistente. Por lo tanto, si salía una liebre que aguantara bien a los dos canes, haciendo que la carrera durara más de tres minutos, Jaque tendría más posibilidades de ganar.

Y así fue. La segunda liebre salió corriendo a unos cuantos metros de distancia de los dos perros y el soltador los liberó al oír el agudo pitido del silbato. Como la primera vez, la galga comenzó en cabeza, pero esta vez pasaron los dos minutos y no la atrapó. Como se imaginó Santi, a los tres minutos y medio, la perra empezó a flojear y Jaque se colocó delante de ella, a muy pocos centímetros del veloz lepórido. A Santi le latía el corazón tan fuerte de emoción, que creía que se le iba a salir, pero, sin embargo, se le paró de golpe y se le encogió el estómago al ver cómo Sila adelantaba de nuevo a su perro, al cual se le estaban acabando las energías. La perra había recuperado las fuerzas y de nuevo dominaba la carrera. Jaque era resistente, pero aquella liebre lo era más y además corría bastante, sin contar la agilidad con la que hacía los quiebros, una inteligente arma contra un joven perro sin mucha experiencia. Esto provocó que finalmente Sila se hiciera, mediante un rápido mordisco, con la presa, haciendo que Jaque y Santi quedaran segundos en el campeonato.

El soltador, después de coger a los dos perros, le entregó a Santi el suyo. El galguero estaba bastante decepcionado; por un momento creyó que podía haber ganado. Ni siquiera miró a Jaque cuando se lo entregaron y no prestó atención a la entrega de premios. El enfado que sentía hacia su perro, a pesar de haber quedado segundo y de lo bien que lo había hecho durante todo el campeonato, apenas lo notaba por el duro e inesperado golpe, pero estaba ahí, hirviendo en su interior como el té dentro de una escandalosa tetera.

Era el primer fallo que cometía su apreciado galgo; no permitiría ni uno más.

Miguel llegó a casa después de haber estado dos semanas sin salir del hospital con su hermano Fran, un año después.

Recibieron la llamada del médico mientras comían. En ella le decían que tenían que comenzar el tratamiento para el cáncer y en cuanto terminaron de comer se dirigieron al hospital. Se quejaron diciendo que habían tardado mucho en llamarles, pero los médicos decían simplemente que hacían lo que podían.

Miguel permaneció allí todos los días y todas las noches como la vez que le estuvieron haciendo las pruebas: comiendo sándwiches de las máquinas o a veces comprándose bocadillos en los bares; sin ducharse y apenas dormir debido a la gran preocupación (sabía que se pondría bien, puesto que los médicos no habían dicho lo contrario, pero el duro tratamiento que tenía que llevar su hermano le afectaba casi más a él que al propio Fran). Su hermano no paraba de decirle que se fuera a casa a descansar y a lavarse, que él iba a estar bien sin su compañía por unas horas, pero no pudo convencerle hasta pasadas dos semanas, cuando Miguel se dio cuenta de que necesitaba una ducha y dormir si no quería caerse desmayado.

Apenas se acordaba del perro. Al entrar en su casa se metió en el baño y preparó la bañera con agua caliente. Ahí dentro, relajado y sumergido hasta la barbilla, se quedó pensando en su hermano durante cerca de media hora. Cuando salió, se dirigió a la cocina para comer algo y entonces recordó que tenía un perro en el patio que llevaba dos semanas sin probar bocado.

Tranquilamente se preparó su comida y al terminar salió al patio para darle las sobras a Bobby, el cual se encontraba tumbado en el suelo de costado, cuan largo era, entre excrementos y orín e intentando levantarse entre débiles temblores (por temor o por hambre) al ver a Miguel.

Con esfuerzo y trémulo consiguió levantarse y se acercó al sitio donde su dueño había dejado los restos, comenzando a comer lentamente por lo débil que debía estar.

Miguel llenó el cacharro del agua vacío y observó cómo el perro comía y bebía durante un corto rato con el rostro sereno, salvo por una leve sonrisa que formaban sus labios, como si todo eso fuera normal, como si aquel perro, su perro, no fuera un ser vivo con necesidades y sensibilidad.

Cuando terminó con las pocas sobras, Miguel se dio la vuelta mientras Bobby volvía a su sitio y subió a su habitación para dormir.

Aunque le costó conciliar el sueño, ya que no dejaba de pensar si su hermano pasaría bien la noche sin él, finalmente el cansancio pudo más y

terminó durmiéndose. Inmediatamente después de levantarse a la mañana siguiente, se vistió, tomó un café con mucha leche como siempre y, sin echar un vistazo al patio para ver si el perro estaba bien, salió de la casa, dirección al hospital.

Una vez en la habitación, el pánico se apoderó de él al ver que su hermano no estaba en la cama, pero se calmó al saber por una enfermera que le habían llevado a realizar la quimioterapia. Por tanto, se sentó en el brillante sillón negro de aquella inmaculada habitación a esperarle, pues no le dejaban estar con Fran cuando le aplicaban ese tratamiento.

Quince minutos después apareció al fin. Iba en una silla de ruedas empujada por un celador. Su rostro, como siempre al finalizar la quimio, se mostraba cansado e iba mirando al suelo; parecía que estaba dormido. En su cabeza ya no lucía el abundante pelo liso y rubio oscuro que como muchos rasgos físicos compartían. Ahora la frente parecía más grande, en la coronilla de la cabeza se adivinaba el color carne de la piel y el poco pelo que le quedaba no llegaba a medir tres centímetros.

Miguel se dio cuenta que su hermano no se había percatado de su presencia, por lo que se acercó a él y le saludó mientras ayudaba al celador, un hombre alto y fuerte, a incorporarle en la cama.

—Hola, Fran. Ya estoy aquí. ¿Cómo te encuentras?

Fran no pudo contestar inmediatamente, pues nada más tumbarle este vomitó. Intentó echarlo fuera de la cama ladeando un poco la cabeza, pero al final cayó más en esta que en el suelo. El celador salió de la habitación para llamar a una enfermera con el fin de que lo limpiase y se quedaron solos.

—Estoy bien, hermano —dijo con una voz muy frágil cuando se recuperó—. Bueno, ahora un poco mareado por la puta quimio, pero he conseguido sobrevivir sin ti una noche. —Fran miró a Miguel y se rió, una risa carente de toda alegría. Miguel lo imitó.

—Pues yo sé de uno que no hubiera sobrevivido, por extraño que parezca decir esto, si no hubiera sido por ti —le comentó todavía con la sonrisa en los labios al recordar al hambriento Bobby.

Fran pareció adivinar de quien hablaba, pues volvió a reírse. Esta vez sí había una tenue alegría.

—Ese maldito chucho es duro. Dos semanas sin comer, y a saber cuántos días sin beber, y sigue vivo —dijo Fran.

—Y otras dos semanas que va a volver a quedarse sin comer —le indicó Miguel, que borró de inmediato la sonrisa al ver cómo la cara de su

hermano cambiaba de relativamente alegre a seria—. ¿Qué ocurre?

Fran habló monótonamente con la mirada perdida, masticando cada palabra. Su rostro enfermizo dio paso a la rabia.

—Ese perro es el culpable de todo esto: de los mareos, de los vómitos, de la caída del pelo, del cáncer. —Hizo una pausa y miró a Miguel—. ¿Me harás un favor? —le preguntó. Miguel asintió expectante—. Quiero que lo mantengas con vida hasta que me recupere, es decir, tendrás que ir todos los días a echarle de comer y de beber, porque cuando termine todo esto, no será el hambre quien acabe con él, serán mis propias manos. —Al oír eso, Miguel se estremeció a pesar de que él también odiaba a los perros, y en especial a ese—. No obstante —continuó diciendo—, si muero antes, quiero que me prometas que lo harás tú.

Miguel no tardó en contestar. Era su hermano y haría cualquier cosa por él, y más si era algo tan fácil y divertido.

—Prometido —le aseguró.

En ese momento entró una guapa y joven enfermera de pelo negro, acompañada de la mujer de la limpieza, y limpiaron las sábanas y el suelo que había ensuciado el vómito.

Capítulo 6

5

La campana del colegio sonó por última vez en tres meses y todos los niños salieron corriendo por la puerta eufóricos y gritando. Habían llegado las vacaciones.

Sandra fue la primera de su clase en salir. En cuanto oyó el timbre, guardó con rapidez el libro y el estuche en su mochila rosa y de un salto se levantó y atravesó la puerta. Más que irse de vacaciones, lo que deseaba era ver a Nana. Había estado con ella por la mañana, paseándola por la calle, como prometió a sus padres, pero aún así, estaba impaciente.

La perrita tenía ya cuatro meses y parecía conocer a Sandra de toda la vida. Cuando llegaba del colegio siempre la oía desde el otro lado de la puerta chillar y arañar la madera de esta, razón por la que su padre colocó un pedazo de cartón para evitar que la destrozara. Luego, al entrar, se alzaba sobre sus patas traseras, apoyando las delanteras en el pecho de su joven dueña mientras daba saltos, impidiéndole andar casi por completo, por lo que finalmente, Sandra la cogía en brazos y la llevaba a su habitación para jugar hasta la hora de comer. Antes de sentarse a la mesa, cogía el saco de pienso y echaba un poco en un recipiente azul cielo que compraron para ella. De esta forma comían las dos a la vez y no tenía que estar rechazándola cada vez que se acercaba para que la cogiera o le diera algo de comida. Por último, al terminar de comer, Sandra podía hacer los deberes tranquilamente, ya que Nana se quedaba dormida nada más acabar. Y unas horas después, volvían a jugar juntas.

La niña, para alivio de sus padres, cumplía todo lo que les prometió antes de comprarle la perra. Al menos de momento.

Ya en la calle, saludó a su madre, le dio un beso, a su hermanito otro, y se metió en el coche.

—¿Qué tal está Nana? —le preguntó a su mamá mientras colocaba a su hermano en el asiento homologado.

—Está bien, Sandra —contestó seria.

Sandra, que no había pasado por alto la expresión de su madre volvió a hablar.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan seria? ¿Le pasa algo a Nana?

—No, hija. Te he dicho que está bien, pero tenemos que hablar de ella —le contestó mientras se sentaba en el asiento del conductor.

Al oír eso, Sandra se temió lo peor. ¿Qué quería decir con «Tenemos que hablar de ella»? ¿Había hecho algo malo? ¿La iban a vender o regalar por alguna razón? En ese momento, Sandra recordó el perro abandonado al cual estuvo alimentando durante una semana desde las rejas del colegio. ¡¿La iban a abandonar?! ¿Por qué? Pero para parte de su alivio no era nada de eso.

—No pongas esa cara, hija, no es nada malo —la tranquilizó la madre, quien arrancó el coche y se puso en marcha—. Es solo que como dentro de dos días nos vamos de vacaciones, tu padre y yo tenemos pensado dejar a Nana con tu amiga Ana para que la cuide. Ellos no se van hasta dentro de unos meses, por lo que no habría ningún problema. ¿Qué te parece?

La mujer miró a su hija por el retrovisor.

Sandra no estaba nada convencida; le fastidiaba bastante que sus padres no quisieran llevarse a su perrita. Pero ¿por qué? ¿Qué problema podría provocar? Era solo un cachorro. Esto mismo le preguntó a su madre cuando esta terminó de exponerle el plan.

—Porque un perro en un viaje nos va a estorbar y va a impedir que no lo pasemos bien —le contestó su madre en tono cordial—. Tendríamos que estar todo el día encima de ella, intentando que no se escape y que no moleste a la gente.

Esas duras palabras acerca de Nana le dolieron y comenzó a enfadarse con su madre.

—¿Por qué dices eso de Nana? —preguntó indignada finalmente, después de un tenso silencio—. Sabes que es muy buena y que no molesta a nadie. Además, yo me lo pasaría muy bien con ella. No quiero que se quede con nadie. No quiero dejarla sola. ¡No quiero abandonarla! —gritó con rabia.

—Pero, Sandra, eso no es abandonarla. Va a estar con tu amiga y su familia en su casa —intentó convencerla. Los dedos sobre el volante comenzaron a moverse inquietos.

—No, no y no. Si Nana no va, yo tampoco —concluyó mientras se cruzaba de brazos y encorbaba los apretados labios.

Su madre se quedó un rato en silencio, y tras un suspiro habló.

—Bueno, está bien. Pero solo porque aún es un cachorro ¿eh? Cuando sea más grande no podrá venir con nosotros a todos los sitios. Hazte a la idea.

Al oír las últimas palabras tajantes de su madre, Sandra no cambió el gesto, es más, subió todavía más los labios y frunció las cejas, arrugando el rostro en señal de enfado. Por alguna razón que ella desconocía, un escalofrío le subió por la espalda como si fuera un gusano gigante a la vez que su hermano comenzaba a llorar.

Desde que llegaron del campeonato y lo dejó en la estantería de madera de pino del salón, Santi no volvió a mirar el trofeo de segunda posición que recibió. Tampoco trataba tan bien como lo hacía antes a Jaque: no le decía cosas ni le miraba con la misma alegría y orgullo con que lo hacía cuando creía que era invencible. Se había hecho falsas ilusiones al apuntarse a aquella maldita competición y ahora le estaba afectando. No se conformaba con el segundo puesto. ¡Quería el primero! Él estaba alimentando y cuidando a un galgo al que aparentemente quería para que fuera el mejor, para que no se le escapara ni la más ágil y veloz de las liebres; pero le había decepcionado.

Lo observó mientras comía el arroz blanco cocido con trozos de pan que todos los días le preparaba. ¿Qué le había pasado a aquella máquina de coger liebres? ¿Por qué no atrapó al roedor antes que aquella dichosa perra? Era el mejor perro que jamás había visto y tenido; él solo, con lo joven que era, capturaba a tantas liebres como se le pusieran delante, por eso lo compró, sin embargo, esta vez no había sido capaz.

Al terminar, el perro se le acercó para que le acariciara y él lo rechazó dándose la vuelta y metiéndose en la casa. Estaba todo en silencio. Su hijo David no se encontraba allí, estaba trabajando.

—¿Qué tal ha ido? —le había preguntado David cuando llegaron del campeonato. Santi solo le enseñó el trofeo que llevaba en la mano, con la cara seria—. ¡Segundo! ¡Qué bien, ¿no?! —le dijo con una sonrisa.

—Qué bien, segundo —murmuró Santi sin entusiasmo mientras lo dejaba en la estantería aún con el semblante serio.

David, al ver que su padre no estaba muy contento, borró la sonrisa y no hizo más preguntas. Desde entonces, seguían sin hablarse mucho.

Al cabo de unas horas, cuando Santi creía que el perro había hecho la digestión, se levantó del sillón y lo ató para ir de caza con los demás

hombres de su cuadrilla, con los que había quedado el día anterior, esta vez por la tarde por el insostenible frío que hacía por las mañanas.

Ya estaban todos allí cuando él llegó y le saludaron con una palmadita en la espalda y llamándole campeón, pero él les dijo que no era ningún campeón y por lo tanto dejaron de llamarlo. Comenzaron a andar. La primera liebre no se hizo esperar. Soltó uno de los hombres, de cabello moreno como el pelo de sus dos perros, los cuales atraparon al animalito tras un minuto. Luego soltó otro cazador, y otro más. Había bastantes liebres en esa zona. Terminarían pronto.

Por fin le llegó el turno a Santi. Como terminaron de cazar la tierra en la que comenzaron, se metieron en la siguiente. Era una fanega en la que en uno de sus extremos había una viña rodeada por una pequeña alambrada. Esto solía ser un peligro para los perros, ya que si iban a mucha velocidad podían no verla y herirse o incluso matarse. Lo mismo les pasaba a las liebres.

Por suerte para Santi, la liebre salió a una gran distancia del viñedo. Sin embargo, la carrera se alargaba y, tras estar un largo tiempo alejados de esta, la liebre pareció darse cuenta de que su única escapatoria era meterse entre las viñas, pues comenzó a correr en esa dirección, con Jaque aún detrás.

Cuando quedaban unos pocos metros de distancia, Santi, nervioso, con el corazón latiendo a la misma velocidad que su perro, cruzó los dedos para que este saltara la verja. Pero no le sirvió de nada. El roedor saltó; Jaque no. Se llevó la alambrada por delante, cayendo al suelo con violentas volteretas y levantando una gran cantidad de polvo en su avance.

Santi y sus compañeros corrieron hacia él. Jaque estaba en el suelo sin moverse. Creía que estaba muerto, pero cuando le alcanzó le vio respirar. Se agachó y buscó alguna herida. Tenía sangre en el hocico, seguramente por la caída, y en las patas algunos raspones. Para su sorpresa, al cabo de un rato, se levantó temblando y después de unos segundos comenzó a andar lentamente. Su dueño le curó las heridas al salir de aquella tierra con agua oxigenada que llevaba en la mochila y se las vendó. A pesar del estado del perro, decidió continuar cazando; pensaba que estaba bien para correr.

No obstante, se equivocaba. El galgo no hizo apenas nada con la segunda liebre que le soltaron aquel día. Corrió muy despacio unos segundos y se detuvo. Santi comenzó a enfadarse peligrosamente y se fue a casa.

Una semana después lo volvió a intentar, pero seguía sin correr, y a la

siguiente otra vez lo mismo.

Harto de tener un perro que no satisfacía sus gustos y que ya no valía, una mañana, sin pensar en David, se lo llevó al lugar en el que se encontraba el árbol entre los dos cerros y al que había ido por última vez el día que dejó sin vida a Lola. Como hizo con esta, apretó el collar, bajó la rama y ató la correa con fuerza. A continuación, mientras le miraba con el rostro sereno, la soltó. Jaque comenzó entonces a agitarse intensamente y a mover las patas traseras de adelante hacia atrás rozando el suelo, creando un hoyo que solo podía empeorar las cosas.

Esta vez, Santi no se quedó a ver como se asfixiaba el animal, sino que se dio la vuelta para volver a su casa y hacerse con la pala y la navaja antes de que su hijo llegara de trabajar.

Al salir de su casa una vez hubo cogido lo que necesitaba, aligeró el paso para llegar cuanto antes. Pero al volver al lugar, lo que vio le hizo pararse de golpe y acelerársele el corazón tras unos segundos de aparente quietud, dejando caer las herramientas al suelo. Entre esos dos cerros, en aquel nogal donde acababa de dejar a Jaque colgado, luchando por su vida, no había nada.

El perro no estaba.

—Bueno, me quedaría aquí todo el día charlando contigo, pero tengo que ver a mi hermano e ir a mi casa a echar de comer al perro —dijo Miguel a la bella enfermera que cuatro días antes había limpiado la habitación de Fran y que por las mañanas siempre le atendía—. Y tú tendrás que ir a cuidar a los enfermo, así que no te entretengo más. Hasta mañana, por si luego ya no te veo. —Ella se despidió también de él y se dieron un beso en la mejilla.

La había conocido el mismo día en que hizo la promesa a Fran. Desde que Fran ingresó en el hospital, la veía entrar y salir de la habitación. Su largo pelo negro recogido en una coleta y sus grandes ojos azules le habían cautivado. Sin embargo, no se había atrevido a hablarla hasta ese día, y porque comenzó ella.

—¿Es tu hermano? —le había preguntado la enfermera cuando ella y la mujer de la limpieza terminaron de limpiar la habitación.

Miguel se puso nervioso, pero no dejó que su sensación saliera al exterior.

—¿No se nota? —indicó sonriendo y señalando con la cabeza a su

hermano, que se había quedado dormido.

La chica los volvió a mirar, primero a uno y luego a otro, y se sonrojó al descubrir que eran gemelos.

—Oh, perdón, qué tonta. No me había dado cuenta —repuso sonriendo ruborizada.

El gemelo, al observar su cambio de color, la calmó.

—No te preocupes. La verdad es que ahora no es fácil fijarse. ¿Cómo te llamas? —se atrevió a preguntarle.

—Sara.

—Sara —repitió—. Me encanta ese nombre. Yo soy Miguel, encantado. —Se levantó del sillón y la estrechó la mano. El suave tacto le hizo estremecerse. Llevaba mucho tiempo sin tocar la suave piel de una mujer.

Hubo un silencio un tanto incómodo. A Miguel no se le daba muy bien hablar con mujeres, y menos si le atraían.

—Iba a ir a desayunar. ¿Te gustaría acompañarme? —le propuso la enfermera de pronto tímidamente.

Miguel se sorprendió y tras otro instante de silencio en el que se quedó medio trastornado, miró a Fran.

—Tranquilo. Él estará bien. Está dormido —le aseguró Sara—. ¿Vienes?

—P-Por supuesto que voy —tartamudeó—. Es más, yo tampoco he desayunado e iba a ir dentro de un rato.

Los dos salieron de la habitación dejando a Fran dormido y fueron a la cafetería, donde estuvieron hablando durante el tiempo que constaba el descanso de Sara. Ella era hija única y vivía con la única compañía de un pequeño perro. A partir de ese día, quedaban todas las mañanas en la cafetería para desayunar y conocerse mejor. Miguel se lo contó a Fran y este se alegró bastante por su hermano. Todos los días, cuando terminaba de hablar con ella, iba a la habitación y le contaba lo que habían estado hablando. Luego se marchaba a casa, comía, se duchaba y echaba la comida a Bobby. Una tarde, mientras le hablaba de ella, Fran hizo una gracia que a Miguel no le gustó. «Ya tienes con quien comentar películas y a quien contar los sueños como hacíamos nosotros cuando yo muera. Ya tienes compañía, y mejor que yo», dijo. Pero a Miguel no le hizo gracia la parte de que iba a morir, por lo que su hermano se disculpó culpando a

los medicamentos de que dijera esas cosas, ya que, como muchas veces le había dicho y llorado, él no quería morir.

Se encaminó a la habitación pensando en la conversación que acababa de tener con Sara. ¿Había insinuado ella ir a cenar esa misma noche? «Hoy voy a cenar en un restaurante porque se me ha olvidado comprar comida», mencionó. ¿A quién se le olvida comprar comida? Y si era así, ¿iría a un restaurante ella sola? No había duda. Estaba clara la insinuación. «¡Qué tonto he sido! —se dijo a sí mismo—. ¿Qué habrá pensado ella de mí al no entender su clara sugerencia? No la puedo dejar así». Asomó la cabeza por la puerta de la habitación de su hermano. Fran estaba boca arriba con los ojos cerrados, dormido. Miguel no quiso despertarlo y deshizo el camino para encontrarse de nuevo con Sara.

La halló por el pasillo a punto de entrar en una habitación con bolsas de suero en las manos.

—Sara —la llamó. Ella se giró y le sonrió mostrando su blanca dentadura con esos dos paletos ligeramente separados que le hacía aún más atractiva—. M-Me preguntaba si querrías cenar esta noche conmigo —tartamudeó.

La enfermera curvó aún más los labios. Qué bonita era.

—Por supuesto que quiero. ¿A las nueve? —propuso.

—A las ocho —sentenció Miguel rápidamente casi interrumpiéndola. No podría aguantar tantas horas sin verla. Al fin y al cabo una hora menos era una hora menos.

—Está bien, a las ocho —dijo todavía con la sonrisa, y se metió en la estancia sin dejar de mirarle.

Fran ya se había despertado cuando regresó a la habitación. Tenía unas pronunciadas ojeras moradas y parecía más viejo de lo que era. También estaba mucho más delgado y ya casi no tenía pelo. Esa visión le entristecía a Miguel cada vez que le miraba, pero hoy no era un día para ponerse triste.

—¿Qué tal estás? —le preguntó nada más entrar.

—Un poco mareado, y me duele la cabeza y el pecho. Lo de siempre —le contestó llevándose la mano a la cabeza.

—¿Quieres que avise a un médico?

—No, no hace falta, no te preocupes. Bueno, ¿qué tal hoy con tu

amiguita? —cambió de tema de repente.

—Muy bien. La he invitado a cenar... bueno, sería más correcto decir que ella me ha invitado.

—Estupendo. Así que vas a dejar a tu hermano solo —soltó Fran. La sonrisa que tenía Miguel se borró de pronto—. Es una broma, hermanito —le dijo tratando de reírse—. Me alegro. —El enamorado recuperó la sonrisa—. ¿Y el perro? ¿Va bien? —preguntó tornándose serio y cerrando con fuerzas los puños.

—Sí. Ese chucho ya está más animado.

Fran asintió levemente con la cabeza y después se quedó callado con la mirada perdida al frente. Y así permanecieron hasta la hora en la que Miguel fue a comer. No debía tener muchas ganas de hablar.

Tres horas después, como siempre, volvió al hospital. Sara ya no estaba, su turno era de mañana y en esos momentos eran las cuatro y media de la tarde.

A pocos pasos de la habitación de Fran, comenzó a oír voces bastante altas, casi gritos. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se apresuró con el corazón encogido rezando para que no vinieran de su habitación, pero de nada le sirvió. Las piernas le flaquearon tanto que tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta y la respiración pareció cortársele al ver a seis médicos rodeando la cama de su hermano, moviéndose ajetreadamente y dando órdenes. Uno de los enfermeros le retiró de la puerta cuando iban a sacar la camilla de la habitación con Fran en ella. Le vio tumbado, boca arriba, muy pálido, demasiado pálido, resaltando aún más las moradas ojeras, y con manchas de sangre por toda la zona de la boca y el cuello, así como por la bata de hospital. Un médico intentaba reanimarle mediante compresiones en el pecho con sus manos, lo cual era —por irónico que pareciese— bueno, ya que quería decir que no había fallecido. Otros empujaban la cama y un cuarto sujetaba la bolsa del suero.

Miguel los siguió llorando y mareado por el miedo y la tensión, sin nada más en la cabeza y en su ángulo de visión que la camilla rodeada de médicos en la que iba su hermano. Hasta que le metieron en el quirófano, donde el enfermero que le apartó de la puerta de la habitación le impidió entrar y se quedó con él.

No podía hablar, algo se lo impedía. Quería preguntarle a aquel médico qué había pasado, pero no podía pronunciar ni una palabra. Todo a su alrededor había adquirido una atmósfera surrealista.

—Ha empezado a toser fuertemente y a quejarse del pecho —explicó finalmente el enfermero—. Luego ha comenzado a expulsar sangre por la

boca con cada tos y se ha quedado inconsciente, pero la sangre no ha dejado de salir. Creemos que puede ser una hemorragia.

Miguel sacó fuerzas de donde pudo para intentar hablar.

—¿Se pondrá bien? —preguntó tan bajito que el médico tuvo que acercarse.

—No lo sé. Habrá que esperar a que salgan del quirófano. ¿Usted está bien? Siéntese.

El enfermero le ayudó a sentarse y esperó. Quince minutos, media hora, una hora, dos horas, pensando únicamente en su hermano... y en el perro... en su hermano... y en el perro, olvidándose inconscientemente de la cita.

Por fin, a las dos horas y media, salió un médico. La cara que tenía no le gustó nada: era un hombre con el pelo gris casi blanco, de la misma estatura que Miguel, con barriga de padre y con muchas arrugas llamado Martín por lo que pudo leer en la borrosa identificación de su bata. Pero no era eso lo que no le agradaba, sino el rostro serio que presentaba.

—No hemos podido hacer nada, lo siento —le dijo con una emoción que no parecía real. Miguel comenzó a llorar y su «no» desgarrador resonó en todo el pasillo. Tuvo que sentarse debido a la debilidad que sintió por todo su cuerpo—. El cáncer estaba muy avanzado —continuó—, el tumor ha acabado con los pulmones.

—¿Puedo... verle? —tartamudeó sollozando mientras se limpiaba las lágrimas y sorbía la nariz. Algo le hizo dejar de llorar y hacerse más fuerte. Tenía que cumplir una promesa, pero antes quería hablar con él.

El médico le dijo que tenía que esperar a que le bajaran al tanatorio y se esperó.

Al cabo de un rato, ya en la sala de espera del tanatorio, le dejaron verle.

Una lágrima le recorrió la mejilla al ver el inerte cuerpo de su hermano.

—Hermano —dijo tocándole la cabeza—, lo siento. Perdóname por no haber estado a tu lado antes del ataque. Te quiero, hermanito, lo sabes, y por eso sé lo mucho que te hubiera gustado matar al estúpido perro. —Paró de llorar y apretó los dientes a la vez que los puños. A cualquier persona le parecería ridículo hablar de ello en ese momento, pero a él no—. Pero no te preocupes, voy a cumplir la promesa, y te aseguro que lo

va a lamentar.

El irascible Miguel le dio un beso en la frente a su fallecido hermano y se dirigió a su casa a toda prisa con las uñas haciéndole sangre en la palma de las manos. Ya no recordaba que dentro de media hora una bella mujer le esperaba para ir a cenar en su primera cita formal como novios. Lo único que tenía en la cabeza era a aquel fiel amigo del hombre que, tumbado en el suelo del gran patio de tierra, ignoraba lo que estaba a punto de sucederle.

Capítulo 7

6

Habían transcurrido once meses desde la primera vez que se fueron de vacaciones con Nana y aquellas habían sido las mejores que Sandra había tenido jamás. Ella y su perrita habían jugado todos los días en la arena de la playa o dentro del agua, sosteniéndola en brazos. Luego, en el hotel —que admitía perros de cierto tamaño—, continuaban divirtiéndose. Lo que más le gustaba a Sandra era cuando, tumbada en el suelo, la cogía y colocaba en su pecho y Nana se acercaba a su cara y la lamía. Aquello le hacía reírse más que nunca.

Faltaba un mes para que las vacaciones volvieran y Sandra no se podía quitar de la cabeza las palabras que su madre le dijo en el coche acerca de Nana el día que terminó el curso pasado: «... cuando sea más grande no podrá venir con nosotros a todos los sitios». Nana tenía ya un año y tres meses, y la verdad era que había crecido mucho. ¿Sería lo suficiente grande como para no llevarla de vacaciones? En ese caso solo habría disfrutado unas vacaciones con ella! Ya no podría jugar como lo hizo el año pasado, pero igualmente deseaba ir con su perrita y seguía queriéndola del mismo modo. No soportaba la idea de dejarla sola con otra familia durante un tiempo. ¿Y si se olvidaba de ella? ¿Y si les cogía cariño y cuando regresara no se acerba a ella corriendo? Tenía que convencer a su madre.

Un mes después, a una semana de las vacaciones, Sandra se acercó a su madre seguida por Nana. Estaba removiendo huevos en un plato con un tenedor. Su hermano, Aarón, de un año ya, daba vueltas con el tacatá por la cocina. Solo se oía el constante repiqueteo que producía el cubierto al chocar con el cristal del plato y las ruedas del aparato que servía para ayudar a los niños a andar.

No tenía claro cómo convencerla. Había estado pensando en la forma de hacerlo desde que se lo planteó, pero no se la ocurría nada. No obstante, quedaba muy poco tiempo y debía intentarlo.

—Mamá —la llamó.

—Dime, hija —la recibió sin girarse.

—Quiero hablar de Nana. —Sandra volvió a recordar la conversación del coche en la que su madre le dijo algo parecido. Esta vez, la mujer dejó de batir los huevos y se giró—. ¿Recuerdas —continuó al ver que su madre no decía nada— lo que me dijiste el año pasado sobre Nana antes

de irnos de vacaciones?

La madre se quedó un instante pensando y luego negó con la cabeza. Sandra se lo recordó.

—Ah, sí. ¿Qué pasa con eso? —afirmó cuando Sandra terminó de hablar.

Aarón se había acercado a Nana y esta comenzó a lamerle la cara. Sandra no se dio cuenta, pero su madre sí, y vio como levantaba la mano. Ella la siguió con la mirada y el débil y seco sonido que produjo el pequeño manotazo que la mujer proporcionó en el hocico de la perra resonó en sus oídos. No había sido fuerte, pero aún así, Nana salió corriendo de la cocina. Sandra la llamó inútilmente.

—¿Por qué la pegas? —se enfadó.

—Estaba chupando a tu hermano —le reprochó mientras le limpiaba la cara al niño, que se reía.

—¿Y qué más da? No hacía falta pegarla, con que la hubieras regañado, habría parado —continuó quejándose.

Su madre la miró enfadada.

—Déjalo ya, Sandra —le ordenó con tono autoritario—. No tenía que chupar a tu hermano y punto. Hay que enseñarla que no puede hacer todo lo que quiera. —Sandra no dijo nada—. ¿Qué era lo que querías decirme?

La muchacha suspiró. Antes, tal vez, tenía alguna oportunidad de convencerla, pero ahora iba a ser más difícil; no obstante, ya no podía aplazarlo durante más tiempo.

—Quería saber si Nana vendrá con nosotros —lo comunicó casi susurrando. Al corto enfado lo había sustituido impotencia y tristeza. Contestara lo que contestara su madre, debía aceptarlo. Estaba cabreada y no convendría insistir.

—No creo —contestó seca y fríamente—. Como sabes ha crecido mucho. Nos será un estorbo y una constante preocupación. Puede molestar a otras personas o morderlas, y nosotros queremos estar tranquilos, disfrutar de las vacaciones. Ya te lo dije el año pasado, tienes que hacerte a la idea.

—Pero yo disfruto con ella...

—No, Sandra. No nos la vamos a llevar. Hay muchas otras formas de

divertirse, ya verás.

Sandra se mantuvo en silencio durante unos segundos. Pero al fin habló, rendida.

—¿Y dónde la vamos a dejar? —volvió a preguntar con un hilillo de voz y la cabeza agachada sabiendo que había perdido—. Ana se va de vacaciones este año al mismo tiempo que nosotros.

—Ya lo veremos cuando llegue el momento —concluyó su madre volviendo a remover los huevos.

Sandra se dio la vuelta con la mirada en el suelo. Ya no oía el repiqueteo del tenedor y el plato ni las ruedas del tacatá de su hermano, lo único que tenía en mente en ese momento era un repentino recuerdo en el que daba de comer y de beber a un perro delgado y sucio, y no tenía ni idea de a qué venía ese pensamiento.

El galguero estuvo buscando desesperadamente al perro por los alrededores aún sabiendo que no lo encontraría, pues había huellas de botas cerca del árbol y no eran suyas. Alguien lo había visto y se lo había llevado.

Estaba muerto de miedo. ¿Qué le harían si descubrían que el perro era suyo? Podían averiguar quién era el dueño mediante el chip. ¿Le meterían en la cárcel? No podían hacerle eso, ¿qué pensaría su hijo? «¡Maldito perro! ¿En qué día lo compré?», se lamentaba una y otra vez.

Volvió al árbol e intentó seguir las huellas, pero se perdían unos metros más adelante, donde el suelo era menos blando. Cuando la luna comenzaba a salir y el cielo se tornaba oscuro, más oscuro que cualquier otro día de su vida, decidió, cansado y jadeante, dejar la búsqueda. Desgraciadamente no podía hacer nada.

En su casa le esperaba su hijo cenando. Santi intentó esconder torpemente la pala. David lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa, papá? —le preguntó.

Santi respiró durante unos segundos para calmar el jadeo y, con voz trémula, contestó.

—Tenemos un problema... —expuso sin más, comprendiendo que era inútil mentir—. Tengo un problema —se corrigió. Se acercó a él con la pala

a la vista. Temblaba. Su hijo frunció todavía más el entrecejo—. He...

—¿Qué has hecho? ¿Dónde está Jaque? —le interrumpió estirando el brazo hacia adelante con la mano levantada y abierta haciéndole parar.

—Hijo, no te enfades —le rogó después de un corto silencio—. Lo sien...

—¡Creía que ha este perro le querías de verdad! —le gritó David muy irritado, interrumpiéndole de nuevo y levantándose bruscamente.

—Pues claro que lo quería, como a todos —se defendió. Otra vez tenía que inclinar la cabeza hacia arriba para mirarle a los ojos; como odiaba eso.

David sonrió irónicamente.

—Claro que lo querías; claro que los quieres, pero lo tuyo es otro tipo de querer. Es un querer material. Una persona que quiere a un perro no lo mata —enfaticó alzando la voz en esa última palabra— cuando no hace lo que a su dueño le conviene. Los utilizáis como si fueran máquinas, y cuando no funcionan os deshacéis de ellos. Todos los cazadores sois iguales.

Santi dejó de mirarle a la cara. ¿Tenía su hijo razón? Él no lo creía así.

Se quedó un instante en silencio. No sabía qué decir. El miedo le había dejado sin armas. Además, siempre que se enfrentaba a su hijo, sentía que este le superaba, pero ¿por qué?

¿Debía contarle que se habían llevado al perro? Sí, qué más daba, ya sabía que había intentado sacrificarlo, lo único que quería esconder.

—David —le detuvo con el brazo temblando y temeroso de tocarle, ya que este se había dado la vuelta y se disponía a irse—. Alguien se ha llevado al perro, seguramente todavía vivo.

No le miraba a la cara. Tenía los ojos clavados en el suelo. Estaba cansado, frustrado y decepcionado consigo mismo por haber hecho que su hijo se enfadara de esa manera con él. Además estaba también muerto de miedo: «¿Me meterán en la cárcel?», se preguntaba. Creyó que el mundo se le caía encima cuando su hijo le dijo, como única contestación a su revelación de la desaparición del perro, que era problema suyo, para después irse.

Permaneció un largo rato en la postura en la que su hijo le había dejado: de pie, medio encorvado, con la cabeza gacha y la mirada perdida en las brillantes baldosas del piso, con el brazo derecho colgando a su

costado y la pala en su mano, esperando sin dejar de temblar a que la policía tocara el timbre de la puerta con una denuncia. «¿Me meterán en la cárcel?», no dejaba de repetirse en su cabeza una y otra vez. ¡No quería estar entre rejas! Nadie quiere.

Al fin consiguió moverse. Todos sus huesos se quejaron. Salió al patio despacio para guardar la pala. Había pensado en limpiar cualquier evidencia que demostrara que allí había habido un perro y negar que el galgo fuera suyo, pero sería inútil, pues el chip no mentía.

Volvió adentro. No tenía ganas de comer ni de beber nada. Todo le parecía surreal. Se sentó en el sillón y al cabo de un rato se quedó dormido. El cansancio pudo con todas sus preocupaciones.

El agudo sonido del timbre de la puerta le despertó. Los brillantes e intensos rayos de sol entraban oblicuos por la ventana: había estado toda la noche durmiendo, sin despertarse. Miró el reloj de encima de la televisión; eran las diez de la mañana.

Se levantó bostezando y, sentado en el sillón, el día anterior le vino a la cabeza como una ráfaga, lo que le impidió levantarse del todo como si le hubieran congelado en un instante. «Ya está, ya me han cogido», se dijo volviendo a temblar tras un fuerte estremecimiento.

Contra su voluntad consiguió levantarse tras otro estridente timbrazo. Cuanto más cerca estaba de la puerta más se le aceleraba el corazón, el cual lo sentía en las sienes. «Que no sea la policía. Que no sea la policía», rezaba en voz baja.

—¿Quién es? —se oyó decir a sí mismo con voz débil.

—Somos de la protectora de animales —contestó la puerta.

Todas las frágiles esperanzas del hombre se quebraron de inmediato. Por un instante pensó en no abrir y huir por el patio... La mano de Santi abrió la puerta. Había dos mujeres vestidas de calle y un alto agente de la guardia civil con su verde uniforme.

—Buenos días, señor —saludó una de las mujeres—. ¿Es usted Santiago Rivas García? —Ese era su nombre completo.

—Sí, soy yo —respondió intentando que no le temblara la voz. Comenzaba a sudar. Ni siquiera se dio cuenta de invitarles a pasar. La sensación de irrealidad volvió a aparecer.

El guardia civil lo miraba fija y duramente cuando comenzó a hablar.

—Hemos recibido una denuncia en la que se dice que usted ha intentado ahorcar a un perro. —Santi no contestó. Las piernas le flaquearon—. Los veterinarios de la protectora de animales le han sacado el chip y figuraba usted como dueño. Tendrá que venir con nosotros.

Se acabó. Iría a la cárcel. Santi reprimió las lágrimas. Miró hacia arriba en dirección a las escaleras; en el piso de arriba estaba su hijo. Sería absurdo avisarle. Santi salió de la casa cabizbajo y, para tratar de hacer desaparecer esa sensación que casi podía considerarse el principio de un desmayo, cerró la puerta fuertemente tras de sí, haciendo que el golpe resonara fuertemente en sus oídos.

Miguel no reparaba en la velocidad de su BMW verde oscuro. Suerte que no había mucho tráfico. Estaba muy cabreado; quería llegar cuanto antes a su casa.

Eran las ocho y poco más cuando al fin llegó; no se acordaba de Sara. Se bajó del coche que había dejado mal aparcado y se dirigió corriendo a la puerta. Tras varios intentos para meter la llave en la cerradura la abrió de golpe y la dejó abierta. Cogió el duro palo que Fran siempre colocaba apoyado en la pared de la cocina, al lado de la puerta que daba al patio, con el cual golpeaban a Bobby, y salió al gran espacio abierto, sin preocuparse tampoco por cerrar esa puerta.

El perro, nada más verle, se levantó e intentó salir corriendo, pero Miguel le enganchó de la carne de la parte trasera y lo arrastró hacia sí mientras el can chillaba y se orinaba de dolor... y de miedo. Le pasó un extremo de una cuerda en el cuello, formando un collar-correa, y el otro lado lo ató a una columna que habían dispuesto a propósito para eso. El perro no dejaba de gañir y de moverse inútilmente. Una vez sujeto, Miguel comenzó a lanzar golpes, con todas las fuerzas que pudo sacar, por todas las partes del cuerpo del animal: cabeza, hocico, lomo, pecho, rabo, patas... Sin mirar por dónde lo hacía, cegado por la ira.

Bobby aullaba tan fuerte que parecía que se pudiese oír en todo el mundo. Se revolvía por el suelo, dando vueltas sobre sí intentando protegerse de los golpes de su dueño y de escapar de la soga que lo retenía. Volvió a orinarse, pero esta vez no paraba y además también defecó, pringándose de ambos, mezclado con la arena. La sangre comenzó a manar por los dientes, los ojos, la nariz, las patas y prácticamente por todas las partes en las que Miguel le apaleaba. Un colmillo se partió como porcelana al igual que algunas de las uñas.

A Miguel también le empezó a salir sangre de la mano, por el roce del palo. Debido a la desesperación, pues el perro no moría, aumentó la potencia de los golpes a pesar de que ya no tenía más fuerzas de las que

estaba empuñando, y comenzó a gritar histéricamente como un loco; no le importaba que le oyera la gente. No sentía cansancio ni dolor. Por su mente vagaban sin piedad todo tipo de recuerdos de Fran.

Después de unos cuatro minutos de revoloteo por el suelo, el can pudo zafarse de la cuerda que le pasaba por el cuello; pero al igual que había ocurrido antes, Miguel lo enganchó sin parar de golpearle y, así, sujeto con una mano, continuó atormentando al pobre animal.

—¡Qué demonios estás haciendo! —gritó una voz aguda y femenina desde la puerta.

Miguel se asustó al oír aquella voz reconocida, provocando que soltara al perro, momento que este aprovechó para salir corriendo, cojeando, por la puerta. El gemelo se giró hacia la bella chica que lo miraba con cara de espanto y decepción. Y algo más. Odio. Era Sara. En aquel instante le vino a la cabeza la clara proposición de cena que ella le hizo y que no entendió y como él, al darse cuenta, fue a buscarla para invitarla a las ocho en un restaurante. Pero, ¿qué hacía allí?

—¿C-Cómo has entrado? —tartamudeó paralizado, con un nudo en la garganta y el corazón latiéndole a una velocidad que parecía que se le iba a salir por la boca.

—La puerta estaba abierta. He venido a buscarte porque no venías y pensaba que te sucedía algo —le dijo sin darle importancia y con un tono que denotaba repugnancia—. ¿Qué haces, Miguel? ¿Por qué estabas pegando a ese perro? —Le temblaba el labio inferior.

—Yo... —titubeó—. Fran ha muerto. —Y comenzó a llorar.

Sara no se movió.

—Lo siento, pero eso no explica por qué le estabas dando una paliza..., supongo que a tu perro. —Al dejar de repugnancia se sumó enfado y dolor al mismo tiempo.

Miguel permaneció en silencio. A Sara le empezó a resbalar una lágrima por su bello pómulos y su suave mejilla.

—Si esta es la clase de hombre de la que me he enamorado... no quiero verlo más. Miguel..., adiós —dijo secamente dando la vuelta y saliendo por la puerta.

Miguel lloró aún más fuerte después de aquello. ¿Enamorada? ¿Clase de hombre? Se miró la mano ensangrentada; ahora sí que notaba el

cansancio. Le dolía la espalda y el brazo. Dejó caer el palo.

No iría a buscar al estúpido perro. Había prometido matarlo y creía que con la paliza que le había dado no llegaría muy lejos.

Cerró las puertas, subió al piso de arriba, se lavó, se tumbó en la cama de su hermano, y allí estuvo unos minutos pensando en él y en Sara. ¿La recuperaría alguna vez? ¿Cómo se le había olvidado cerrar las puertas? ¿Qué haría ella? ¿Le denunciaría?

De pronto, pensó también en su demás familia. Tenía que llamarla. Pero no ahora, más tarde. Ahora tenía que ir a ver a Fran.

Al cabo de un rato se levantó destrozado y después de cambiarse de ropa se dirigió al tanatorio del hospital, a contarle a su hermano todo lo que había pasado.

Capítulo 8

7

Sandra no paraba de sollozar. Esa mañana del día anterior al que se irían de vacaciones se había levantado un poco tarde y como todos los días, después de subir la persiana, miró hacia la cama de perro colocada a los pies de la suya, donde siempre se encontraba Nana durmiendo. Pero esa mañana no estaba. Miró nerviosa por debajo de la cama para ver si se había metido allí, pero no vio nada. A continuación dirigió su mirada a la puerta: estaba cerrada. Si la perra no estaba en su habitación alguien debía de haberla abierto. Al deducir eso, recordó haber oído, mientras dormía, que alguien entraba en la habitación, y por el sonido de sus pasos sabía que había sido su padre, ya que reconocía su forma de andar y la de su madre. Por tanto, con los ojos aún llenos de legañas, decidió ir a preguntarle.

Bajó corriendo las escaleras con una mezcla de enfado y miedo. Había un amargo olor a café. ¿Se la habrían llevado ya? Y si era así, ¿adónde? ¡No se había despedido de ella, no la podían hacer eso! Le encontró sentado a la pequeña mesa de la cocina —que se encontraba enfrente de las escaleras— con Aarón en brazos, hablando con la madre. «...ha corrido detrás del coch...», escuchó que decía su padre antes de interrumpirles, entrando un tanto sofocada a la estancia. Pero no le prestó mucha atención; sus pensamientos estaban en su perrita.

—¿Dónde está Nana? —Intentó hablar calmada.

—¿Qué dices, hija? —respondió su madre con gesto confuso.

—¿Dónde está? —repitió con infantil suspicacia—. En mi habitación no está y la puerta estaba cerrada. Además, he oído que papá entraba en mi habitación —expuso mirando a su padre acusatoriamente. ¿Se había removido en la silla?

—He entrado para ver si te encontrabas bien porque tardabas mucho en levantarte —reconoció el padre—. He dejado la puerta abierta para que entrara luz, tal vez Nana se ha escapado al verla abierta. Vamos a buscarla —instó levantándose y entregando el niño a la madre.

Antes de darse la vuelta para salir de la cocina, Sandra pudo ver cómo su padre hacía un gesto de preocupación a su madre muy extraño.

Estuvieron un rato buscándola por la casa y luego, al no encontrarla, salieron a la calle tras vestirse. A pesar de las insistencias de su madre

para que desayunara, ella se negó; no tenía hambre.

Por las calles gritaba su nombre y preguntaban a la gente con una chispa de esperanza si habían visto a un cocker blanco con manchas marrones, pero la gente negaba con la cabeza y los que más la conocían se preocupaban por ella.

Después de recorrerse casi toda la ciudad sin resultado, el padre la obligó a regresar a casa. Aunque seguía sin hambre, desayunó y tragó como pudo los cereales. Cuando terminó subió a su habitación con las lágrimas asomándole por los ojos. Ya allí, estalló en llanto con su peluche de un cocker que tanto se parecía a Nana entre los brazos. ¿Cómo podía haberse escapado sin que nadie la viera? ¿Cómo era posible que no la hubiese visto nadie por la calle? ¿Por qué su padre había mirado de esa manera a su madre? Y ¿por qué se había movido en la silla cuando le miró? Todo eso se preguntaba entre sollozo y sollozo, pero había algo que la inquietaba todavía más, algo que había oído decir a su padre justo cuando bajaba el último peldaño de la escalera antes de entrar en la cocina; pero ¿el qué era? No lo recordaba.

Se sentía sola y triste sin Nana. La quería muchísimo y no aguantaba estar sin ella. Era incapaz de adivinar dónde podría estar y no dejaba de pensar si ella se sentiría también sola y triste, y si tendría hambre, miedo o sed. Cada vez que pensaba en eso rompía a llorar de nuevo y se abrazaba con más fuerza al peluche.

Su madre entró en la habitación al cabo de un rato.

—Venga, Sandra, no llores más —la intentó consolar mientras se sentaba en la cama y la apartaba el pelo con dulzura de la cara—. Seguramente que vuelve, y si no, la volveremos a buscar cuando vengamos de las vacaciones.

¿Cómo podía decir eso? ¡Después de vacaciones! Ya podría estar encerrada en una de esas perreras, o peor... Sandra no se atrevía ni siquiera a pensar la otra probabilidad.

—No la quiero encontrar cuando volvamos, ¡la quiero ver antes de irnos! —sollozó—. Si no pasa esto, no me iré de vacaciones.

Su madre frunció el ceño.

—¿Qué dices, Sandra? No digas tonterías. Irás de vacaciones como todos los años, vuelva Nana o no.

—¡No iré! —le gritó. Su madre le dio una bofetada y Sandra sintió un

dolor tal que tuvo que llevarse la mano al lugar.

—¡Irás y punto! —sentenció—. Estoy harta de que siempre estés con la perra en la boca. No te la teníamos que haber comprado. —Se levantó y salió de la habitación cerrando la puerta de un golpe tras de sí.

Sandra volvió a llorar mucho más fuerte por el dolor y por Nana, al igual que por las palabras de su madre, y de la rabia que sentía. Al cabo de unos instantes, se quedó dormida, con los ojos y la nariz colorados, a pesar de haberse levantado hacía apenas unos cuarenta minutos.

Lo único que se oía en aquella oscura y fría celda eran los irritantes ronquidos del obeso compañero de celda de Santi. Llevaba dos meses encerrado de cuatro a los que le habían condenado por maltrato animal. En principio el juez dictó seis meses, pero el abogado logró reducirlo. Por otra parte, le impusieron una indemnización de seis mil euros.

Su hijo David había acudido dos veces —una vez al mes— a visitarlo, aunque aquello no significaba que no estuviera todavía enfadado con él y que le preocupara dónde estaba su padre; él creía que era justo, como le comentó la primera vez que fue a verle.

Mientras le trasladaban a la cárcel, Santi estaba asustado pero también sentía un gran odio hacia la persona que lo había denunciado y deseaba tenerlo frente a él para poder decirle cuatro cosas y darle una buena paliza. «Por lo menos —pensaba enfadado— me meterían en la cárcel por algo». Él seguía creyendo que lo que había hecho no era para tanto; se llevaba haciendo hasta donde su memoria alcanzaba recordar. Era algo natural, como los toros, que, según él, nacían para morir toreados en una plaza.

Cuando llegaron a la prisión, el corazón se le aceleró al ver la imponente puerta adosada a unos altos y robustos muros de piedra. Una vez dentro se preguntó qué le harían los demás presos si descubrían que le habían encerrado por —según la protectora de animales— maltratar a un perro. También se preguntó si tendría compañero y, si era así, rezaba para que no fuese una persona violenta. Por suerte para él, fue así. El preso era un hombre bastante gordo con barba de tres días, con pelo solo por los laterales de la cabeza debido a una calvicie prematura y cara de tener pocos amigos al que habían detenido por múltiples robos. Sin embargo era simpático y se portaba bien con Santi. Lo único que le molestaba de él eran sus fuertes ronquidos que le impedían dormir de un tirón.

El ruido de la puerta de la celda al cerrarse tras de sí resonó en sus oídos más fuerte de lo que en realidad sonaba y un escalofrío subió por su

columna vertebral a la vez que se le hacía un nudo en la garganta. Permaneció inmóvil durante unos segundos, pero Emilio, que así se llamaba el compañero, le dijo que cambiara esa cara de asustado y que espabilara. Ya no volvió a experimentar esa sensación de desmayo. A raíz de ahí hablaban de vez en cuando. Santi pensó en mentirle acerca de lo que había hecho, pero era absurdo porque ya lo sabía; las noticias corrían en ese lugar tan deprisa como en un pueblo pequeño. No obstante se calmó cuando Emilio le dijo que no le harían nada si se alejaba de ellos y evitaba mirarles; y a él no le interesaban las razones por las que se encontraban allí los demás presos.

A pesar de su compañía, Santi se sentía solo y amargado en aquella pequeña habitación en la que en esos momentos, las dos de la madrugada, el silencio era roto, como siempre, por los ronquidos de Emilio. Todo era oscuridad allí, angustia, incluso en el patio o en los comedores donde la gente se reía y charlaba con aparente ánimo. No aguantaba nada de eso, y todavía le quedaban dos meses más por estar allí.

Todos los días se sentía cansado, abatido, y cuando se miraba en el espejo le parecía verse más viejo; ni siquiera se molestó en afeitarse en los dos meses que llevaba allí, por lo que la barba lucía mucho más larga de lo habitual, al igual que el pelo. Ahora sí que parecía un preso, se decía con resentimiento.

Otros dos meses después, David fue a visitarle el día establecido para ello. Un guardia le abrió la celda y le llevó a la sala de visitas: una espaciosa habitación con varias mesas con una o dos sillas a ambos lados y con ventanas enrejadas; como todas. Santi, ya impaciente, se preguntaba cuánto tiempo más tendría que estar allí, pues ya llevaba cuatro meses. Su hijo se lo aclaró; vino a decirle exactamente eso.

—Hola, hijo —lo saludó con una sonrisa mientras se sentaba.

—Hola —dijo secamente David. Su voz era gélida. A Santi se le borró la cara de relativa felicidad.

—¿Qué tal estás?

—Bien, mejor que tú, por lo que veo. —Santi no dijo nada—. Seguramente ya lo sabrás —comenzó diciendo—, pero por si acaso, yo te lo digo. El veinticuatro de Junio saldrás de aquí.

La sonrisa volvió a aparecer en el rostro del galguero y un alivio le recorrió por todo el cuerpo.

—Por fin, solo queda una semana. Una semana y podré volver a dormir en una cómoda cama en el silencio más absoluto. —Un fuerte

sentimiento de nostalgia pasó a ocupar el lugar del alivio al decir lo siguiente—: Y por supuesto volveré a cazar y a disfrutar del camp...

—¿Cómo? —le interrumpió su hijo bastante irritado—. ¿Vas a volver a cazar después de todo esto? ¿No te ha sido suficiente escarmiento? —David se levantó violentamente de la silla y Santi echó un ojo a los vigilantes, que no se inmutaron.

—Pero, hijo, es mi vida, es lo que siempre he hecho —contestó.

—Si vuelves a ello no volveré a hablarte más. —Hizo una pausa—. Solo hay una condición por la que no me importaría que lo hicieras y yo no te la voy a decir, tiene que salir de ti. —David se dio la vuelta para marcharse, pero antes volvió la cabeza y le dijo—: Ah, por cierto, no me esperes en la salida, no voy a venir a recibirte. —Después se fue.

Santi se quedó atónito ante aquellas últimas duras palabras y, mientras veía cómo se marchaba su hijo, comenzó a pensar, desconsolado y aún más abatido, en cuál podía ser la condición que le había propuesto.

Fuera cual fuese, si la descubría, la llevaría a cabo; no se permitiría perder a su hijo del todo y, mucho menos, por su propia culpa.

Soledad. Eso era lo que Miguel sentía desde que Fran falleció a pesar de que habían pasado tres días. Una dura y amarga soledad.

El entierro se llevo a cabo a la mañana siguiente de la muerte. El día anterior, cuando Miguel llegó al hospital, le contó a su fallecido hermano lo que pasó con el perro y con Sara. Aún sabiendo que ya no le escuchaba, él quería pensar que sí. Al terminar de hablar, volvió a romper a llorar y cuando se repuso llamó a sus demás familiares: primero a sus tíos por parte de madre, y luego a los de su padre. No parecían muy afectados al contárselo, ya que no tenían mucho contacto con ellos, pero en el entierro se dejaron ver algunas lágrimas.

El cementerio estaba cerca de su casa y se podía ir andando, por lo que Miguel iba todos los días a hablar con él y a cambiarle las flores marchitas por unas frescas.

Ya se había olvidado del perro, y solo le atormentaba el recuerdo de Sara y cómo la había perdido, preguntándose si la recuperaría alguna vez, cuando, en uno de sus viajes, sintió que alguien le seguía. Le pareció ver un perro, un pastor alemán. Bobby volvió a ocupar durante unos segundos sus pensamientos, pero este no podía ser, y no le hizo caso, pues estaba casi seguro que con la paliza que le había dado, aquel maldito chucho habría muerto desangrado o de dolor. Más tarde en ese mismo

día, frente a la lápida de su hermano, volvió a verlo lejos de donde él se encontraba, pero le lanzó una piedra y el perro salió corriendo.

En estos momentos, Miguel estaba tumbado boca arriba en el sofá del salón, aburrido y triste. No podía dormir y se bajó a aquella estancia. Encendió la tele, pero no echaban nada interesante y la apagó. Pensaba, como casi todos los días, en que ya no volvería a verle, ni siquiera comentaría películas o sueños, que era lo que más le gustaba hacer. La única persona que podía haberle consolado en esos momentos la había perdido por culpa del estúpido perro. Se había quedado solo de la noche a la mañana. Fran y él tampoco tenían amigos debido a que estos sabían lo que les hacían a los perros, cosa que no les gustaba, por lo que no podía acudir a ellos. Por otro lado, el resto de su familia vivía bastante lejos y no tenía suficiente trato con ellos.

No se imaginaba vivir así, no lo aguantaría. Llevaba apenas cuatro días y sentía que en cualquier momento el mundo se le vendría encima y le encerraría aún más entre esas paredes, que de algún modo, cada día, estas se irían acercando más y más hasta asfixiarle. De pronto, una penosa y triste solución que analizó desde el segundo día que se levantó y no vio a nadie a su alrededor, volvió a aparecer en su cabeza. Era lo único que podía hacer y esta vez le convenció finalmente. No quería seguir sufriendo. Sin embargo, antes de llevarla a cabo, decidió llamar a Sara por teléfono para ver si le daba una segunda oportunidad.

Descolgó el teléfono y marcó su número de móvil. Sonó un pitido..., dos..., tres... ¿Y si no se lo cogía? No podría ni siquiera intentarlo... Cinco..., seis..., saltó el contestador. Miguel comenzó a sudar. Volvió a llamar. No lo haría otra vez. Esta vez, al tercer pitido, Sara lo descolgó y su voz, a pesar de haberle contestado con un tono borde, a Miguel le pareció dulce. La respiración se le aceleró. El sudor se heló.

—¿Qué quieres?

—Sara, quiero que me perdones —pidió con voz trémula y penosamente rogativa—. Por favor.

—Ni en sueños —le respondió ella tajantemente.

—Lo necesito... te necesito —le dijo rápidamente.

—¿Cómo quieres que perdone a una persona que maltrata a un perro? A su propio perro sin ir más lejos. Si eres capaz de hacer eso a un animal, ¿qué me harás a mí? Da gracias a Dios que no te he denunciado... todavía. Como me vuelvas a molestar lo haré. Olvídame, Miguel. —Y colgó.

Miguel llevaba tiempo sin escuchar lo que decía. Había dejado de atender cuando Sara dijo «¿qué me harás a mí?». ¿De verdad pensaba

que era peligroso? ¿Qué clase de persona a los ojos de otros? Rompió a llorar en silencio. Ya lo había decidido. El solo pensar en aquella solución le producían náuseas y temblores, pero no había conseguido que la guapa enfermera de la que estaba enamorado le diera una segunda oportunidad. Lo llevaría a cabo al día siguiente, después de ir a contárselo a su hermano.

¿Era una locura? Tal vez. O quizás era la decisión de un hombre totalmente abatido, que lo había perdido todo... todo lo que quería y tenía. Un hombre que no soportaba la soledad, no tener a nadie a su lado, ni siquiera en el plazo de cuatro días. ¿Era un cobarde? No le importaba. Ya nada le importaba. No le iba a dar más vueltas, aquella era la solución. La única solución.

Se suicidaría.

Capítulo 9

8

Sandra, nada más levantarse a la mañana siguiente, se vistió con un fino vestido blanco que su madre había comprado unos días antes para ese día, desayunó, y salió al porche de su casa, para sentarse en las escaleras con la esperanza de ver aparecer a Nana antes de iniciar el viaje de las vacaciones.

Le dolían los ojos y la nariz. Sentía una especie de escozor y supo que era debido a lo mucho que había llorado el día anterior.

Cuando se quedó dormida ese día, un sueño le hizo despertarse de golpe. Luego empezó a sentir hambre y bajó comer, para después volver a su habitación, preparar las maletas con su madre y quedarse de nuevo dormida hasta aquella mañana. No cenó. Ese sueño se repitió de nuevo por la noche.

En él veía a su perrita Nana que, mientras ella esperaba sentada en el mismo lugar donde se encontraba en estos momentos, aparecía en la calle y se acercaba a ella. Sandra se levantaba y, colocándose de rodillas, comenzaba a acariciarla con alegría, riéndose, diciéndole que la había echado de menos y preguntándole dónde se había metido. Lo extraño del sueño era que, cuando salían sus padres a la puerta de la casa, ella se giraba para verlos y decirles que Nana había vuelto, pero al mirar hacía Nana de nuevo, esta ya no estaba y ella tenía las manos vacías. Aquello fue lo que la hizo despertarse de repente las dos veces.

Ella no dejaba de preguntarse si significaba algo. Su padre le decía que los sueños no tenían nada que ver con la realidad; pero su madre opinaba todo lo contrario. Para esta, los sueños eran vivencias ligeramente modificadas que una persona había sufrido o podía sufrir. No entendía muy bien lo que aquello quería decir, aunque tenía una ligera idea. Si era así, ¿aparecería Nana en unos momentos? Pero si aparecía, ¿por qué luego se esfumaba?

A pesar del insoportable calor que hacía aquella mañana, no se iba a mover de allí hasta que la llamaran sus padres o viera a Nana.

Sandra seguía creyendo que no se había escapado, y lo que pensaba que había sucedido intentaba evitar siquiera que se le pasase por la cabeza. Sus padres no podían ser tan crueles con un animal, no la podían haber hecho eso. Pero la idea, a pesar de no querer imaginársela, la atormentaba cada dos por tres. Esa especulación era que su padre había entrado en la habitación mientras dormía, había cogido a la perra y se la

había llevado lejos, abandonándola en la calle.

Las lágrimas se amontonaron en la comisura inferior de sus ojos al no haber podido evitar ese pensamiento y en ese momento la llamó su padre desde dentro de la casa. Se levantó y secándose las lágrimas entró. Se paró unos instantes para recuperar la visión, ya que no veía nada debido a la claridad del exterior. Cuando su vista se acostumbró, su padre, muy guapo con su claro pelo castaño echado hacia un lado con una raya en la parte izquierda como siempre que iban a algún sitio, le dijo que cogiera las cosas que se iba a llevar y que las acercara al coche.

Subió a su habitación y con la maleta en una mano y su peluche preferido de un cocker en la otra, se dirigió al coche azul que esperaba enfrente de la casa.

Su madre estaba fuera también cuando salió de nuevo. Estaba sentando a Aarón en el asiento homologado de atrás. Su padre se encontraba en la parte trasera con el maletero abierto guardando las primeras maletas, por lo que ella, al llegar a él, apoyó la suya en el suelo con el peluche encima a esperar.

Mientras, miró hacia atrás, a las calles vacías, para ver por última vez si por fin aparecía Nana. Pero no fue así, lo único que vio fue un coche que se aproximaba a gran velocidad. El viento que produjo al pasar por delante de ella, golpeó a su peluche de un cocker y este salió volando hacia la carretera, atravesándola hasta el carril contrario. Ella, sin pensárselo dos veces, se dirigió hacia él para recuperarlo; no pensaba perder otro perro. Todos sus sentidos estaban concentrados en aquel muñeco, por lo tanto no escuchaba los gritos de sus padres, ni el motor del coche que se acercaba por ese carril, lo único que le hizo volver a la realidad y pensar no solo en el peluche, fue el empujón que le propinaron en el trasero dos especies de esponjas redondas —por lo que pudo sentir—, cayendo al suelo unos centímetros más adelante.

Inmediatamente se giró con el peluche apretado en su pecho a la vez que se oía un golpe seco de algo que, el coche rojo que se encontraba delante de ella, ahora parado, había golpeado.

Las frías lágrimas comenzaron a mojar sus mejillas, todavía paralizada del miedo, al descubrir con qué había chocado el vehículo. Delante de él, tumbada en el suelo de costado y sin moverse, estaba lo que había estado deseando ver desde la mañana anterior: Nana.

Sandra empezó a llorar y a gritar aún más fuerte haciendo un esfuerzo por levantarse, ya que le temblaban las piernas. Se acercó a su perrita antes de que sus padres llegaran hasta ella, la cual ya estaba siendo

atendida por el conductor.

Sus padres la preguntaron preocupados si estaba bien y ella asintió con la cabeza, después se puso de rodillas ante Nana y se calmó al ver que respiraba. El padre y la madre la imitaron.

—Nana, has vuelto —dijo Sandra entre sollozos acariciándola. La perra se estremeció al sentir la mano—. Has vuelto y me has salvado. Te pondrás bien, aguanta. Vamos a llevarte al veterinario. ¿A que sí? —preguntó girando la cabeza hacia sus padres.

—Claro que sí, cariño —le contestó el padre mientras cogía a la perra. El conductor, nervioso, pidió disculpas un millón de veces y se marchó.

La respuesta de su padre le sorprendió, pero no estaba segura de por qué: ¿tal vez había pensado que contestaría que tenían que irse de vacaciones y no había tiempo para curarla?

El hombre introdujo al animal en el asiento trasero del coche sin llegar a tocar el homologado de Aarón. Sandra se sentó y colocó la cabeza en sus piernas. Tenía los ojos medio abiertos al igual que la boca, jadeando débilmente. Sandra no paraba de acariciarla la cabeza y de mirarla, ya sin llorar. Tenía a su perrita a su lado y sabía que se iba a poner bien.

Lo primero que hizo Santi nada más salir de la cárcel por aquellas gigantescas e impenetrables puertas, fue aspirar el cálido aire del exterior. Las lágrimas se le escaparon de sus ojos. No se imaginaba aquel momento por más que lo había estado intentando la noche anterior.

No había dormido nada, estuvo toda la noche despierto, esperando impaciente a que los primeros rayos de sol penetraran por la ventana enrejada de la celda, rodeado del descontrolado ritmo de los ronquidos de Emilio.

Al rato de que la habitación se iluminara, un guardia abrió la puerta de la celda y tras despedirse de su compañero, le llevó a una habitación fría donde se puso su ropa, luego le siguió hasta el lugar donde le entregaron sus escasas pertenencias: un reloj, las llaves de su casa y la navaja (su eterna compañera), en una pequeña bolsa de tela de color negro.

Como le anunció su hijo, no se encontraba fuera esperándole. ¿Por qué había pensado por un momento que podría estar?

Cuando terminó de disfrutar del aire, echó a andar a través de esa agradable mañana de verano en la que el sol parecía brillar más que nunca. Conforme avanzaba, miraba a su alrededor, recreándose en el

sonido de la calle, en la gente, en los coches, de los edificios, cosas que llevaba cuatro meses sin ver y que ahora no podía creer que las tuviera delante.

Llegó a un cruce en el que había un semáforo que daba paso a los vehículos, por lo que se paró junto a cinco personas que esperaban para cruzar la calle. Una de ellas, la que le llamó la atención, era ciega, y en su mano izquierda sujetaba a un perro mastín de color beis, el encargado de ser sus ojos. El can le miró durante unos segundos y Santi comenzó a recordar la razón por la que le habían encerrado en la cárcel, cosa que quería olvidar. Seguía pensando que no se lo merecía, pero desde la última visita de su hijo, en una parte muy profunda de su ser, algo le decía lo contrario. ¿Se trataba de algún tipo de sentimiento hacia el perro? ¿Tal vez pena o cariño?

Al recordar eso, también le vino a la memoria lo que le dijo David acerca de una condición. Había estado pensando en ello durante toda la semana, pero no encontraba la respuesta. Cuando volvió en sí, el ciego y el perro ya no estaban y había otras personas distintas junto a él: el semáforo dio paso y otra vez se había cerrado. Tuvo que esperar de nuevo.

La luz se puso roja y continuó el camino a casa. Para llegar a ella por el camino más corto, tenía que pasar por delante de la verja que daba al patio de una perrera. Esto a Santi no le gustaba nada. Cada vez que pasaba alguien por delante de la valla, los perros se acercaban ladrando, lo que le ponía nervioso y furioso por el escándalo que armaban. Sin embargo, estaba deseando llegar a su hogar.

No obstante, le sorprendió que esa vez no se arrimara ningún perro y se dio cuenta del motivo al oír la voz de una mujer llamando a los perros para comer. Cuando ya estaba acabando el recorrido de la verja, vio un movimiento por el rabillo del ojo y al girarse se quedó paralizado al ver que aquel perro que movía el rabo sin parar de izquierda a derecha, sobre sus dos patas traseras y sin dejar de mirarle, haciendo movimientos como si quisiera que le tocara, era el perro que cuatro meses atrás había intentado ahorcar porque ya no corría como a él le gustaba debido a una lesión. Aquel perro que, al igual que a muchos otros, había utilizado como una máquina que intentaba dirigir a su antojo. Aquel perro era Jaque, su perro, y a pesar de todo parecía no recordar nada de lo que sucedió y reconocer con cariño a su dueño, a la persona que lo había intentado matar.

Santi, al presenciar esta escena, se quedó unos instantes reflexionando. ¿Cómo era posible? Antes, la pena que sentía estaba en lo más profundo de su ser, pero ahora había subido a la superficie como si se hubiera abierto una compuerta en su interior, y la sentía fuertemente, tanto que se le empezaron a caer las lágrimas una vez más. Por el amor

de Dios, ¿qué le pasaba? ¿Cómo era posible que hubiese llorado dos veces en un día?

Con esfuerzo y un gran sentimiento de culpabilidad, se acercó a la verja y extendió la mano para acariciarle.

—Jaque —le dijo en un susurro mientras este le lamía alegre y nerviosamente la mano.

Por un momento pensó en entrar a la perrera y recuperarle, pero, lógicamente, a él no se lo iban a dar, así que pensó en su hijo.

Su hijo. Sala de visitas. Hace una semana. Condición. Santi recordó aquello otra vez fugazmente. «¡Eso era, esa es la condición!: que si vuelvo a la caza y tengo otro perro, que no lo utilice a mi antojo, que no lo utilice como a una máquina, que lo cuide y lo quiera de verdad. Solo así recuperaré a mi hijo».

Lo haría, intentaría hacerlo. Ver a Jaque llamándole para que se acercara y lo acariciara y luego lamiéndole la mano, cambió su forma de pensar por completo. Sintió algo fuerte en su corazón y esta vez no lloraba por miedo a que le metieran en la cárcel o por sentir la libertad, sino porque se había dado cuenta de lo que les hacía a los galgos y que podía quererlos de verdad.

Se quedó allí un buen rato acariciando a Jaque, diciéndose así mismo que nunca más volvería a ahorcar a un perro porque no corriese y, por supuesto, por ninguna otra razón. Si era necesario, por duro que fuera, dejaría de cazar.

Miguel entró en la floristería —la misma en la que había estado comprando, desde el entierro, las flores para la lápida de Fran— por última vez. Cuando encontró las margaritas, los claveles y las rosas, se las pagó a la anciana dependienta, la cual le daba el pésame cada vez que entraba allí. Miguel se imaginó que no estaría muy bien de la memoria.

Durante el resto del día anterior había decidido no solo ir al cementerio para decirle a su hermano la locura que iba a cometer, sino también para cambiarle las flores marchitas que odiaba que se encontraran ahí. Además, otra cosa que le quería contar era un corto sueño que había tenido esa noche, en la que no había dormido apenas nada, como los cuatro días anteriores; aunque esta vez aún menos. En él, se había visto saludando a alguien después de levantarse, diciéndole lo que había soñado y luego más tarde, sentado en el sofá, comentando una película. Pero lo más extraño era que había tocado algo que parecía pelo. Él se preguntaba si podía ser el bonito cabello negro de Sara. ¿Quería decir

aquel sueño que ella iba a volver? No se quedaría esperando aquello; por teléfono se lo dejó muy claro. Había decidido suicidarse y aunque temblaba cada vez que lo pensaba, no iba a echarse atrás.

Durante el camino al cementerio, pasó por delante de la verja de una perrera en la que había un hombre con una abundante barba negra acariciando a un galgo que, desde el otro lado de la valla, parecía estar contento. Al pasar junto a él, se dio cuenta de que aquel hombre estaba llorando y, silenciosamente comenzó a reírse de aquella ridícula escena. ¿Cómo podía llorar una persona por un perro? Es más, ¿por qué lloraba? ¿Quería aquel perro y su mamá no se lo compraba? Parecía un poco mayor para hacer esas cosas, ¿no? La carcajada aumentó. Él habría llorado en ese momento, sí, pero por no poder hacerle nada malo al perro por la verja que los separaba.

Dejó atrás la perrera y aquella situación volviendo a la suya y al cabo de unos minutos llegó al cementerio.

El calor parecía allí aún más intenso. Estaba todo en silencio debido a que no había nadie. Lo único que lo rompía eran los zumbidos de las abejas que volaban por alrededor y por encima de los ramos de flores secos y frescos de casi cada una de las lápidas. Pero también algo más. Un sonido que al principio no pudo identificar por lo débil que era pero que cuanto más se acercaba a la tumba de su hermano, la cual no tenía todavía a la vista, más audible se iba haciendo. Era un jadeo. Y no era humano, sino de un animal. De un perro. ¿Sería el puñetero perro que lo había seguido otras veces?

Al llegar al fin a la lápida de su hermano, se paró de golpe sin poderse creer quién estaba tumbado al lado de ella. Era un perro, efectivamente. No sabía si era el que lo había estado siguiendo las anteriores veces. Lo que sí sabía era que aquel pastor alemán lleno de magulladuras y cicatrices que lo miraba a los ojos —con uno de los suyos medio cerrado—, era un perro al que creía muerto de dolor y desangrado por sus propios brutales actos.

Era su perro. Bobby. Y al darse cuenta, su visión empezó a nublarse y sus mejillas a humedecerse.

Estaba llorando.

Pero, ¿por qué? Toda su vida había estado atormentando a los perros y en especial a ese. ¡Incluso cuatro días antes había intentado matarlo y creía que lo había conseguido, por eso no fue a buscarle! Sin embargo, ahora su perro estaba al lado de la tumba de su hermano, de su otro dueño, una persona que, al igual que él, no paraba de maltratarle día tras día. ¿Qué le había hecho volver? Tendría que estar loco. Tal vez lloraba por todo aquello. Por el daño que había estado provocando a aquel animal

y que a pesar de eso se encontraba allí; no lo había abandonado. ¿Estaría velando por Fran? A Miguel se le pusieron los pelos de punta tras pensar eso.

Se secó las lágrimas y se acercó a Bobby. Este se levantó en cuanto se movió y, para sorpresa de Miguel, quien creía que se alejaría corriendo, se pegó a sus piernas y alzó la cabeza para que le acariciara. Otra vez las lágrimas. Miguel le acarició mientras le decía entre sollozos:

—Lo siento, Bobby, lo siento. —Se agachó para ponerse frente a la cabeza del perro y la sujetó con las dos manos después de dejar el ramo de flores en el suelo. Bobby jadeaba con la lengua fuera y un fuerte olor le golpeó en la cara, pero no le impidió continuar hablando—. ¿Sabes una cosa? Eres el único ser de... —titubeó— mi familia al que he tratado mal y sin embargo no me has abandonado. ¿Por qué? Fran ha muerto por no hacerme caso cuando le decía que dejara el tabaco, mi otra familia vive lejos de aquí, mis amigos se fueron por algo que tú sabes bien y... y Sara me dejó por lo mismo. Pero tú no, tú has vuelto, y solo se me ocurre una razón, aunque no comprendo el por qué. —Hizo una pausa—. Me quieres y me eres fiel, ¿verdad? Y a Fran también. —Se calló de nuevo unos instantes—. Vamos —le dijo poniéndose en pie—. Vamos a casa. Te prometo que jamás te volveré a poner una mano encima. Eso no se le hace a un amigo... o a un hermano.

Y agarrándolo del collar suavemente, emprendió el camino a casa, olvidándose por completo que tenía que cambiar las flores marchitas de la tumba de Fran por las que acababa de comprar, las cuales, se quedaron en el suelo.

Capítulo 10

9

Aunque su padre respetaba todas las señales y normas de tráfico y parecía que no iban a llegar nunca al veterinario, al final lo consiguieron. Se bajaron del coche y el padre cogió a Nana y entró en el veterinario. Sandra lo siguió corriendo mientras su madre sacaba a Aarón del asiento.

Había muy poca gente, solo tres personas. Una de ellas, una mujer joven con el pelo totalmente negro y unos ojos azules que a Sandra le parecieron preciosos, tenía un perro también negro —de una raza que la muchacha no conocía pero de la cual le hacía gracia su rabo, ya que estaba muy tieso hacia arriba— en los brazos. Otro individuo, una persona mayor, sostenía sobre su regazo una jaula con un pájaro amarillo que movía inquieto su cabecilla. Y el hombre que quedaba tenía en su mano un gran lagarto verde y rojo que no paraba de mirar de reojo a las nuevas presencias.

En esos momentos salía un joven veterinario a llamar a uno de aquellos pacientes y, al ver a la familia nerviosa con la perra en los brazos, decidió atenderles de inmediato. La persona mayor emitió un imperceptible gruñido de queja, pero el médico no hizo caso y, tras coger a Nana de los brazos del padre de Sandra, se metió dentro de la habitación seguido por ellos.

Colocó a la perra en una especie de mesa de hierro. La estancia estaba llena de estanterías con medicinas y de instrumentos médicos y a Sandra se le antojó muy parecida a una sala de urgencias para personas. El veterinario preguntó qué había pasado; el padre se lo contó. Luego comenzó a examinar por todo el cuerpo al animal, que estaba tumbado de costado, y lo único que se movía era su tripa al ritmo de la acelerada respiración. Cuando le tocó el pecho, la perra gimió con un leve chillido de dolor. Entonces comenzó a mirarla con más detenimiento por aquella parte, apretándola con cuidado, a lo que Nana respondía con más chillidos. Sandra empezó a preocuparse y a ponerse nerviosa, ya que aquel hombre la estaba haciendo daño, pero no dijo nada, pues sabía que era consciente de lo que hacía.

—Tiene algunas costillas rotas —afirmó el veterinario cuando terminó de examinarla con una mueca profesional.

—¿Va a morir? —preguntó Sandra muy preocupada.

—No, tranquila —la calmó el médico con una tierna sonrisa—. Hay que hacerla una radiografía: si no tiene muchas rotas, se la vendará

únicamente, pero si tiene bastantes, habrá que escayolarla.

Sandra se quedó más tranquila. Al menos sabía que podía curarse.

—¿Cuánto costará? —preguntó la madre con Aarón en brazos.

—Da igual el precio, cariño —intervino el padre antes de que el veterinario comenzara a hablar.

¿Qué había en su tono de voz?, se preguntó Sandra. Parecía temblorosa. Ahora que lo pensaba, desde el atropello, su padre había estado todo el rato callado y con el rostro muy serio, preocupándose más por la perra de lo que lo había hecho nunca antes. ¿Por qué sería? Él no la había dado el golpe con el coche.

La grave voz amable del veterinario interrumpió sus pensamientos.

—No costará mucho. Según la cantidad de costillas afectadas. Vamos a llevarla a la sala de rayos —comunicó mientras hacía el amago de coger a Nana; no obstante, el padre de Sandra se adelantó y fue él quien la llevó en brazos hasta la otra sala, que se encontraba tras una puerta que había dentro de esa misma estancia.

—¿Qué hora es, Víctor? —le preguntó su madre a su padre, que así se llamaba él. Ella nunca llevaba reloj porque decía que las correas la hacían daño en la piel.

—Las diez y media —respondió, y su madre bajó la mirada como si estuviera disgustada.

Sandra sabía perfectamente a qué venía ese gesto, ya que, aunque nunca le decían el sitio al que iban a ir de vacaciones, sí la revelaban el medio de transporte.

Habían perdido el avión.

Cuando al fin decidió que era hora de volver a casa, Santi se despidió de Jaque y continuó su camino.

Se sentía como si se hubiera quitado un peso de encima. No había sabido que hacía tanto mal a los animales y tampoco que ese cambio de pensamiento hacia ellos, hacia los galgos concretamente, podría resolver muchos problemas, en especial la mala relación con su hijo. Estaba completamente decidido de que la compuerta que se había abierto en su

interior, nunca más se cerraría.

No podía negar que temiera la respuesta de David. Podría reaccionar de cualquier forma. Era un chico inteligente —adjetivo que Santi no lo consideraba ahora para sí mismo—, y había llegado a la universidad sin repetir ningún curso. Allí estudió la carrera de Historia del Arte, cosa que le apasionaba, y ahora trabajaba como guía en un museo. No obstante, cuando se enfadaba, a Santi le parecía un niño pequeño que no sabía lo que decía. Aunque en el fondo, cuando lo pensaba, se daba cuenta de que estaba equivocado y que la inteligencia de su hijo lo superaba más de lo que creía.

Estaba convencido de que había tomado la decisión correcta y que prometerle a su hijo que no volvería a matar a un galgo era la condición que hábil e inteligentemente le propuso en la espeluznante sala de visitas de la cárcel. ¿Pero con ello conseguiría que le perdonase en el momento o esperaría a que cumpliera la palabra? Era imposible saberlo. Tendría que esperar a la conversación con él en casa, si es que no estaba trabajando.

Al llegar a su hogar, se paró delante de la fachada y la miró con añoranza. ¿Cuántas veces había deseado volver allí durante los cuatro interminables meses? Respiró hondo cerrando los ojos y tras soltar el aire echó a andar hacia la puerta. Sacó las llaves de la pequeña bolsa negra que le dieron con sus pertenencias y abrió la puerta con la ilusión de un niño.

La casa estaba fría y en silencio. Tras cerrar la puerta aspiró para sentir el reconocido olor de una casa propia y después dejó la bolsa en la mesita de la entrada. Se acercó a las escaleras de madera que subían hasta la habitación de su hijo, un pequeño baño y una habitación en la que no dormía nadie —ya que él se acostaba en una de la primera planta—, y lo llamó. No hubo respuesta; debía estar trabajando.

Llegó a su memoria el recuerdo de David con cinco años bajando corriendo y alegre esas mismas escaleras tras decirle que la comida estaba lista o incluso cuando le llamaba para ir de caza. Entonces esa actividad le encantaba y Santi descubrió con amargura porqué: ignoraba completamente lo que los galgueros les hacían a aquellos perros que no... valían.

Recordó también el día que la madre del chico, su mujer Clara, falleció. El muchacho no paraba de llorar y él intentaba evitarlo para que su hijo se calmara, para que se sintiera seguro con él. Tardó en comprender que tenía que empezar a cuidar él solo a su querido hijo y la verdad es que no le fue nada mal. Había educado a una persona inteligente y capaz de hacer cambiar de parecer a otra, incluso a su propio

padre. Se sentía orgulloso de él, desde luego.

Entró en la cocina y sintió el olor a café recién hecho. Se preparó un poco en un vaso y mientras lo calentaba entró alguien a la casa, sin duda su hijo. El microondas pitó y David lo llamó seguramente extrañado al oír ruido.

—Soy yo, hijo. —Salió de la cocina y entró en el salón (la habitación contigua a la cocina, sin puerta, solo un gran arco de madera) donde estaba el muchacho—. Al final no has venido a recibirme a la salida —dijo con tristeza. Estaba deseando abrazarle—. Dame un abrazo, por lo menos. —Se acercó a él con los brazos abiertos, pero este le detuvo poniendo la mano delante.

—¿Has pensado en lo que te dije? —le preguntó bruscamente y en un tono tan frío que Santi lo sintió en su cerebro como cuando uno da un bocado demasiado grande a un helado.

Una pequeña oleada de irritación cayó sobre él por la forma de rechazarlo; pero tenía razón, todavía seguía enfadado con él.

—Sí —contestó retirándose y mirándolo a los ojos con la cabeza inclinada hacia arriba, como siempre.

—¿Y bien? —inquirió.

Santi se quedó unos instantes en un silencio reflexivo.

—Al volver hacia aquí, después de salir, he pasado por delante de la perrera. —Paró y continuó hablando con la mirada en el suelo—. Allí estaba Jaque. Todos los perros se habían ido a comer; pero él no, él se acercó a mí y me recibió eufórico. ¡Me conocía! Y parecía no importarle lo que le hice. Parecía quererme y perdonarme. Eso me ha hecho pensar, hijo, y me he dado cuenta de que tenías muchas razones para cabrearte conmigo. —Volvió a mirar a su hijo con ojos vidriosos; sintió un poco de vergüenza. Él parecía estar atento con sus ojos brillantes—. No volveré a matar a un galgo, hijo, te lo prometo. Si el perro ya no corre o, si vuelve a ser bueno y dentro de unos años deja de serlo, te juro que no volveré a cazar, me quedaré a su lado hasta que la naturaleza decida llevárselo, no el hombre.

Todo se quedó en silencio. Solo se oía el tictac del reloj de encima de la televisión; pero no en los oídos de Santi: él estaba concentrado en la respuesta de su hijo, tenso y expectante. David no decía nada. Solo le miraba a los ojos. Sin embargo, al cabo de un rato, una leve sonrisa triste apareció en su rostro y se acercó a su padre para darle un abrazo que Santi recibió con una emoción que jamás había sentido y con todo el cariño del mundo, mientras una lágrima comenzaba a resbalar por su

ancha y barbuda mejilla.

Tras soltar a Bobby en el patio, Miguel cogió el palo con el que le había golpeado, el cual se quedó tirado en el suelo el día de la muerte de Fran. El perro se agachó temeroso al igual que sus orejas. Sin embargo, esta vez no lo había cogido para pegarle y ya nunca más lo haría. Alzó el palo con las dos manos en posición horizontal y a continuación bajó los brazos, con toda su fuerza y rabia hacia sí mismo, a la vez que levantaba la pierna flexionada y el perro daba un respingo. El palo chocó contra esta y se partió en dos pedazos. El chasquido que produjo infundió en él una sensación de tranquilidad y de haberse liberado de algo muy pesado.

—Ya no más golpes, Bobby —le dijo al perro, que ya se había reincorporado.

Entró en la cocina y dejó los dos trozos de madera encima de la papelera; más tarde los tiraría.

—¿Tienes hambre, Bobby? —le preguntó al perro desde dentro, a través del umbral, como si fueran dos mundos distintos, o mejor dicho, dos tiempos distintos: el pasado (el patio) y el nuevo presente (la cocina o el interior de la casa)—. Seguro que sí, habrás estado estos cuatro días sin comer. Te prepararé una buena comida. Pasa, chico. —El perro se quedó mirándolo desde el exterior con la cabeza ligeramente ladeada y las orejas levantadas. Nunca le habían dejado entrar a la casa, ni siquiera cuando era un cachorro, por lo que seguramente no entendía lo que su amo le estaba diciendo. Miguel había decidido dejar el pasado atrás y que el perro —su perro— cruzara esa línea hacia el nuevo presente—. Vamos, ven —intentó de nuevo, pero esta vez se colocó a unos pasos de la puerta (o el umbral bidimensional) de cuclillas y animándole con las manos. El can pareció dudar, pero al cabo de unos segundos comenzó a andar lentamente, un tanto cauteloso, con la cabeza gacha y las orejas hacia atrás. Cuando llegó hasta Miguel, este abrazó su cabeza y le acarició el cuello—. Tranquilo, chico, ya no tienes que temerme. Vamos, entra —le instó mientras se levantaba.

El animal, al final, se introdujo en la cocina, y Miguel cerró la puerta del patio y hacia ese otro tiempo.

Mientras preparaba la comida para Bobby, este permaneció sentado y mirándole. Le estaba cocinando arroz blanco y le iba añadir las alitas de pollo y la tortilla que le sobraron la noche anterior. Lo mezcló todo y partió algunos trozos de pan. Quince minutos después, apagó el fuego, cogió un plato de cristal que ya no usaría, lo colocó ahí mismo, en el suelo de la cocina, y Bobby se lanzó a la comida. Después comenzó a cocinar para sí.

A partir de ahora, el perro comería, dormiría, y viviría dentro de la casa.

Cuando dejó los cacharros en el fregadero para fregarlos más tarde, se agachó al lado del perro y observó con detenimiento su cuerpo. Tenía magulladuras en costra por casi todas partes, pero donde más se le notaban era en el hocico y en las patas. Un ojo lo tenía medio cerrado y le faltaba un cacho de uno de los colmillos, al igual que tres uñas de la pata derecha y dos de la izquierda. Todo ello, por desgracia, le recordaría a Miguel lo que le hizo a ese perro. Se sorprendió que no tuviera ningún hueso roto; tal vez no le había dado tan fuerte como creía; tal vez estuviera demasiado cegado o embargado por la ira.

Una hora después, lo sacó a la calle con una correa y cogió los dos trozos de palo para tirarlos. Paseando, se acordó de Sara. La echaba bastante de menos, a pesar de que no estuvieron juntos mucho tiempo. Pero no podía olvidar sus increíbles y preciosos ojos azules que resaltaban como la luna en un oscuro cielo nocturno con su brillante pelo negro. Al igual que, por desgracia, no podía olvidar cómo lo miró cuando le sorprendió pegando al pobre Bobby. Se estremeció al pensarlo.

Una luz iluminó su mente fugazmente. «¡Esa era la razón por la que Sara me dejó! —pensó—. Quizás, si le digo que he cambiado y que he vuelto a acoger a mi perro, me dé otra oportunidad y vuelva conmigo». Se le iluminó el rostro y el corazón le latió rápidamente al pensar en la posibilidad de recuperarla.

No podía esperar más y allí mismo, en la calle, sacó su teléfono móvil y marcó su número, pues lo había borrado de la agenda; sin embargo no se acordaba del último dígito.

—¿Cuál era? —dijo intentando recordarlo—. Vamos, Miguel, recuerda. ¿Era un cinco? No ¿Un dos? Tampoco. Vamos, vamos...

Bobby le interrumpió con un ladrido que emitió al ver un gato corriendo y eso le hizo recordar el número.

—¡Eso es, Bobby! El uno, era el uno, buen chico —le dijo tocándole la cabeza.

Terminó de marcar el número. El teléfono dio un pitido, luego otro y al cuarto alguien descolgó al otro lado.

—¿Sí? —dijo la voz suave de una mujer joven. Casi parecía de una niña.

Sin duda era la voz de Sara y a Miguel se le pusieron los pelos de

punta.

Por un instante se quedó petrificado, sin poder hablar, pero tras otro «¿Sí?» de la enfermera, contestó.

—¿Sara?

—¡Miguel! —gritó ella—. ¿Cómo te atreves? Te dije que me olvidarás. Adiós.

—No, Sara, espera —consiguió decir antes de que colgara—. Necesito hablar contigo, he cambiado, te lo juro. Estoy con mi perro. No volveré a pegarle nunca más, te lo juro, Sara —dijo de corrido. Ella permaneció en silencio—. Creo que te quiero. Te necesito. Os necesito a los dos ahora más que nunca: a ti y a Bobby. Por favor, déjame quedar contigo.

Lo soltó todo rápido para que no le diera tiempo a colgar.

Sara tardó bastante en contestar; momentos en los que Miguel contuvo la respiración; pero al final habló.

—¿Me estás diciendo la verdad, Miguel? —preguntó al fin suspicaz.

—Sí, Sara, sí. Por favor...

—Está bien —dijo tras otro silencio—. Pero como me estés mintiendo, te juro que acudiré de inmediato a la policía.

Miguel le dijo el lugar: un restaurante que no quedaba muy lejos de su casa, pero ella decidió cenar en su casa para ver al perro y comprobar que era verdad.

Una gran alegría e impaciencia por verla recorrió el cuerpo y el estómago de Miguel, y tras reanudar la marcha, se dio cuenta de que aún no había tirado los trozos del palo con el que tanto daño había hecho a aquel pobre animal, al que ahora quería tanto y el cual, a pesar de todo, probablemente le ayudara a recuperar al único amor de su vida.

Se acercó a un cubo de basura y, con un gran desprecio, los arrojó dentro del recipiente.

Capítulo 11

10

Sandra y su familia, incluida Nana, ya estaban en casa. La radiografía reflejaba —según el veterinario porque Sandra por más que intentaba ver lo que el médico indicaba no lo conseguía— que Nana tenía cinco costillas rotas de la parte derecha. Por tanto, tuvieron que escayolarla en aquella zona y el veterinario les aconsejó que intentaran que se moviera lo menos posible, lo necesario para hacer sus necesidades; para comer tendrían que ayudarla. Sandra preguntó cuánto tiempo tardaría en curarse y el hombre le contestó que alrededor de un mes.

Había transcurrido una semana y desde el primer día ella estuvo cuidando a Nana ayudada por su padre y de vez en cuando por su madre.

La mantenía tumbada de costado con el lado afectado hacia arriba e intentaba que no se moviera estando continuamente acariciándola, cosa que a Sandra le encantaba. A la perra parecía no molestarle aquello, ya que la mayoría del tiempo estaba dormida o demasiado dolorida para moverse. Cuando tenía que darle de comer (siempre algo blandito como arroz cocido o de vez en cuando pienso mojado con agua o leche hasta que quedaba totalmente flácido), la ayudaba a levantarse y la acercaba el cacharro de la comida al hocico para que no tuviera que agacharse demasiado; o en el caso del pienso lo cogía con la mano y se lo daba ella misma.

Sacarla a la calle era lo peor. Nana se negaba a andar, por lo que Sandra tenía que tirar de la correa intentando no hacerla daño; sin embargo, la perra daba un chillido de dolor cada vez que la atraía hacia sí un poco y Sandra se preocupaba bastante. Pero al final, el animal cedía cuando la muchacha se acercaba y la acariciaba, a la vez que tiraba suavemente de la cuerda. Fuera, acompañada de su padre, orinaba sin problemas, pero lo que más la costaba era defecar. Tardaba mucho; alzaba una de las patas traseras, y de vez en cuando daba un agudo gemido. Luego volvían a casa y de nuevo a tumbarla y a impedir que se moviera.

Entre ella y su padre —también su madre algunas veces cuando no tenía que hacer nada— se turnaban. Sandra era la primera en cuidarla por las mañanas, desde que se levantaba hasta que tenía que desayunar; luego hasta la hora de comer, momento en el que su padre, que comía unos minutos antes, se encargaba del relevo. Después volvía a cuidarla toda la tarde ella, hasta que de nuevo el padre la sustituía un rato antes de acostarse. O al menos así creía que se hacían los turnos, hasta aquella mañana una semana después, cuando, al levantarse, vio a su padre junto

a Nana, acariciándola.

—Buenos días, papá —le saludó sorprendida—. ¿Qué haces aquí? Creía que yo era la primera en estar con ella por la mañana.

El padre se giró hacia su hija con una enigmática sonrisa.

—Me has pillado, cariño. —Se volvió ahora hacia Nana—. Nos ha pillado, Nana.

—¿Qué? —preguntó ella confusa.

—He estado todos los días levantándome a las siete de la mañana para estar con ella y evitar que se mueva, cielo. A saber si no está toda la noche para arriba y para abajo. Cuanto antes la mantengamos inmóvil, mejor.

—Y ¿por qué lo haces, papá? —preguntó todavía incrédula al pensar que algo raro pasaba después de recordar repentinamente el comportamiento de su padre el día del accidente—. Antes no te preocupabas nada por ella, ni siquiera la tocabas, parecía que te había hecho algo malo, igual que a mamá; sin embargo, desde el atropello, te has estado portando muy bien con ella. ¡Casi más que yo!

La sonrisa de Víctor desapareció lentamente de su rostro, que se tornó sombrío. Dejó pasar unos segundos antes de contestar.

—Verás, Sandra, hija. —Su voz parecía temblar y bajó el tono—. ¿Te acuerdas que el día que Nana desapareció tú me oíste en la habitación y te dije que debía haberse escapado? —La muchacha asintió con un semblante que mostraba miedo. ¿Qué estaba a punto de confesar su padre?—. Pues es mentira. —Sandra dejó escapar un pequeño grito de alarma—. Cuando entré en tu habitación fue para llevarme a Nana. Tu madre y yo lo decidimos (no sin esfuerzo) la noche anterior, mientras dormías. Lo mejor era... —paró unos instantes y cerró los ojos en señal de arrepentimiento al decir—: abandonarla. —Sandra rompió a llorar, fue algo instantáneo, como si el llanto hubiese estado esperando aquella palabra para salir como un pistoletazo en una carrera—. Lo siento, cielo. —Se acercó a ella y la abrazó—. Creía que la habíamos soltado lo bastante lejos como para que no supiera encontrar la casa. Pero gracias a Dios no fue así, y llegó a tiempo para salvarte la vida. Esta perra te quiere tanto que nada más verte se acercó a ti para saludarte. Me he dado cuenta de que los perros, a su manera, también tienen sentimientos, y la misma noche que regresamos a casa del veterinario me eché a llorar pensando en la angustia que tuvo que sufrir al ver nuestro coche alejarse y no poder alcanzarlo por más que corría. Lo siento, cielo, de verdad. Perdónanos.

Sandra no dijo nada, se quedó abrazada fuertemente a su padre durante un largo rato. Lo creyó. Y sabía que todo aquello lo sentía de verdad. Más aún cuando notó, por los breves espasmos del cuerpo de su padre, que estaba llorando.

Al final no les costó recuperar al perro. Santi y su hijo habían planeado la forma de hacerlo. Decidieron que David sería el que iría a la perrera en su busca para acogerlo y que si, por los apellidos, descubrían que era el hijo del hombre que lo había intentado matar, se inventaría que ya no vivía con él. Por suerte, ya que David no mentía muy bien, no hubo problemas; no le hicieron ninguna pregunta.

Santi les estuvo esperando en la puerta y cuando el perro lo vio tiró de la correa. Aunque David estaba fuerte, el tirón le empujó hacia adelante bruscamente, por lo que finalmente abrió la mano y soltó la cuerda. Santi esperó que llegara hasta él con una sonrisa y, al alcanzarle, el perro dio un salto apoyando las patas delanteras en su pecho que por muy poco no provocó que cayera al suelo de espaldas.

El hombre lo acarició mientras reía y le daba la bienvenida.

Más o menos una semana después, Santi volvió a apuntarse a la caza con sus antiguos compañeros, quienes lo saludaron y felicitaron contentos al descubrir que ya había salido de la cárcel. También brindaron con sus respectivas botas de vino tinto. Todos ellos creían que era ridícula la razón por la que le habían encarcelado y quedaron sorprendidos al oír a Santi decir que la justicia había hecho lo que tenía que hacer. A partir de ese momento, no se volvió a hablar más del tema.

Jaque estaba totalmente recuperado del golpe que se dio contra la valla de la viña por el cual, dejó de correr tan bien como lo hacía; después de cuatro meses, no faltaría más.

Todavía no había corrido. Habían comenzado a las ocho y media de la mañana, pero llevaban media hora sin ver ninguna liebre. Le tocaba soltar el cuarto de los cinco que eran, por lo que si no empezaban a salir pronto los animalitos, su turno iría para rato... y él estaba impaciente.

Lo suyo con David ya había quedado solucionado desde el abrazo. Ahora su hijo le hablaba como antes. Le había contado que tenía novia desde hacía un mes y él le dijo que la quería conocer. El muchacho la había conocido en una visita guiada en el museo en el que trabajaba. Era de un grupo de ingleses, por lo que ella era de Inglaterra. No hablaba mucho español, pero David se defendía bastante bien con el inglés; Santi

no tenía ni idea. Estaba contento de que su hijo fuera feliz.

Estaba pensando en eso cuando al fin salió la primera liebre. Se le iluminaron los ojos al ver al animalito después de tanto tiempo. Cuántas ganas tenía de volver a ver aquel roedor anaranjado corriendo a toda velocidad con sus largas orejas echadas hacia atrás y el parpadeo de su blanca y diminuta cola.

El primero de los cazadores en soltar era el hombre mayor y, cuando quiso liberar al galgo, se dio cuenta de que se le había olvidado preparar la cuerda y que todavía estaba atada al collar, por lo que dejó que el can corriera con la correa puesta. Eso era un tanto peligroso, pues cabía la posibilidad de que la pisara y cayera al suelo o de que se enganchara en alguna rama de un arbusto y le tirara bruscamente del cuello hacia el sentido contrario en el que corría. Pero el hombre estaría harto de andar, al igual que Santi, y no iba a dejar que la primera liebre que salía se escapara sin correr ningún perro.

A pesar de todo, no hubo ningún problema y con correa y todo el galgo llegó hasta su amo con el lepórido muerto en la boca. Ese perro siempre le había gustado a Santi; era casi tan viejo como su dueño, pero se le escapaban muy poquitas liebres.

A partir de esa liebre, comenzaron a salir muchas más como si hubiesen estado esperando escondidas hasta que una se había atrevido a desafiar a los perros, y los dos hombres a los que les tocaba antes que a Santi soltaron uno detrás del otro, por lo que ya había llegado su turno; solo esperaba que no volvieran a mantenerse escondidas otra media hora.

Y gracias a Dios no fue así. La liebre saltó de su cama a escasos metros de donde se encontraban —justo cuando pasaban por debajo de los cables eléctricos que atraviesan los campos cuyo inquietante crepitar le eriza a uno los pelos—, y tras unos segundos soltó a Jaque, lo que provocó que estallara en su cuerpo una sensación de alegría y satisfacción que le subió desde los pies hasta la zona más alta de la cabeza.

Empezó un poco lento, pero a los quince segundos comenzó a acelerar y por tanto a acercarse a su presa. Santi lo observaba correr orgulloso. Sin duda, estaba totalmente curado y volvía a ser el mismo. Sus músculos seguían contrayéndose y estirándose como la primera vez que lo vio correr al lado de su amigo Javi antes de comprarle, y su forma de pisar continuaba siendo firme, al igual que los bruscos giros que daba con un gran equilibrio. El pensar que ese mismo perro podía estar ahora mismo bajo tierra por su culpa lo ponía furioso consigo mismo; daba profundamente las gracias a la persona que lo había descubierto y salvado, a la cual, durante un tiempo, deseó encontrarsele frente a frente

para ajustar cuentas.

A los dos minutos, Jaque se hizo con la veloz liebre. Santi se contuvo de dar un salto. Lo ató y le quitó al inerte animalito de la boca. Luego lo acarició felicitándolo.

—¡Y tú querías quitarlo! —dijo uno de los hombres.

—No me lo recuerdes, anda, no me lo recuerdes —replicó él, intentando olvidar aquel espantoso recuerdo de una vez por todas.

Miguel estaba que no cabía en sí de gozo. Quedaban todavía dos horas para las nueve de la noche, pero él ya estaba completamente preparado para la cena.

En cuanto llegó a su casa después de sacar a Bobby, subió directo al baño y se duchó. A continuación se afeitó la poca barba amarilla que tenía y luego tardó bastante en decidir el qué se pondría, hasta que finalmente encontró un pantalón de vestir negro, una camisa blanca y una chaqueta también de color negro, la cual más tarde se quitó pensando que era demasiado exagerado para una cena en casa. Finalmente se peinó y comenzó a preparar la cena.

Se le daba muy bien la cocina, pues siempre era él quien hacía las comidas cuando Fran vivía. Iba a preparar una ensalada de naranja y fresones, crema de melón con chips de jamón como entrante y pollo a la miel con almendras y canela como plato principal, y para beber tenía vino tinto. Al finalizar con todo, le sobraron dos horas y en esos momentos se encontraba sentado en el sillón, con Bobby tumbado encima a su lado, mirando impaciente y con nerviosismo el reloj.

La muerte de Fran ya había dejado de afectarle tan intensamente como lo había hecho antes, y ya no se acordaba de él a todas horas; lo tenía totalmente superado, en parte gracias a Bobby y ahora, si todo salía bien, también gracias a Sara.

Quedaban cinco minutos para que llegara la hora cuando sonó el timbre de la puerta. Miguel se levantó corriendo seguido por el intermitente sonido de las uñas de Bobby al tocar el suelo de parqué con cada paso y, haciendo un esfuerzo por calmarse —ya que el corazón le latía a gran velocidad—, abrió la puerta.

El precioso rostro de Sara apareció al otro lado del umbral y Miguel se quedó sin palabras. Cuántas veces había deseado volver a ver aquellos cautivadores ojos azules que le hicieron fijarse en ella la primera vez que

la vio, y aquella cara perfectamente perfilada, al igual que su cuerpo.

Sara lo saludó y él, intentando que no le temblara la voz, hizo lo propio y la invitó a pasar. La ofreció asiento. La ensalada ya estaba en la mesa, por lo que él también se sentó (frente a ella) y los dos comenzaron a comer tímidamente.

Fue Sara quien rompió el frío hielo.

—Bueno, veo que no me mentías; o al menos eso parece. —Miró a Bobby, que se encontraba sentado relamiéndose y con la mirada fija en el plato de su amo. La voz de Sara ya no parecía de una mujer enfadada, y eso le tranquilizó.

—Te lo dije, Sara —comenzó a decir, ya sin temblarle la voz y tras tragar con esfuerzo (el estómago acababa de abrirsele) una rodaja de naranja con escarola—, he cambiado. Me di cuenta de lo que hacía cuando me encontré a Bobby al lado de la tumba de Fran. —Sara abrió los ojos como platos sorprendida al oír aquello y Bobby, al escuchar su nombre de boca de su dueño, se levantó impaciente y comenzó a mover el rabo de un lado para otro, pidiendo comida. Pero Miguel no le hizo caso: no estaría bien darle comida en medio de lo que, se suponía, era una cena romántica; aunque más bien era una cena de reconciliación—. Me hizo pensar, ¿sabes? Incluso..., me da vergüenza decirlo, pero incluso lloré. —Miguel esbozó una sonrisa forzada.

—Me alegra que te dieras cuenta de que un perro no es... —vaciló un poco— un saco de boxeo. Es un ser vivo, Miguel. No sé qué se les pasará por la cabeza (ni siquiera los científicos lo saben), lo que sí sé es que quieren a sus dueños como nadie puede querer a otra persona y que nunca, nunca, te abandonan, por lo que no se merecen un mal trato.

Miguel ya no quería comer nada más. Aquellas palabras le habían emocionado y luchaba por retener las lágrimas.

—No entiendo cómo pude estar tan ciego. Ahora me pongo a pensarlo y me odio a mí mismo. Por eso te necesito. Es peligroso que una persona se odie a sí misma. Y más si está sola. Lo siento de nuevo, Sara. —Estiró el brazo por encima de la mesa y cogió la mano de ella—. ¿Me darás otra oportunidad?

Ella no respondió, lo único que hizo fue inclinarse hacia él desde su sitio y besarlo en la boca. Él respondió del mismo modo y a continuación, olvidándose del pollo que con tanto amor había preparado, subieron a la habitación de Miguel seguidos por el fiel Bobby. Al entrar en el cuarto, Miguel se dio cuenta de la presencia del perro y, con cariño, lo sacó y

cerró la puerta.

—Hoy no, Bobby —le susurró con una sonrisa refiriéndose a que esa noche no iba a dormir en su habitación.

Capítulo 12

11

Sandra estaba muy contenta, ya que al día siguiente le quitarían por fin la escayola a Nana. Había mejorado mucho y ya se intentaba mover más que antes, por lo que Sandra tenía que estar más continuamente encima de ella para que se estuviera quieta. Pero a la muchacha no la importaba; todo lo contrario, la encantaba. Desde luego iba a echar de menos aquellos cuidados.

Se fue a la cama impaciente por despertarse a la mañana siguiente, por lo que tardó en dormirse sin dejar de pensar en cómo le quitarían la escayola. Ella había visto cómo se la colocaban y la había gustado mucho. También la había atraído la forma de hacer las radiografías y cómo el veterinario la miraba para ver cuál era el problema. Sentía un repentino interés por todo eso. Entre todos estos pensamientos, finalmente se quedó dormida.

La despertó su madre. Se levantó de un salto de la cama y comenzó a buscar rápidamente la ropa para vestirse, pero la mujer la tranquilizó diciéndole que todavía quedaba una hora para la cita, así que bajó primero a desayunar.

En el salón estaba, como cada vez que se levantaba, su padre, sentado sobre un cojín al lado de Nana vigilando que no se moviera más de lo suficiente. Sandra lo saludó y luego a Nana, quien se puso a mover el rabo contenta de ver a su dueña, amiga y, por qué no, veterinaria. Se sentó al lado del hombre a esperar que su madre le llevara el desayuno. Desde que Nana estaba así, siempre desayunaba allí, junto a ella.

Cuando terminó, se quedó al cuidado de la perra, pues su padre tenía que vestirse.

—¿Qué tal estás, Nana? —le preguntó acariciándola—. Estarás contenta, ¿no? Hoy te quitan la escayola y podrás moverte todo lo que quieras y volveremos a jugar juntas. Lo estoy deseando. —Nana no dejaba de mover el rabo, lo que satisfizo aún más a la niña, ya que demostraba que estaba alegre.

Al cabo de un rato, entró su madre y le dijo que se vistiera, que ella se quedaría con Nana. La muchacha hizo lo que dijo y subió a su habitación corriendo. Se puso uno de sus vestidos preferidos: era rosa y blanco y a la altura del pecho aparecía la graciosa cara de la gata Hello Kitty. Cuando bajó, ya estaban todos preparados para salir; se le había pasado rápido la

hora.

Ató a Nana como cuando la sacaba a pasear, la subieron al asiento trasero del coche con mucho cuidado para no hacerla daño y se dirigieron al veterinario.

Por suerte, no había nadie en la consulta y pudieron entrar a la hora citada. El delgado médico salió de la habitación y los llamó de inmediato.

—Bueno, ya es hora de quitarle esto. Espero que la hayas cuidado bien y que hayas evitado que se mueva —dijo mirando a Sandra mientras subía a la perra en una mesa.

La muchacha se sonrojó, pero dijo orgullosa:

—Sí, hice todo lo que nos dijiste, y mis padres también.

—Muy bien. Buenos padres. Vamos a ver.

El veterinario cogió unas tijeras más grandes de las que Sandra utilizaba en el colegio para cortar papel y comenzó a extraer la escayola con cuidado. Eso era lo último que Sandra se imaginaba como forma de quitarla. La sorprendió y cautivó. Terminó de cortarla y al ver la parte que antes quedaba tapada, la muchacha se preocupó, pues estaba casi sin pelo. Al ver la expresión de la chica, el veterinario dijo:

—No pongas esa cara, tranquila. No la pasa nada. Es normal que esa zona esté así. Los pelos están aplastados y parece que no tiene, pero está bien. —Sandra se calmó: tenía una bonita voz, grave, pero bonita. La tocó la parte de las costillas para ver el estado—. Parece que has hecho un buen trabajo, chica. Hay que hacerla radiografías para confirmarlo con más exactitud y estar del todo seguros, pero parece que está totalmente curada, y gracias a ti.

Sandra sonrió.

—Gracias —dijo volviéndose a sonrojar.

—¿Sabes? Serías una buena veterinaria. ¿Quieres venir a ayudarme con las radiografías?

Sandra no se lo podía creer. ¿Era cierto? ¿Sería una buena veterinaria? Ahora que lo pensaba mejor, la encantaba cuidar a los perros. Había dado de comer y de beber al perro abandonado desde el patio de su colegio y había estado cuidando a Nana. La entusiasmaban las cosas que el veterinario hacía: cómo ponía la escayola y cómo se la quitaba, cómo la examinaba, cómo hacía las radiografías... De pronto, se dio cuenta de que era lo que quería, a lo que deseaba dedicarse cuando fuera mayor. Nada

de princesas; eso no existía. No lo iba a dar más vueltas, ya lo había decidido: quería ser veterinaria. Estudiaría para ello y luego trabajaría cuidando y curando a los animales, estuvieran abandonados o no.

Entró contentísima a la sala de las radiografías con Nana y el médico pensando que, algún día, sería ella quien preguntaría a una muchacha o a un muchacho si quería ayudarla.

Jaque, a sus casi siete años de edad, estaba demasiado viejo como para continuar corriendo. Habían pasado cinco años y su debilidad se hacía notar en la poca aceleración que tenía al comenzar a correr y en la larga resistencia que antaño lo había convertido en el segundo galgo mejor del mundo y que, ahora, era escasa; más o menos a los treinta segundos, se paraba de puro cansancio. Santi temía ese momento y esperaba que sucediera lo más tarde posible, pero el perro había dicho basta y él tenía que cumplir una promesa que hizo con todo su corazón y conciencia. Por lo que a pesar de lo que le costaría dejar aquel mundo de caza, no se arrepentiría.

Aquella corta carrera de la fría mañana de otoño sería la última que vería, al menos de un perro suyo, porque no pensaba comprar otro galgo más. A partir de ese momento se dedicaría a cuidar de Jaque como se merecía; como campeón que era.

Como toda esa última temporada de caza, Jaque llegó hasta Santi jadeando intensamente, temblando y sin nada en la boca, solo su larga lengua llena de babas moviéndose hacia adelante y hacia atrás al son de los secos sonidos del jadeo. Santi lo ató diciéndole: «Muy bien, chico. Vamos, descansa», y cuando ya se marchaban, les comentó a sus compañeros de cuadrilla sus intenciones.

—Bueno, tengo que deciros que ya no me voy a apuntar más a esto —dijo dibujando con el brazo un amplio arco horizontal que abarcaba a los hombres con los perros y el campo.

Los compañeros alzaron las cejas, sorprendidos.

—¿Por qué? —preguntó uno.

—Jaque está demasiado viejo para correr; ya lo habéis estado viendo estas últimas semanas. Y cuando salí de la cárcel hice una promesa a mi hijo y a mí mismo de que cuando llegara este momento no volvería a cazar. —A ninguno le interesó por qué realizó esa promesa; la vida personal de un hombre era suya. Solo se despidieron—. Venga, hasta

otra. Ya vendré algún día a veros.

Sintió una presión en el pecho, señal de lágrimas en el horizonte, pero resistió e impidió que se le cayeran las lágrimas, pues estaba haciendo lo que tenía que hacer, lo que le debía a su perro y a David.

Al llegar a casa, David estaba allí, puesto que era domingo. Se encontraba con su novia inglesa, Alison, a la que Santi había conocido unos días después de decirle a su hijo que quería verla hacía cinco años. Era una muchacha joven, de la edad de David. Tenía un color de piel muy claro característico de los ingleses, un pelo rubio pálido y unos bonitos ojos azules. Era más bien delgada, pero tenía buena forma, y era muy simpática. Había aprendido español durante aquellos últimos años y aunque aún tenía acento, se la entendía bastante bien. Esa noche, había dormido en casa con David, como muchas otras.

—Buenos días —los saludó a los dos. Estaban desayunando en la cocina.

Ellos le contestaron: su hijo con la boca llena, y Alison después de tragar.

A Santi no le importaba que la novia de su hijo se enterara de sus cosas y le contó a David lo que acababa de hacer.

—Me alegro por ti, papá —le halagó David con una sonrisa de oreja a oreja—. Sabía que podrías hacerlo.

Santi se sintió orgulloso de sí mismo y de la alegría de su hijo. Luego miró a Jaque y le dijo con la mente: «Toda esta felicidad es gracias a ti, Jaque. Estarás conmigo hasta que Dios decida llevarte. Estate tranquilo y no tengas miedo. No te voy a hacer daño». El perro pareció sentir lo que decía, pues comenzó a mover el rabo.

Llevó a Jaque al patio y a continuación comenzó a prepararle la comida. Se sentía extraño. Aquella era la primera vez que realizaba la comida a un perro que ya no podía correr y por tanto satisfacer sus necesidades de caza. Era la primera vez que alimentaba a un galgo que, según el horrible término que utilizaba antes y que ahora no soportaba para referirse a un perro, no valía.

Cinco años después, Miguel creía que ya era hora de casarse. Hacía cuatro años que Sara se había ido a vivir con él y su relación fue mejorando minuto a minuto. Ella había trasladado toda su ropa y pertenencias a su casa, y tenía un perro negro de raza foxterrier con el fino rabo siempre hacia arriba llamado Galán que había hecho buenas

migas con Bobby; él también tenía por fin compañía de su misma especie. Miguel se dio cuenta con amargura de que probablemente era la primera vez que Bobby veía a otro perro —suponiendo que el tiempo que estuvo en la calle después de la muerte de Fran no se hubiera encontrado con ninguno—. Y, a pesar de tener ya diez años, y Galán ocho, jugaban bastante.

Todas las magulladuras se habían curado hacía unos años, excepto ahí donde eran más profundas y quedó cicatriz visible por falta de pelo, por el diente, y por el ojo, que aunque estuviera un poco más abierto que al principio, continuaba sin estarlo del todo.

Le preocupaba la edad de Bobby. Sabía que la esperanza de vida de un pastor alemán se encontraba alrededor de los doce años. Le dolería bastante perderle. Nunca hubiera pensado que se sentiría así por un perro.

No obstante, ese día tenía que dejar a un lado los pensamientos sobre Bobby y centrarse en la forma de pedirle el matrimonio a Sara. No dejaría pasar una jornada más. Llevaba pensando decírselo unos cuantos días, pero no se decidía; incluso en una ocasión, hacía ya dos semanas, entró en una joyería y echó un vistazo a los anillos. Pero finalmente salió con las manos vacías convencido de que todavía no era el momento.

Tenía varias dudas sobre cómo proponérselo. No sabía si ponerse de rodillas y entregarle el anillo estilo películas de amor o simplemente, más natural, dárselo sin arrodillarse. O tal vez, no hacía falta la sortija, la compraría algo bonito y la joya se la entregaría en la boda únicamente.

Bobby pasó por delante de él y distrajo de nuevo sus pensamientos. Se encontraba solo con los dos perros en el salón; Sara estaba en el hospital trabajando. Esta vez se fijó en la forma de andar del perro. No se había dado cuenta hasta ese momento de que caminaba de una forma extraña: cojeaba exageradamente. Se acercó a él extrañado y Bobby comenzó a mover su peludo rabo negro y marrón (como el resto del cuerpo) de un lado para otro. Se agachó a su lado y con una mano le tocó las patas para ver si se quejaba, pero el animal no hizo nada. No así al tocarle la cadera. El perro dejó escapar un leve quejido y Miguel sintió aquella parte bastante hinchada al tacto. Se alejó unos centímetros y vio lo abultada que se encontraba la cadera, pensando que era increíble que no se hubiera dado cuenta antes. Asustado, le puso la correa y lo llevó a toda prisa al veterinario.

Al llegar tuvo que esperar en la sala de espera junto a otras cinco personas, cada una con un animal, siendo perros los que más abundaban. Había un gran silencio que únicamente era roto por el ronco ronroneo de un gato que tenía una pata vendada. Al cabo de un rato, decidió llamar a Sara. Solía llamarla cuando ella se encontraba en la hora de descanso,

pero no aguantaba más, tenía que decírselo, estaba muy preocupado por él; tenía que decirle que estaba en el veterinario con Bobby. Se le había olvidado completamente todo lo respecto a la boda.

Marcó su número y la llamó. No lo cogió, pero al rato sonó su móvil; era Sara. Le contó todo y ella dijo que iría en cuanto llegara la hora del descanso. Miguel se tranquilizó. Se despidieron con un «te quiero» y Miguel volvió al silencio ronroneado de la fría sala de espera.

—Debe de ser un buen perro —comentó una de las personas que se encontraban en la sala. Miguel se giró. Era un hombre mayor de unos setenta años con el poco pelo de color blanco, únicamente a ambos lados de la cabeza, y con unas gafas bastante antiguas sobre una nariz muy peculiar (la punta redonda, como la nariz de los payasos) que llevaba en una jaula un canario—. El pastor alemán, según dicen y he comprobado, es la raza de perro más inteligente y fiel que existe. —Miguel se mantuvo en silencio pensando en cada palabra que aquel anciano decía—. Yo tuve uno. —El hombre desvió la mirada de Miguel y pareció estar a punto de llorar, pero no le cayó ni una lágrima—. Murió hace unos meses. Le crié desde que tenía tres años; le recogí de la calle y un veterinario me dijo la edad que posiblemente podía tener. Algún desgraciado lo habría abandonado porque tenía una pata rota y no quería gastarse dinero para curarle. Siempre estaba a mi lado, nunca se separaba de mí, y creo que era —pensarás que estoy loco—, pero pienso que era porque me estaba agradecido. Luego, cuando mi mujer falleció hace ya cuatro años, él entraba en mi habitación por la noche y se quedaba allí hasta la mañana siguiente... Algo que no había hecho nunca. También...

El veterinario salió e interrumpió al anciano, a quien llamó para que entrara en la sala mientras salía otra persona con un perro.

—Haces bien en traerle al veterinario y cuidarle, se lo merece, seguro que sí —le dijo el hombre mientras se levantaba.

Miguel miró a Bobby, y retuvo las lágrimas que estaban a punto de resbalarle por las mejillas al pensar en cómo eran las cosas antes con el perro, antes de que Fran muriera. No se podía creer que él hubiera maltratado al animal que tenía tumbado a sus pies. El hombre tenía razón, sin duda se merecía todo el cariño que estaba recibiendo ahora por parte de su amo.

Al cabo de unos minutos llegó Sara. Nada más verla recordó el dilema que desde que se había levantado, hasta que había visto a Bobby cojeando, no se le había ido de la cabeza: el cómo pedirle a la gran belleza de pelo oscuro y ojos azules que en esos momentos entraba por la puerta, que se casase con él. Se le había olvidado por completo y ahora, al tenerla delante pareció cerrársele el estómago. Ella le saludó y él tardó

un rato en contestar.

—¿Te ocurre algo, Miguel? —preguntó ella preocupada al darse cuenta, al parecer, de su ensimismamiento.

No debía esperar más, es más, ya no podía aguantar más. ¿Para qué tanto romanticismo? Al fin y al cabo, lo de dar el anillo de rodillas o metido en un pastelito o en una copa de champán no era algo que se soliera hacer en la realidad, más bien se trataba de una invención del cine. Además, si no se lo decía en ese momento en el que nada más verla le había comenzado a latir el corazón a una velocidad que él creía que no se podía alcanzar y ahora que estaba decidido a hacerlo, ¿cuándo lo haría? No, aquella era, a pesar del lugar en el que se encontraban, la ocasión ideal.

Sin levantarse del incómodo asiento de la sala de esperas del veterinario y con Sara en pie, delante de él, enfundada en un vestido verde que hacía juego con sus ojos, esperando a que le contestara a su pregunta, al fin se lanzó, mirándola intensamente a los ojos.

—Cásate conmigo, Sara. —La chica abrió los ojos sorprendida y no dijo nada, parecía haberse quedado en shock—. ¿Te quieres casar conmigo, Sara? Te quiero —volvió a proponer esta vez un poco más formalmente.

Unos instantes después, Sara volvió al mundo real e, inclinándose, le besó en los labios, de nuevo sin decir nada como el día de su reconciliación. Las personas que allí se encontraban comenzaron a aplaudir como en las típicas sitcoms.

«Supongo que eso es un Sí», pensó Miguel sintiéndose la persona más feliz del mundo mientras besaba con pasión a su prometida.

Capítulo 13

12

Aquel día era un día muy triste, posiblemente el más triste que Sandra había tenido en sus dieciocho años de edad. Era la fecha en la que se tenía que marchar a la ciudad en la cual se encontraba la universidad donde iba a estudiar la carrera de veterinaria, a unos doscientos cincuenta kilómetros de donde ella vivía. Lo peor de todo era que debido a esa gran distancia, solo volvería a su casa por Navidad y por supuesto en verano, durante los cinco años de carrera. No se lo podía creer; a la mañana siguiente tendría que despedirse de sus padres y de Nana. Algo en su interior la hacía sentir la posibilidad de abandonar y no marcharse, pero sabía que no podía hacerlo, y además, no quería. Dudaba si dormiría algo esa noche y estaba segura de que lloraría en la despedida.

En esos momentos se encontraba desayunando en el salón con Nana viendo la tele. Estaba sola. Sus padres y su hermano Aarón se habían ido a comprar, según la nota que habían dejado encima de la mesa de la cocina, y ella había leído al prepararse el desayuno.

Tenía el bol cogido con la mano izquierda y con la derecha iba comiendo. Nana no dejaba de seguir con la mirada atenta el brazo derecho de Sandra mientras bajaba y subía del bol a la boca de de su ama. Eso le hizo gracia a la muchacha.

—¿Tienes hambre, Nana? Si acabas de comer —dijo Sandra riéndose. La perra ladró como si estuviera pidiendo—. Está bien, te echaré otro poco más de pienso. —Se levantó y se dirigió a la cocina donde se encontraba el saco de pienso y el recipiente azul cielo que compraron cuando le regalaron a Nana.

Ese simple cacharro hizo a Sandra recordar aquel momento en el que vio salir la cabecita de una perrita pequeña —con unas largas y peludas orejas casi más grandes que su cuerpo— de la caja con estampado de papel de regalo, el día de su sexto cumpleaños, y provocó que se la saltaran las lágrimas. Había estado junto a Nana durante doce años en los que había jugado sin parar con ella; en los que la había salvado la vida; con ella había tenido las mejores vacaciones de su vida y ahora, de pronto, tendría que estar poco más de tres meses sin verla. Por supuesto, a sus padres y a su hermanito también, pero era diferente. Por otro lado, también la preocupada la edad. No estaba segura de la edad media de los cockers, pero Nana era, con doce años, algo mayor, y le espantaba la idea de que falleciera mientras estaba fuera. No podía llevársela con ella porque, aparte de que en el piso de alquiler estaba prohibido meter animales, no podría estar pendiente de ella con los estudios. «¿Qué pensará Nana cuando pasen unos días y no me vea? ¿Se olvidará de mí?

¿Y si llego en Navidad y no me reconoce?» Todos esos pensamientos la horrorizaban.

Intentando alejar de su mente aquello, cogió el saco medio lleno de pienso e inclinándose levemente, echó la comida. En ese momento se acercó Nana con un paso lento muy distinto al lleno de energía que la caracterizaba cuando era más joven y, al verla Sandra, se puso de cuclillas y la abrazó con todo su cariño.

—Te voy a echar de menos, mi perrita —dijo.

Cuando se levantó y Nana comenzó a comer, llegaron sus padres. Sandra se dirigió corriendo a ellos y los abrazó con fuerza, incluido a Aarón, que a pesar de tener doce años era muy alto. Todo aquello parecía la despedida. Al separarse vio que llevaban bastantes bolsas en las manos y se percató de que en el coche, con el maletero abierto, había más.

—Voy a ayudaros —dijo mientras salía por la puerta. Pero su padre la detuvo.

—No —exclamó el padre rápidamente—. No, Sandra, tú quédate tranquila, ya vamos nosotros.

Sandra se dio la vuelta para dirigirse al salón, pero de pronto se acordó de su amiga Ana. ¿Cómo se había podido olvidar de ella? Decidió ir a verla para despedirse.

Ana y ella habían ido juntas al colegio, al instituto y al bachillerato, y aquella sería la primera vez que no estarían las dos en una misma clase y edificio escolar. La amiga iba a estudiar magisterio infantil, un curso, que por suerte para ella, se podía realizar en aquella ciudad.

Habían estado todo el verano sin verse, pues ambas se habían ido de vacaciones, y a Sandra la alegraría verla.

Llamó a la puerta y apareció la madre de Ana. Muy alegre la dejó pasar y la preguntó qué tal estaba. Luego se acercó su amiga y estuvieron toda la mañana hablando hasta que su madre la llamó por teléfono para que fuera a casa a comer.

Se la notaba muy contenta e impaciente. Ahora que lo pensaba, cuando su padre la dijo que no ayudase parecía nervioso. ¿Qué estarían tramando? Sandra había sido siempre avispada para este tipo de cosas y conocía muy bien a sus padres. Ya lo había demostrado el día que la regalaron a Nana: al no dejarla ir a comprar con ellos aquel día, ella comenzó a sospechar si no estarían planeando algo, y así fue. ¿Le estarían

preparando una fiesta de despedida?

Efectivamente. Cuando llegó a su casa todo estaba ya preparado: la mesa cubierta de frutos secos y sándwiches, botellas con refrescos y música de fondo. Solo estaban sus padres, su hermano y Nana, pero de pronto llamaron a la puerta y al abrir, entró Ana; ¡Ella lo sabía!

Estuvieron todo el día juntas y al llegar la noche, Sandra se despidió de su amiga con lágrimas en los ojos.

A la mañana siguiente, Sandra se levantó sin muchas ganas, pero en el fondo, a pesar de todo, se dio cuenta de que estaba ansiosa por vivir aquella experiencia; por primera vez en su vida iba a vivir sin sus padres.

La despedida fue horrorosa, peor de lo que había pensado. La acompañaron todos a la estación de autobuses y allí, delante de todo el mundo, comenzó a llorar. Besó y abrazó a su padre, a su madre, a su hermano que, aunque intentaba aguantarse las lágrimas, no lo consiguió, y por último a Nana. La cogió a pesar de que pesaba y la apretó contra su cuerpo mientras la decía: «Te echaré mucho de menos. Nos veremos en Navidad. No te olvides de mí». La besó y, tras devolverla al suelo, subió al autobús.

Vio cómo la perra hizo amago de irse con ella mientras ascendía por las escaleras, pero la correa se lo impidió y Sandra volvió la cabeza para, al fin, pagar el billete.

Un año después de dejar la caza, Santi fue con Jaque a ver a sus ex compañeros de cuadrilla, el primer día en el que todos los años solían comenzar la temporada de caza. Los había estado viendo las pocas veces que iba al bar y no entendían cómo podía seguir cuidando del perro ahora que ya no cazaba con él. No obstante, cada vez que se lo preguntaban, él se limitaba a decir que eran cosas personales; no iba a decirles que era un ser vivo y no una máquina, como le dijo su hijo, no le comprenderían y lo más seguro era que le tomaran por loco.

Esa fría y ventosa mañana, Jaque parecía saber a dónde iban, pues no paraba de agitar la mitad trasera de su cuerpo de un lado para otro y de jadear; se le veía contento. Era lógico que estuviera así: llevaba un año sin correr (como todos los perros de caza), el problema era que no sabía que esta vez no se iba a mover del lado de su amo, y eso le hacía sentir algo de pena a Santi, pues el animal estaría deseoso durante toda la mañana y al final se iría a casa sin satisfacer su avidez. Esto había hecho surgir por unos segundos en la cabeza de Santi la idea de dejarle en casa,

pero no quería dejarle solo, por tanto, finalmente se lo llevaría.

David estaba durmiendo, por lo que intentó cerrar la puerta de la calle todo lo despacio que pudo a pesar de la corriente que hacía, provocada por el insoportable viento de aquel día. David continuaba de pareja con la bella inglesa Alison. Llevaban juntos seis años, y hacía una semana que David le comunicó que se iban a casar dentro de dos meses. Santi estaba que no cabía en sí de gozo. ¡Su hijo se iba a casar! No podía creerlo. De todas formas, a pesar de la alegría que le producía, estaba algo triste, ya que eso significaba que se iría de casa. Menos mal que le quedaría Jaque.

Cuando llegó al lugar donde estaban cazando, ya habían comenzado, y uno de sus ex compañeros —el más viejo— ya debía de haber corrido, pues estaba fuera de la mano, en el camino, con su precioso galgo blanco jadeando; en cualquier otro tiempo anterior, el anciano seguiría caminando implacablemente, pero la dureza que sorprendentemente había mostrado desde los sesenta a los setenta y tres años, flojeaba con los casi ochenta que ahora contaba.

—Buenos días, Gustavo —saludó Santi mientras se acercaba a él.

—Hombre, Santi, al final has venido. —Hace una semana, en el bar, les dijo que no sabía si iba a ir porque le entrarían ganas de meterse con ellos en el terreno y cazar, pero finalmente se decidió.

—¿Qué?, ¿ya has corrido? —le preguntó aun estando seguro de la respuesta.

—Sí, pero como ves se ha escapado la liebre. Era muy rápida, y siendo la primera que Blanco corre —Blanco era el perro, Lo llamaba así por el color; el viejo no le dio muchas vueltas a la cabeza para pensar el nombre— desde el año pasado, es normal que no haya podido con ella.

¿Sonaba su tono de voz como si estuviera a la defensiva, como si quisiera decirle que su perro era igual de bueno o más que Jaque? Santi lo dejó pasar.

—Estoy seguro de ello —convino finalmente. Y dirigió la mirada hacia los demás hombres que andaban una parte del barbecho y volvían a desandarla, unos metros más a la derecha o a la izquierda, buscando algún anaranjado lepórido que estuviera tumbado entre los terrones del terreno.

Jaque estaba mucho más nervioso que en casa y Santi tuvo que regañarle unas cuantas veces, sobre todo cuando salía una liebre y los perros comenzaban a correr. En estos casos, el perro pegaba saltos hacia delante, girando sobre sí, dando agudos ladridos que parecían chillidos, que hacían que Santi se arrastrara unos centímetros por la fuerza del

animal. Eso le mandaba oleadas de dolor al brazo debido al tirón, pero él intentaba sujetar la cuerda todo lo fuerte que podía. Hasta que una liebre salió a su espalda, mientras miraba la carrera que en esos momentos estaban realizando dos perros detrás de una gran liebre.

Él no vio al roedor salir, pues estaba atento de lo que sucedía con aquellos dos galgos, frente a él, sin embargo, Jaque sí la vio, por lo que dio el tirón a Santi, provocando que trazara un duro giro de cadera y, al no esperárselo, soltara la correa. Nada más sentirse liberado, el perro salió corriendo detrás del animalito que se encontraba a muchos metros más por delante. Santi dirigió la mirada hacia él entre una mezcla de enfado y satisfacción al ver correr a Jaque después de tanto tiempo.

No podía creer lo que estaba viendo. Jaque parecía no tener ocho años; parecía un perro joven. La velocidad a la que iba era extraordinaria, y en menos de diez segundos, ya tenía a la liebre casi a su alcance. Santi se preguntó si no se había precipitado al abandonar la caza —la principal causa por la que lo dejó fue porque Jaque ya no aguantaba ni un minuto corriendo—, pero en esos instantes llevaba inmerso en la carrera un minuto y medio. Santi estaba eufórico.

Al cabo de treinta segundos más, la liebre se metió en una madriguera y Jaque dejó de correr. Cuando llegó a Santi parecía muy cansado: jadeaba muchísimo con grandes bocanadas de aire y le temblaban las piernas, pero Santi estaba calmado. Los demás hombres le estaban mirando con cara de asombro desde donde se encontraban y el anciano le dijo:

—Parece estar en buena forma todavía. ¿Por qué no continuaste?

Esa misma pregunta se estaba haciendo Santi en esos momentos.

—Jaque tenía siete años y el último día del año pasado no hizo nada en ninguna de las carreras, se cansaba demasiado pronto. —Luego calló unos segundos—. Pero por lo que veo estaba equivocado —afirmó mirando a su perro con una sonrisa.

Santi estaba fantaseando con la idea de volver a la caza. Tal vez, como le acababa de decir a Gustavo y había pensado mientras observaba a Jaque correr, se había precipitado con la decisión. Decidió, sin darle más vueltas, que, si sus ex compañeros se lo permitían, soltaría de nuevo al perro, y si volvía a correr bien, volvería a apuntarse.

Cuando llegaron los hombres a él y Gustavo para almorzar, Santi les contó lo que había pasado y les comunicó su decisión. Ellos aceptaron encantados y unos minutos más tarde ya se encontraba en la mano, caminando por el incómodo barbecho lleno de terrones, formando una

línea junto a sus compañeros por toda la superficie.

No tuvieron que esperar mucho a que saliera la liebre —gracias a Dios, pues el molesto aire golpeaba con insistencia en toda la parte frontal del cuerpo—. Santi liberó alegre a Jaque y este comenzó a correr. Pero unos segundos después, se paró, dejando escapar al animalito. Toda la emoción y esperanza que el cazador albergaba se esfumaron como una lagartija cuando ve peligro. No obstante, cuando Jaque llegó a él, toda esa caída de ánimo también desapareció, y se dijo que no le importaba no volver a la caza, que seguir disfrutando de la compañía de su perro como había estado haciendo hasta ahora era lo único que le importaba.

Santi pensó que Jaque había aguantado tanto cuando se le había escapado debido a lo ansioso que estaba por correr, ya que llevaba un año sin hacerlo. Pero al hacerle correr de nuevo, la edad se impuso a su voluntad.

Le ató la correa y se dirigió al camino de nuevo, sin darle más vueltas al asunto.

Bobby se lanzó de un salto, contento, hacia Miguel tras abrirse la puerta y verle; lo mismo hizo Galán, el pequeño foxterrier negro de Sara, con su respectiva dueña.

Acababan de regresar de su viaje de luna de miel. Habían estado fuera dos semanas —las dos mejores semanas que Miguel había tenido en toda su vida— y habían dejado a los perros al cuidado de los padres de Sara: un hombre de cuarenta y siete años alto y de pelo negro como su hija, pero con algunas canas bastante visibles, y una mujer de cuarenta y cinco años también con pelo negro y ojos azules que, por las fotografías que había en la casa, Miguel deducía que había sido una mujer atractiva, al igual que su hija.

Se casaron un mes después de que Miguel se lo pidiera en el veterinario. Fue toda la familia de Sara, y Miguel, encantado, consiguió que parte de su familia también asistiera; llevaba mucho tiempo sin verlos y le alegró bastante volver a estar con ellos. A la semana de casarse, hicieron el viaje de luna de miel y Sara tuvo que convencerlo de que no se podía llevar a Bobby, con lo que, muy a su pesar, finalmente lo aceptó.

Por tanto estaba deseando ver a su perro y en cuanto Bobby se lanzó hacia él, le abrazó mientras el can se apoyaba con las patas delanteras en su pecho. El animal parecía estar aún más contento que él y esto emocionó a Miguel, que consiguió no llorar. Sin embargo, Bobby enseguida se puso a cuatro patas con un leve gemido y Miguel se dio cuenta de que le debía de doler la cadera cuando se ponía sobre dos

patas. Este dolor era debido a una displasia de cadera que padecía, según le comunicó el veterinario después de las radiografías unos días más tarde de la petición. Le dijo que no tenía que preocuparse demasiado porque era una enfermedad típica de los pastores alemanes, que debía evitar tanto que hiciera muchos movimientos, especialmente bruscos, como que engordara demasiado; no obstante, con el tiempo podría empeorar. Pero como de momento no era muy grave, no hubo necesidad de operarle, lo que tranquilizó a Miguel.

Comieron en casa de los padres de Sara y luego se fueron a su casa para dejar el equipaje y poder descansar. Por la noche, Bobby durmió en el suelo de la habitación por el lado de la cama en el que dormía su amo.

Tres años después, comenzaron de verdad los problemas y preocupaciones por la enfermedad de Bobby. Tenía trece años, una edad bastante alta para un perro, por lo que el desgaste de los huesos por la edad sumado a la displasia había empeorado aún más el problema, provocándole más dolor y por tanto menos movilidad.

Miguel se dio cuenta de eso una mañana de octubre después de levantarse. Bobby siempre se encontraba esperándole al otro lado de la puerta de su habitación cuando no le dejaba dormir en ella, pero aquel día no estaba allí. Se dirigió nervioso y preocupado al piso de abajo, al salón, el lugar donde solía dormir en esas ocasiones, y allí lo encontró. El perro yacía tumbado de lado, con la parte derecha contra el suelo, y Miguel se asustó bastante al ver que no se acercó a él y que ni siquiera lo miró; pero le tranquilizó relativamente el movimiento continuo de su barriga, lo que indicaba que respiraba y que estaba vivo.

Se agachó junto a él y le puso una mano encima para acariciarle, pero continuó sin moverse, excepto los ojos brillantes —que los giró para mirar a su amo—, y el rabo, que lo agitaba débilmente sin apenas levantarle un centímetro del suelo.

—¿Qué te pasa, amigo? —logró articular Miguel con la voz titubeante.

Le intentó incorporar pasándole un brazo por el cuello y otro por el lomo pero el perro gimió de dolor e inmediatamente lo volvió a dejar como estaba. Entonces Miguel se dio cuenta de lo que le pasaba. Pensó que podrían ser los huesos, que le dolían debido a la enfermedad, y así se lo afirmó el veterinario cuando lo llevó a la clínica después de vestirse y de despertar a Sara, quien no lo pudo acompañar porque tenía que ir a trabajar.

La enfermedad había empeorado y el dolor era tan intenso que no podía moverse. A Miguel se le cayó el alma a los pies cuando el

veterinario le dijo que el perro no iba a poder caminar sin ayuda nunca más.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó deseando que no le respondiera lo que se imaginaba que le iba a decir: que tenían que sacrificarle.

Pero para su alivio no fue eso lo que el médico dijo.

—Existen algunas soluciones para este problema.

—¿Cuáles? —volvió a preguntar rápidamente, esperanzado.

—Bueno, yo te voy a recetar un antiinflamatorio y también te aconsejo que le lleves a un centro de fisioterapia animal. Por último, para que le puedas sacar a pasear y para ayudarlo a moverse por la casa, tendrás que comprar un arnés especial para estos casos. —El hombre, alto y bastante delgado, aunque con una voz potente, sacó uno de un cajón de un mueble para mostrarle a Miguel lo que era y cómo se utilizaba.

Era parecido al de una persona, con dos aberturas para meter cada una de las patas traseras, pero con otra más pequeña que continuaba en una especie de correa con asa, que servía para pasar el rabo del animal y así sujetarle la cadera para evitar, tirando del asa hacia arriba, que el perro bajase el trasero.

—Te presto este hasta que lo compres —le dijo a Miguel cuando terminó de explicárselo—. Necesito que me lo devuelvas porque es el que uso para enseñar a la gente la forma de utilizarlo.

Miguel asintió y después de darle las gracias se fue.

Resultaba un tanto cansado el tener que estar todo el rato con el brazo flexionado, tratando de evitar que la cadera del perro cayera hacia abajo. Pero no le importaba, se pasaría así todo el tiempo que hiciera falta si era necesario: como siempre había pensado, si había una alternativa, se aferraba a ella con uñas y dientes. También sabía que el tratamiento era caro, pero no iba a dejar que el perro sufriera, por lo que no se le pasó por la cabeza ni siquiera pensar otra alternativa para evitar el dolor. Haría todo lo que fuera necesario y gastaría todo el dinero que hiciera falta por él.

Por su perro.

Capítulo 14

13

Por fin llegó la navidad. Sandra empezaba a pensar que nunca llegaría aquel día. Habían sido unos tres meses muy duros, tanto por la añoranza a su hogar, a sus padres y hermano y a Nana como por los estudios. Ella no se había imaginado que fuera tan difícil la carrera y le costó acostumbrarse al ritmo; no obstante consiguió sacar buenas notas, sin suspender ninguna asignatura.

Se encontraba en la estación de autobuses de la ciudad donde se hallaba la universidad, esperando en la larga cola para subir al autobús. A pesar de que todavía quedaba un largo viaje de unas dos horas, el corazón le latía tan fuerte que parecía que iba a atravesar la piel y la camiseta saliendo disparado. Estaba muy nerviosa y con muchas ganas de ver a su familia, pero sobre todo a Nana.

Sabía que se encontraba bien porque cada tres días al principio, y cada semana más adelante, llamaban sus padres o ella y hablaban, por lo que el duro pensamiento de que Nana podía haber fallecido por la edad —ya que era muy vieja— no se encontraba en su cabeza. Lo que sí temía de verdad, al igual que había reflexionado el día antes de irse, era que Nana no se acordase de ella. No soportaba la idea de que se abriese la puerta y su perrita no se acercara contenta a recibirla.

Sumida en esos pensamientos, sin darse cuenta, llegó su turno. Lo supo por un chico con gorra, alto y bastante guapo que había detrás de ella esperando en la cola, quien le dijo enfadado que a qué esperaba. Sandra, ruborizada, subió y pagó al conductor, luego se sentó y al rato de salir se quedó dormida (cosa que no era de extrañar si se tenía en cuenta que no había dormido casi nada aquella noche debido a los nervios).

El movimiento brusco de un típico paso de cebra resaltado la despertó y al mismo tiempo le hizo darse cuenta de que ya habían llegado. Las luces navideñas ya colgaban de un extremo a otro de la carretera a lo largo de su ciudad.

Se incorporó en el asiento con el corazón todavía latiéndola con intensidad y esperó impaciente a que el autobús llegara a la estación, donde le estarían esperando sus padres y su hermano... y Nana. De nuevo le invadió el horrible pensamiento de que Nana no la conociera e intentó calmarse. «¡Pues claro que me va a reconocer! —se dijo a sí misma irritada—. Solo han pasado tres meses y hemos estado doce años juntas, es imposible que se haya olvidado de mí». Pensando eso se tranquilizó un poco, pero los nervios se volvieron a disparar al entrar en la estación y al

verlos a todos allí.

Nana estaba sentada sujeta por el padre mediante la correa. Qué bonita estaba: el largo y ligeramente rizado pelo blanco parecía brillar más que nunca y las manchas marrones rojizas resaltaban como lagunas bañadas por el atardecer. Cuánto la había echado de menos. Se aventuró a pensar si Nana sabría porqué estaba allí. Luego miró a sus padres, que no habían cambiado y una gran punzada de nostalgia la recorrió por todo el cuerpo. Y su hermano estaba altísimo, más que cuando se marchó. Deseaba con impresionante impaciencia que el autobús parase para abrazarlos a todos.

El vehículo se detuvo, siseó mientras abría las puertas, y Sandra vio por la ventana que su perra se ponía en pie, acción que la conmovió. Después de unas cuantas personas, salió ella, y en cuanto la mirada de Nana se cruzó con la de su dueña, la perra dio un tirón hacia delante para acercarse. A la primera la correa la sostuvo, pero la segunda vez el tirón fue tan fuerte que el padre de Sandra tuvo que soltar la cuerda, y Nana salió disparada con sus largas orejas revoloteando hacia su apreciada amiga, quien, totalmente paralizada, no pudo evitar que se la llenaran los ojos de lágrimas por la emoción, impidiéndola ver con claridad.

No se lo podía creer, Nana se dirigía hacia ella contenta y había conseguido que la liberasen de la correa; esta vez la cuerda no la pudo sujetar como cuando se marchó de allí. Era increíblemente sorprendente.

¡Su perrita se había acordado de ella!

Los exámenes finales de carrera fueron difíciles, no obstante, Sandra, al igual que muchos otros estudiantes, se habían estado preparando para ese momento durante cinco duros años y la mayoría había conseguido aprobar y ponerse a trabajar como veterinarios junto a un veterano que les ayudaría con cualquier problema.

Sandra trabajaría en adelante, si no cometía ningún fallo y el jefe la veía como una buena veterinaria, en el centro de su ciudad donde llevaron a Nana el día que le salvó la vida y donde se decidió por estudiar esa carrera a la edad de siete años, hacía ya dieciséis. Allí se dirigía en esos momentos.

Qué rápido había pasado el tiempo, parecía ayer cuando le ayudó a aquel joven veterinario a hacer las radiografías. Ahora el hombre estaba más mayor, pero seguía igual de simpático y de agradable.

—Buenos días, Sandra —la saludó cuando entró en la sala. Tenía el pelo negro con algunas canas por la parte de las patillas, lo que le hacía

atractivo a pesar de no ser guapo, y la delgadez no había abandonado su cuerpo, al igual que su bonita voz. Él acababa de llegar, pues se estaba poniendo la bata blanca—. Ahí tienes la tuya —le señaló con el dedo al mismo tiempo.

—Buenos días, Ramón.

A Sandra le gustaba mucho mirarse en los espejos: antes de salir de su casa, siempre tenía que pararse enfrente de uno durante unos segundos para ver si estaba mona, y se sentía incómoda al ponerse la bata y no poder mirarse en ningún sitio, pues no había espejos en aquella habitación. No obstante, vio que en la mesa, o plataforma donde se colocan a los animales para examinarlos, se reflejaban los objetos irregularmente, por lo que se acercó sin llamar mucho la atención de su jefe y al fin se echó un vistazo a sí misma. No le disgustó cómo le quedaba la bata blanca. Sonrió.

La chica estaba muy contenta. Había terminado los estudios hacía una semana y ya iba a comenzar a trabajar. Lo consiguió dos días después de llegar a casa, tras ir a hablar con Ramón mientras cerraba la clínica, ya que él mismo era el dueño. Este se acordaba de ella bastante bien, así que la dio trabajo sin dudar, y ahí se encontraba ella esa mañana, con nervios y con un tanto de miedo pero ansiosa por empezar con su primer paciente.

—¿Qué tal está tu perra? —le preguntó Ramón.

—Bien —respondió Sandra.

La verdad era que no se encontraba muy bien y ella estaba muy triste por ello. Todas las navidades que siguieron a la primera fueron iguales de emocionantes que aquella: ella deseando verla y Nana saliendo corriendo cuando bajaba del autobús. Según sus padres, Nana acabó sabiendo cuándo llegaba el momento del regreso de Sandra, y los días anteriores se ponía nerviosísima. Sin embargo, en las dos últimas navidades, la perra parecía que no tenía mucha energía y, en vez de correr, se acercaba a ella andando, o mejor dicho, cojeando, y moviendo el rabo de un lado para otro; por otro lado, el brillante pelo estaba más bien apagado, ligeramente áspero. Las manchas marrones rojizas ya no parecían lagunas al atardecer, sino lagunas embarradas debido a la sequía del agua. Sandra sabía que todo aquello era por la edad, no porque ya no la quisiera tanto, y la preocupaba muchísimo. Le horrorizaba pensar que tarde o temprano la perdería. Ya era muy vieja, tenía diecisiete años, y padecía de artrosis, como supo mediante sus padres, quienes la llevaron al veterinario mientras ella todavía estudiaba. Cada vez se podía mover menos. Esa mañana, sin ir más lejos, ni siquiera se levantó para saludar a Sandra,

tuvo que acercarse ella, agacharse y darle un beso.

—Siento lo de la artrosis, pero es normal a su edad —le comentó el veterinario, pues fue él quien la examinó.

Sandra se limitó a encoger los hombros y a realizar una mueca de impotencia con los labios.

Ramón salió a la sala de espera y abrió la puerta de la calle para que todo el mundo supiera que ya había abierto. Había comenzado la primera jornada de trabajo de Sandra.

Ahora que se había acordado de lo mal que se encontraba Nana cuando se había levantado, comenzó a preocuparse mucho más por ella, una preocupación que se convirtió en temor. ¿Y si ya no podría levantarse nunca y habría que sacrificarla?

Entonces, como si sus pensamientos se hicieran por desgracia realidad, oyó la voz de su madre llamándola, algo agitada. Al principio creyó que se lo estaba imaginando, pero luego se dio cuenta de que no, de que era tan real como la bata blanca que se acababa de poner.

Salió corriendo a la sala de espera y lo que vio la dejó petrificada, congelándola la sangre. Ramón se disponía a coger de los brazos de su padre a Nana, la cual estaba inmóvil y su madre se acercaba a ella con cara de terror. Sin darse cuenta, las lágrimas comenzaron a rodarla por las mejillas. Quiso preguntar a su madre qué sucedía, pero su voz no podía transformar aquello en palabras. No obstante, no hizo falta, pues ella se lo dijo.

—Sandra, cariño, algo le pasa a Nana. Cuando la he llevado la comida no ha movido la cabeza, hija. Tenía los ojos cerrados, por lo que pensaba que estaba durmiendo, pero la he llamado y no ha hecho caso. En ese momento me he temido lo peor, pero todavía respiraba y al tocarla a gemido de dolor, así que he llamado a tu padre y hemos venido aquí a toda deprisa.

El rostro de su madre, que a pesar de tener cincuenta años se mantenía joven, ahora parecía todo lo contrario. Nunca pensó que su madre se preocupara tanto por Nana. Eso, en parte, también la conmovió.

Sandra, saliendo de su irracional paralización, siguió a Ramón y a su padre dentro de la habitación, agarrando a la mujer de la mano. El veterinario dejó a Nana en la mesa donde se había mirado la chica hacía unos minutos. Sandra se acercó a la perra con los ojos llenos de lágrimas

y muerta de miedo.

—Nana, por favor, no te mueras —le dijo temblando, sin pensar siquiera las palabras antes, mientras le ponía una mano encima. «Sandra... Sandra», oyó que decía una voz desde otra dimensión. Era de Ramón—. Dime —reaccionó.

—Tienes que preparar el suero —la ordenó.

Inmediatamente, Sandra recordó dónde se encontraba y qué estaba haciendo allí y el miedo se convirtió en valor, ganas de trabajar y profesionalidad. Tenía que salvar a su perrita. Se limpió las lágrimas con la manga de su bata blanca y preparó todo como la habían enseñado.

Nana respiraba muy rápido y Sandra intentó calmarla con suaves caricias. Ramón comenzó a examinarla los ojos, que estaban cerrados, y la boca, y entonces, de repente, la veloz respiración se paró y el corazón de Sandra pareció imitarlo.

La perra se encontraba echada de lado y Sandra se colocó frente a ella para poder verla bien la cara. Por un momento, solo por un momento, solo fueron ella y Nana; Nana y ella. La imagen que tenía ante ella era la peor que Sandra había visto jamás. Nana tenía los ojos cerrados y la lengua medio fuera, caída hacia el lado en el que estaba tumbada. La cara de Sandra se reflejaba en la mesa a unos centímetros de la de Nana y, de pronto, para su asombro, vio cómo los ojos de su perrita se abrieron un instante y miraron a los suyos a través del brillo de la mesa. Luego se volvieron a cerrar, y Sandra tuvo que sujetarse para no caer justo antes de romper a llorar.

Santi estaba muy preocupado por Jaque. Llevaba unos días con la cabeza agachada y el cuello en flexión, y cada vez que intentaba subírsela, este daba un fuerte chillido de dolor; incluso rozarle un poco le hacía chillar. Además, parecía que también le costase andar, ya que se tambaleaba cada vez que daba un paso y arrastraba las patas traseras produciendo un sonido rasgado en el mármol. Al principio pensaba que era un golpe que se podía haber dado y que en unos días se le pasaría, pero llevaba una semana y seguía igual, o peor, por lo que finalmente decidió llevarle al veterinario.

Pidió a David que le ayudase a meterle en el coche para hacerle el menor daño posible y lo acompañase, pues él no tenía carné; lo llevaría en el vehículo de David debido a que el dolor sería menos intenso que andando.

Su hijo se encontraba en la cocina con Alison, con la que se casó hacía casi seis años, justo dos meses después de que Jaque se escapara en mitad de la partida de caza a la que Santi había acudido para ver a sus ex compañeros. Se habían ido a vivir juntos a una pequeña casa de la misma ciudad, pero de vez en cuando, ella y David se pasaban por casa de Santi para verle. Se le veía muy feliz, y eso a Santi le alegraba.

Al levantarlo del suelo, Santi le sujetó suavemente del cuello para que no se le moviera demasiado mientras que David le cogía por el cuerpo y le subía al coche, un alargado Citroën C4 de color plateado. A pesar de la delicadeza con la que lo hicieron, no consiguieron que Jaque no se quejara y emitió un chillido de dolor que hizo estremecerse a Santi. Durante el resto del camino fue tranquilo.

Al llegar, lo bajaron del coche con el mismo cuidado con el que lo habían subido y entraron en la clínica. Jaque seguía con el cuello en flexión y arrastrando las patas posteriores a la vez que se tambaleaba. Santi se dio cuenta de que realmente había empeorado mucho desde la primera vez que lo vio de esa manera.

Por suerte no había nadie en el centro, solo un hombre con otro perro con una pata vendada que salía en esos momentos, por lo que entraron directamente a la habitación. El veterinario les atendió inmediatamente. Santi le contó lo que le pasaba, y después de haber estado un rato examinándole y haciéndole radiografías, el hombre le dijo lo que le ocurría. Se trataba de una enfermedad llamada «Síndrome de Wobbler» o «Síndrome de tambaleo» consistente en una compresión de la médula espinal cervical. También le explicó que la razón por la que llevaba el cuello en flexión era que en esa postura le dolía menos, por tanto, tocarle en esa zona o intentar colocarlo le provocaba el dolor que le hacía chillar. Preocupado, Santi le preguntó por alguna solución.

—La única a estas alturas de la enfermedad es operarle —le respondió el veterinario, y Santi captó en su cara un gesto que, a su parecer, indicaba que había un problema con lo que acababa de decir el hombre.

—¿Cuál es el problema?

El delgado médico tardó en responder.

—La edad —dijo finalmente, y después continuó—: La operación puede ser peligrosa para un perro de catorce años, y más para un galgo, cuya media de vida oscila entre los diez y doce años.

Aquello no le afectó tanto como creía. Sabía que Jaque era un perro fuerte y resistente, estaba seguro. ¡Si hasta había superado por dos años

la media de edad! No temía la operación.

—Por supuesto no se le operará si usted no quiere por este riesgo...

—No hay problema —señaló rápidamente.

Su hijo pareció sorprenderse y el médico asintió.

—Muy bien, se quedará ingresado aquí y esta tarde comenzaremos la operación —concluyó.

Santi y David volvieron a casa sin Jaque cuando hubieron terminado de preparar todos los papeles de la operación y esperaron hasta la tarde la llamada del veterinario. El ex cazador no comió nada a pesar de que no le preocupaba demasiado la intervención, pero sí que se le hacía extraña la ausencia de su perro.

Sentado en el sillón a las cinco de la tarde, esperaba con impaciencia el timbre del teléfono. Estaba cansado y tenía sueño, por lo que se le empezaron a cerrar los ojos justo en el preciso instante en el que el aparato sonó. Se levantó de un saltó y contestó. Era el veterinario. La operación comenzaría en cuanto él llegase.

Nada más colgar el teléfono avisó a David y se dirigieron en coche hacia la clínica. Alison les siguió en su propio coche.

Jaque se encontraba en una sala llena de jaulas cuadradas en cuyo interior se encontraban los perros que iban a ser operados o ya lo habían sido. Había uno, un jasqui con una campana en la cabeza que le hacía parecer una antena parabólica, que no paraba de aullar, pero por lo demás, la sala estaba en calma. El perro de Santi yacía dentro de una de ellas, tumbado, y en cuanto vio a su dueño se levantó, lentamente, moviendo el rabo de un lado para otro. No se movía con tanta intensidad como antes cuando estaba contento, pero Santi sabía que le estaba saludando con el mismo entusiasmo con el que lo hubiera hecho antaño.

Al acercarse metió las manos entre las rejas y le acarició. Ese momento, el de él a un lado de una reja y su perro al otro, le recordó el día en que lo vio en el patio de la perrera tras salir de la cárcel y por tanto, también la razón por la que se había encontrado en aquel horrible lugar. Con ese último pensamiento se estremeció, por lo que inmediatamente intentó olvidarlo.

El veterinario abrió la puerta de la jaula. Jaque salió tambaleándose y Santi lo abrazó. El médico le dijo que iba a comenzar la operación. En ese instante, por primera vez, al ex cazador le recorrió el miedo por el cuerpo. Por la mañana, cuando el veterinario le había informado de los inconvenientes de la operación, le había parecido bien, sin problemas;

pero ahora que el momento se acercaba, el temor apareció como si hubiera permanecido oculto en una parte muy remota de su ser, haciéndole pensar si no se había precipitado al aceptar la intervención. No obstante, si no se le curaba iba a estar sufriendo el poco tiempo de vida que le quedaba, por lo que no había otra opción. No iba a darle más vueltas.

—Jaque, eres el mejor. Sé que podrás con esto. —Y luego, susurrado en el oído—: Te... te quiero. —Le sonó algo cursi, y probablemente lo era, pero era lo que sentía—. No te va a pasar nada; dentro de unas horas nos vemos. Confía en mí, como lo hiciste después de lo que te intenté hacer. —Al decir eso último le tembló la voz.

Santi se levantó y el veterinario se llevó a Jaque a otra habitación. A pesar del dolor que debía sentir, Jaque logró girar levemente la cabeza y mirar a su dueño con timidez antes de que la blanca puerta se cerrara tras él y el médico. «No te preocupes, Jaque. Todo saldrá bien». David pasó un brazo por el hombro de su padre y se quedaron esperando.

Después de una interminable hora, el médico salió de la habitación. El corazón de Santi comenzó a latir fuertemente al ver la puerta abrirse y aún más fuerte cuando vio la cara del hombre. De repente, se sintió febril. Las piernas le fallaron ligeramente, pero logró mantenerse en pie gracias a David. El delgado tipo tenía la tez pálida, estaba sudando, y lo peor, no parecía alegre. Un simple movimiento de la cabeza de izquierda a derecha hizo comprender a Santi el resultado de la operación. El ex cazador agachó la cabeza y evitó llorar, conteniendo con esfuerzo las lágrimas. No sentía nada. Ni siquiera cómo su hijo le sentaba en una silla de la sala de espera porque la fuerza de las piernas terminó por escapársele. Tampoco oía nada. El veterinario le estaba hablando, pero él no escuchaba. Solo estaba pensando en lo que había vivido con aquel gran perro.

Y lo curioso era que ninguno de aquellos pensamientos tenía que ver con la caza.

Miguel estaba muy contento por la pequeña mejoría de Bobby en un año. Aunque todavía no podía andar sin el arnés, la forma de moverse era un poco más natural y, a pesar de que se trataba de un diminuto cambio, al hombre le daba esperanzas de una posible recuperación. No obstante sabía que le costaría ponerse bien del todo, pues el perro contaba ya catorce años. A la vez que la enfermedad iba alejándose, la edad y la vejez del can se acercaban, y eso hacía que a Miguel le recorriera una pizca de temor por el cuerpo. Pero intentaba olvidarlo y centrarse solo en el buen proceso de la afección.

Todas las mañanas le llevaba a pasear medio kilómetro, por lo que, al levantarse aquel día, y después de desayunar, le preparó y salieron a la calle. Cada día cogía una ruta distinta. Esa mañana pasarían por delante del cementerio. Miguel iba a ver a su hermano cinco veces al año, y nunca se llevaba a Bobby, ya que no estaba permitido el paso a los perros. Le echaba de menos, pero no tanto como los primeros días gracias al perro y a Sara, quienes eran dos seres que le habían salvado la vida —sobre todo uno de ellos— y eso, como es lógico, era algo que no olvidaría jamás.

En esta ocasión no entraría al cementerio debido a que llevaba a Bobby, por lo tanto, cuando estuvieron delante de él, continuó el paso. Sin embargo, algo le impidió andar, haciéndole parar de golpe y tensar el brazo por el que agarraba la correa del arnés de Bobby. Para asombro de Miguel, el can se encontraba totalmente quieto mirando hacia el recinto del cementerio (un muro con ladrillos blancos y rojos dispuestos en contiguas tiras horizontales sobre el que sobresalían algunas de las grises y pálidas cruces de las lápidas), y eso le produjo una sensación extraña que le recorrió por todo el cuerpo como una serpiente: era como un escalofrío, solo que mucho más intenso. Estaba atónito, no podía creer que todavía se acordase de él. ¿Cómo podía ser posible? Entonces el recuerdo de Bobby tumbado al lado de la tumba se apoderó de su mente y no pudo evitar que se le escaparan las lágrimas de sus claros ojos azules.

—Vamos, Bobby, tenemos que continuar con el paseo —ordenó tirando con cuidado de la correa tras un rato y secándose las lágrimas. Pero el perro no se movió—. ¿Qué recuerdas de él?... ¿O de mí antes de que te llevara a casa aquel día? No lo entiendo —le preguntó sin esperar respuesta.

Finalmente, después de un rato, echó a andar.

Un mes y medio más tarde podía caminar sin el arnés —aunque cojeando— durante unos pocos minutos, una mejoría con la que Miguel estaba encantado aparte de sorprendido. El veterinario le dijo que nunca más volvería a poder a andar sin el artefacto durante mucho rato, pues la displasia no se podía curar si no era con una operación a tiempo, pero sí mejoraría si se trataba bien. Miguel sentía que, durante esos años, había hecho un buen trabajo.

Sentado a la mesa de la cocina con una taza de café con leche en la mano y mirando a Bobby, quien se encontraba tumbado en el patio a la sombra junto a Galán (el perro de Sara), comenzó a recordar algo que casi había olvidado y que la parada del perro frente al cementerio, hacía un mes, había hecho que floreciera en su mente de nuevo. Se trataba de la manera en que habían tratado a Bobby antes de la muerte de Fran y cómo, sin embargo, el can había vuelto junto a ellos y seguía acordándose, a pesar de todo, de esa persona. Por más que lo pensaba no

comprendía cómo ese perro podía seguir a su lado.

Sara interrumpió sus pensamientos. Ya se había arreglado para irse a trabajar, por lo que se despidió de Miguel con un beso y se fue.

Cuando Miguel volvió a mirar hacia el patio, Galán, que era más pequeño que Bobby en edad y tamaño, estaba encima de este mordiéndole por todos lados con el fin de jugar mientras que el pastor se defendía desganado y tumbado boca arriba. Esto le hizo sonreír y alegrarse de que la enfermedad no hubiera sido peor y de que su perro regresara aquel terrible día después de escaparse.

Doce meses después, la edad de Bobby empezó a hacerse notar más gravemente que antes. Todo empezó cuando Miguel se dio cuenta de que se había hecho sus necesidades dentro de la casa, donde se solía tumbar (al lado del sillón negro del salón), por lo que dedujo que las había hecho sin levantarse. En esos momentos, el perro se encontraba a poca distancia de esa zona y Miguel verificó su deducción al verle las patas traseras y el rabo manchados del dorado orín y de excremento. Inmediatamente se preocupó y lo llevó al veterinario con Sara, pues se encontraba en casa debido a que era domingo, día festivo para ella.

Le costó bastante hacerle levantarse y le recordó amargamente a cuando tenía la enfermedad en su peor fase, lo que hizo que se horrorizara al pensar que podía haber vuelto, pues esta vez ya sí que no habría solución.

Ese temor se agravó aún más cuando el delgado veterinario le dijo que a la displasia se habían unido algunos problemas respiratorios y algo de artrosis, y que aunque hubiera mejorado, era posible que volviera a empeorar. Todo ello era debido a los quince años que tenía Bobby. Por último le comentó que la mejor solución sería sacrificarle. Al oír eso, Miguel se quedó completamente paralizado y sin habla, con el corazón comprimido, como si una garra sucia lo hubiera apresado. Pero al rato se recuperó y pensó con más claridad en la situación. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Estaría sufriendo tanto como para querer morir? Si pudiera hablar, ¿le suplicaría que acabara con los dolores? ¿Querría él, separarse de su amo para siempre? No sabía qué hacer. Por un lado no quería que siguiera sufriendo, si es que lo estaba, pero por otro, y este era un sentimiento más fuerte y poderoso, él sí que no quería separarse de su perro. Por tanto, finalmente y aunque el médico le había dicho que cada día empeoraría más, decidió no sacrificarle y quedarse con él hasta que la muerte le llegara cuando fuera su momento natural, con la esperanza de que el hombre se estuviera equivocando y de que se curaría antes que eso

ocurriera. Sara no estaba de acuerdo con esto, pero a él no le importó.

Al día siguiente, como Bobby ya no dormía en su habitación porque no podía subir las escaleras, Miguel se dirigió, nada más levantarse, al salón, donde el perro pernoctaba, y se encontró con el perro tumbado de costado, apoyado levemente en el sillón, con el suelo manchado de orín por debajo de su cuerpo y rodeándolo y con un excremento por la parte trasera. Se había hecho todas sus necesidades encima y esta vez no se había molestado si quiera en levantarse como el día anterior para no estar junto a ello. Sin embargo, toda esa escena no le hizo cambiar de opinión e inmediatamente cogió la escoba y la fregona y lo limpió todo antes de que Sara se despertara y lo viera. En parte se sentía culpable por todo eso; no obstante, el cariño que tenía hacia el animal y el no saber cuál era el deseo de este hacía que pudiera superar esa pequeña culpabilidad.

Continuó haciendo eso durante tres días, limpiándole dos o tres veces al día. Hasta que al cuarto día Bobby no se movió de su postura de costado cuando, después de que Miguel volviera de hacer una rápida compra mientras Sara —como siempre— trabajaba, se acercara a él para saludarle y acariciarle. Al ver que no reaccionaba se le congeló el corazón a la vez que el estómago se le encogía, y le vino de nuevo a la memoria con horrorosa claridad el momento de la muerte de su hermano. Una maldita vez más había fallecido un ser querido sin que él hubiera estado allí en ese momento. No se lo podía creer.

Se echó a llorar con rabia, como un niño, sobre Bobby, dando desgarradores gritos guturales.

No recordaba la última vez que lloró de esa manera.

Capítulo 15

14

Habían pasado dos semanas desde que Nana falleció el primer día de trabajo de Sandra y en el mismo lugar en el que trabajaba, pero todavía la costaba levantarse y pensar que tenía que ir a ese lugar y caminar por la sala por la que su madre y su padre entraron con su perrita en brazos, y tener que examinar a otros animales en la misma habitación en la que murió casi en sus manos. No obstante, ya no era tan duro como los primeros días. En estas duras jornadas, se había pasado todo el día llorando, sin apenas entraba en el centro; la permisión de su jefe fue de gran ayuda. Al tercer día, se dijo que debía ser fuerte y continuar con su trabajo, intentando que no les pasara a los animales que llevaran allí lo mismo que a Nana. Pero no podía dejar de pensar en ella, lo que, quisiera o no, la hacía despertarse e ir al trabajo con una gran pena que rozaba la depresión.

Durante esos días que estuvo trabajando habían pasado por la clínica todo tipo de animales con todo tipo de problemas: piernas rotas, problemas respiratorios, vacunas... e incluso ya había asistido a su primera operación (un gato que había tragado tal cantidad de pelo, que ni siquiera su sistema digestivo había podido expulsarlo); eso sí, solo de espectadora, ya que Ramón no la dejó participar por su estado. Todo ello le había fascinado, y fue parte decisiva para continuar trabajando en ese centro veterinario.

Pensó en comprarse otro perro y sus padres querían regalarle uno, pero ningún otro can sería como Nana y no quería sustituirla, por lo que al final se quitó la idea de la cabeza y les dijo a sus padres que no se le comprarán. Al menos no de momento.

Lo único que querían los padres era que sonriera, se imaginó ella, y tenían razón, tenía que superarlo del todo y volver a ser ella misma, volver a ser feliz; volver a ser Sandra. Al fin y al cabo, Nana no era el único miembro de su familia. Debía pensar en sus padres y su hermano, quienes se encontraban todos bien. Debía pasar página. Y ese día, dos semanas y media después, decidió que era el momento.

Se levantó intentando evitar con todas sus fuerzas el duro recuerdo de Nana y, después de prepararse y mirarse al espejo por primera vez desde lo ocurrido, se dirigió al trabajo. Esta vez se encontraba distinta. No se sentía como si le faltara algo, y eso era bueno, pues indicaba que su intento estaba teniendo éxito. No obstante, cuando llegó a la clínica y saludó a Ramón con una sonrisa («¡Hombre, al fin sonríes!», exclamó su jefe), ella sabía bien que no había salido de dentro, que no era real, no la sentía, solo había sido un acto reflejo, por lo que la quedaba todavía

mucho esfuerzo por hacer.

Tardaron bastante en llegar las primeras personas. La mayoría llevaban perros y casi todos eran para ponerles las vacunas. El primer paciente de Sandra de esa mañana fue un pequeño cachorro regordete de bulldog al que había que inyectarle su primera vacuna. Su dueña, una mujer joven y rellenita, estaba muy preocupada y nerviosa, pero la muchacha la tranquilizó.

—No se preocupe —le dijo poniéndose los guantes de látex—. ¿Es el primer perro que tiene?

—No, pero nunca les he tenido que vacunar; siempre los he comprado con ellas puestas. Este me lo ha dado una amiga. Mi novio dice que no siente nada, pero yo no estoy muy convencida de ello.

La rechoncha mano de la mujer no paraba de acariciar el rechoncho cuello del animal.

—Pues su novio tiene razón —convino Sandra mirando a los inquietos ojos de la mujer, mientras sacaba la funda de la aguja—. Solo es un pinchacito de nada. —Estiró la piel del animal a la altura del anca trasera y clavó la aguja con un preciso movimiento desviando solamente unos segundos la mirada. La mujer seguía mirándola fijamente a ella y escuchando lo que decía—. Es una aguja muy pequeña. —Y la sacó—. ¿Ve? Ya está. Ni se ha enterado. —La mujer bajó los ojos hacia su perrito desconcertada—. Es un perro muy bueno.

Sandra había conseguido lo que quería: distraer a la mujer para que no se diera cuenta de que le estaba pinchando, y se sentía muy orgullosa. También se percató de que por primera vez en las dos semanas había conseguido quitarse de la cabeza a Nana, aunque hubiese sido solo durante unos minutos. Tenía que seguir así el resto de la mañana. Tenía que seguir pensando únicamente en lo que hacía: en las vacunas, en los vendajes.... Tenía que continuar hablando con los dueños de los animales. Y para su sorpresa lo consiguió. Cuando miró el reloj ya era la hora del pequeño descanso para almorzar. En ese instante, sí que resurgió en la mente de la joven el recuerdo de Nana, pero solo fugazmente; se desvaneció tan rápido como había aparecido.

Salió a la calle con un bocadillo y una botella de agua y se sentó en el borde de la acera que había frente a la clínica. Entonces vio un perro sucio, cojeando, con el pelo alborotado: un perro abandonado...

Tras la muerte de Jaque, a Santi le atormentaban cada noche terribles pesadillas en las que él era una especie de demonio con cabeza

de perro y no paraba de sacrificar a galgos, uno tras otros, colgándolos de un árbol bastante conocido. Y justo cuando aparecía Jaque, se despertaba lleno de sudor, con la respiración agitada. Luego, ya más tranquilo, se daba cuenta de que todos esos perros habían sido suyos y había hecho con ellos, cuando ya no corrían, lo mismo que en la pesadilla. Entonces lloraba de rabia al no poder cambiar aquel pasado. Lo peor de todo era que esto seguía repitiéndose cuatro años después de la muerte de Jaque.

Santi tenía ya sesenta y dos años e iba en silla de ruedas, pues dos años antes le detectaron una hernia discal en la columna vertebral. Le operaron, pero no salió tan bien como debía, por lo que se quedó sin poder andar. El ex cazador estaba muy cabreado con los médicos y estuvo a punto de demandarlos, pero finalmente solo se quedó en una amenaza.

Como su hijo no se encontraba allí porque tenía casa propia, siempre dejaba la silla de ruedas al lado de la cama para poder sentarse una vez despertado.

Esa noche volvió a tener la pesadilla y nada más pasársele la agitación del miedo se incorporó en la cama, quedando sentado, comenzando así el mismo agotador proceso que siempre tenía que llevar a cabo para conseguir sentarse en la silla. Después de estar un rato en esa postura, impulsaba el torso con los brazos hacia el extremo de la cama en el que se encontraba el artefacto y a continuación se cogía las piernas una a una y las colocaba frente a él. Luego venía la parte más difícil, sentarse. Lo que hacía era arrimar la silla todo lo posible a la cama, echar las piernas hacia afuera quedando colgadas del colchón y girar el resto del cuerpo impulsándose nuevamente con los brazos. Finalmente, con un último impulso de un solo brazo, ya que la mano del otro estaba apoyada en uno de los apoya brazos de cuero negro de la maldita silla de ruedas, conseguía sentarse —o más bien desplomarse— en ella. Tras esto, terminaba exhausto, por lo que se quedaba otro rato descansando.

Mientras se dirigía a la cocina rodando las ruedas, no paraba de pensar en por qué tenía esa horrible pesadilla. Sabía que una de las razones era Jaque, pero no podía ser solo eso, tenía que haber algo más que se le escapaba, y debía averiguarlo antes de que acabara volviéndose loco (después de cuatro años era un milagro que no le hubiera ocurrido ya). Había pensado llamar a un psicólogo, pero nunca le habían gustado aquellas personas (parecían creerse más listos que tú), por lo que intentaría descubrirlo por su cuenta.

Tomándose el café solo con poco azúcar, examinó mentalmente todos los elementos de la pesadilla: el lugar no serviría de mucha ayuda, pues era un extenso campo en barbecho con dos cerros, y de esos había muchos. Él estaba allí, por supuesto, con una cabeza de perro. ¿Por qué esa cabeza? Tal vez él era la representación del demonio que condenaba a aquellos animales. En cuanto a los perros, como siempre se percataba al

rato de despertarse, eran todos los galgos que había tenido durante toda su vida de cazador. Veía cómo a todos los sacrificaba, incluso a Lola, la perra que tenía antes de comprar a Jaque, y justo cuando este aparecía, se despertaba. La razón de esto era, con seguridad, que a él no le había hecho ningún daño... ¿O sí?

—¡Claro que sí!—, exclamó solo en la cocina. Derramó un poco de café tras el respingo que dio. Era eso, seguro que sí lo era. Ya no se acordaba —a pesar de que había sido un momento clave en su vida— debido a que habían pasado muchos años y la memoria le fallaba. A Jaque también le había intentado quitar la vida, por eso también aparecía en la pesadilla, y no llegaba a ver cómo le ahorcaba porque no llegó a matarle... Pero tenía que haber algo más, algo que todavía existía y que tenía que desaparecer, se dijo; no comprendía por qué, pero aquella idea le asaltó de repente. Algo le decía que si acababa con eso dejaría de tener los espantosos sueños.

Continuó intentando recordar los componentes del sueño dando otro trago al amargo líquido. Al rato, al fin, le vino a la cabeza el que le faltaba: el árbol. Aquel maldito y medio podrido nogal entre dos pequeños cerros del que había colgado a todos los perros que ya no corrían. Santi, de pronto, se sentía totalmente convencido de que tenía que acabar con él para liberarse de la culpa y arrepentimiento por todas las muertes.

Tenía que cortar El árbol.

Inmediatamente dejó la taza de café medio llena en la mesa y se dirigió todo lo rápido que sus brazos le permitían hacia el teléfono. Iba a llamar a David para que le acompañase, pues tenía que pasar por tierra y él solo no tendría suficientes fuerzas como para impulsarse. Y también porque sabía que estaría encantado de ver lo que se disponía hacer.

Su hijo le dijo que en unos minutos estaba allí y mientras tanto entró en una habitación que había en el patio donde guardaba todas sus herramientas y cogió un gran serrucho. Al tenerlo en sus manos, le recorrió por todo el cuerpo una sensación de satisfacción.

Al rato llegó David y se dirigieron al lugar en el que se encontraba El árbol...

El frío viento golpeaba el rostro y casi cortaba la piel de Miguel, al igual que la de Sara, y su gabardina de tono gris bailaba al son del aire a sus espaldas, imitando al bonito pelo negro de ella. Se encontraban, como cada dos domingos de cada mes, delante de la tumba de Bobby, seis años después de su muerte. Él resguardaba su mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta y abrazaba con el otro a su mujer; ella apoyaba la cabeza en

el hombro de su marido. La mente de Miguel comenzó a llenarse del recuerdo que jamás olvidaría; siempre que se paraba a contemplar aquella lápida le ocurría lo mismo. Ese recuerdo era el día del entierro de Bobby.

Más tarde, en el mismo día de la muerte de Bobby, Miguel comenzó a escribir una carta para él, con el fin de leerla a modo de discurso para despedirse de su perro durante el entierro.

Lo había decidido nada más parar de llorar. Se merecía un final digno. Cuando se recuperó llamó a su veterinario y le contó lo que quería hacer. Este le dijo que podía llevar el cadáver a la clínica para congelarlo mientras se realizaban todos los preparativos, y así lo hizo. Al día siguiente, por la mañana, tendría lugar la ceremonia en un cementerio de perros que había en la ciudad.

No llamó a Sara para decírselo, pues no quería preocuparla mientras estuviera trabajando, por lo que, como no quería estar solo en casa, aunque estaba el perro de ella, fue a ver a su hermano al cementerio con una silla plegable, lápiz y papel, y comenzó a escribir las palabras que diría.

El discurso era algo que había pensado hacer en cuanto Bobby empeoró, y era el resultado de muchas cosas de las que se había dado cuenta en cuanto a los animales, o en cuanto a los perros más concretamente. Algo que descubrió y que le había hecho emocionarse muchas veces a partir del fallecimiento de Fran. Algo, a su vez, que le confundía y fascinaba. Y no había mejor sitio donde se pudiera inspirar para escribir lo que iba a decir que el lugar en el que todo empezó. El lugar en el que encontró a Bobby después de que se escapara tras darle una brutal paliza. Todavía le latía el corazón rápidamente y se le erizaban los pelos al pensar en ello.

Después de una hora, terminó de escribir. No era muy largo, pero tuvo que pensar bien lo que quería decir y cómo lo quería decir, por lo que le llevó todo ese tiempo.

—Bueno, Fran —dijo mirando hacia los lados, como si su hermano se encontrara por allí y le estuviera viendo—. No sé si ya te habrás dado cuenta, pero estoy aquí porque Bobby, el perro que compramos para pegarle... —esas palabras le dolieron— cuando nos apeteciera, ha muerto. No sé si tú hubieras sentido hacia él lo que yo he llegado a sentir; no sé si le hubieras querido alguna vez, pero me habría gustado que así hubiese sido. Lo que ese perro hizo es incomprensible, pero lo hizo. Y sé que te hubiera encantado sentir lo que él me ha hecho sentir. —Hizo una pausa—. Adiós, hermano, dentro de unos días volveré para verte.

Recogió la silla y se dirigió a su casa. Al entrar le recibió Galán contento, y como era un perro pequeño, lo cogió en brazos y lo abrazó y besó. En ese momento llegó Sara.

—Hola, cariño. —Al ver que tenía cogido a su perro, se detuvo con la perplejidad dibujada en su rostro, y preguntó—: ¿Dónde está Bobby?
—Miguel hizo un gesto de negación con la cabeza casi imperceptible, y su mujer adivinó lo que quería decir—. ¡Oh! Lo siento, cariño. —Se acercó para abrazarlo al tiempo que Miguel dejaba al perro en el suelo.

—No pasa nada, Sara. Sabía que iba a ocurrir de un momento a otro —dijo estrechándola entre sus brazos.

Ya no pensaba llorar más. Se había desahogado escribiendo la carta. Aunque había sido, y era, muy doloroso, finalmente había aceptado la muerte de su perro.

Miguel le enseñó a Sara el papel con el escrito y le encantó. Le dijo que estaba muy orgullosa de él, de que se hubiera dado cuenta de todo eso.

Al cabo de un largo rato, llamaron a la puerta y apareció una mujer. Era la encargada del entierro. Estuvieron hablando del precio, dato que a Miguel no le importaba en absoluto, pues pensaba pagar todo lo que hiciera falta, y también les mostró un catálogo para que escogieran la lápida y caja que quisieran. Cuando se decidieron, la mujer se despidió y les dijo la hora exacta a la que se podría celebrar el acto.

A la mañana siguiente, Sara y Miguel fueron al veterinario, y desde allí se dirigieron al cementerio tras un coche en el que se trasladaba el cuerpo de Bobby. En el lugar en el que se le enterraría había una fosa que a Miguel le produjo escalofríos. Al rato llegaron los padres de Sara, quienes serían los únicos invitados.

Después de quince minutos, dos hombres aparecieron en el lugar con la caja que él y Sara habían elegido, seguidos del enterrador. Antes de que comenzaran a bajarla, Miguel comenzó a hablar.

—Quería decir unas palabras. —Los pocos presentes en el lugar lo miraron. Se sacó el papel del bolsillo interior de su chaqueta negra y se aclaró la voz—. Esto es una especie de carta o nota que le dedico a mi perro, Bobby, y que se quedará enterrada con él. Dice así:

¡Qué locura! Debéis estar locos. Es imposible que un ser vivo pueda estar cuerdo cuando su amo, aquel ser extraño en el que vosotros confiáis y amáis, os rechaza de malas maneras y, sin embargo, continuáis estando a

su lado; no lo abandonáis.

No entiendo cómo si se os abandona...

... Inmediatamente, Sandra recordó a aquel perro abandonado al que a través de las rejas rojas de su colegio le dio, durante unos días, parte de su bocadillo y zumo, y se estremeció. Ahora se encontraba en una situación muy parecida a aquella y esta vez no iba a ser menos. Por tanto lo llamó.

—Chsss, perrito. —El animal, con la comisura de los ojos cubiertas de mugre y legañas, giró la cabeza en su dirección—. Ven, toma —dijo mientras le enseñaba el bocadillo.

El perro se acercó a medio correr, cojeando, y al alcanzar a Sandra, en vez de quitarle la comida de la mano, se esperó a que ella se lo diera.

—Ten. —Partió un cacho y se lo ofreció. El can lo devoró con rápida voracidad.

A continuación, Sandra abrió la botella de agua y, ahuecando la mano, echó un poco en ella a la vez que el perro bebía. Los secos y sucios pelos que le colgaban del hocico se empaparon con la clara agua.

Finalmente, la muchacha se percató de que ya no tenía hambre, a pesar de que no había comido nada, por lo que le dio el resto del bocadillo. Y viendo cómo el animal movía el rabo de un lado para otro mientras lo engullía, sonrió.

Pero esta vez de verdad.

..., si se os tira un tiro con una escopetilla de caza o se os intenta ahorcar en un árbol porque ya no corréis...

... Al ver el maldito Árbol en la distancia, a Santi se le aceleró el corazón y deseó con toda su alma poder usar sus piernas para correr hacia él y cortarlo lo antes posible.

La tierra hacía que la silla de ruedas, empujada por David, avanzara muy lentamente, y Santi estaba comenzando a desesperarse, pues

parecía que no llegarían nunca; pero al fin lo alcanzaron.

Miró a su alrededor, al suelo. Bajo él yacían enterrados muchos de los perros que había sacrificado sin una razón humana. Creyó que con lo que estaba a punto de hacer, no solo se redimiría de esa terrible culpa, sino que les haría un poco de justicia a todos esos galgos.

Luego se volvió hacia su objetivo.

—Aquí estás —dijo dirigiéndose a El Árbol—. Tú eres el culpable de esa espantosa pesadilla. Ya no pienso volver a tenerla nunca más. Hijo, sujeta el serrucho por el otro lado —le señaló a David al extender la herramienta.

Colocó la dentada hoja sobre la superficie del tronco y, tras respirar hondo, empezaron a serrar.

El rasgado sonido que producía le encantaba, era música para sus oídos. Pero solo cuando terminaron de cortarlo, solo cuando escuchó el zumbido provocado por el roce de El Árbol con el aire al caer, y solo cuando El Árbol tocó el suelo con un golpe seco, pudo cerrar los ojos y respirar realmente aliviado.

..., si se os maltrata...

En esa parte hizo una pausa y recordó sin querer las palizas que él y Fran le habían dado. Pero enseguida lo alejó de su mente, y continuó.

..., no entiendo cómo podéis seguir siendo nuestros amigos, siéndonos fieles. Cualquiera persona se marcharía y no volvería. Pero vosotros no. Vosotros regresáis, o intentáis encontrarnos si sois abandonados; os ponéis contentos al vernos después de que se os haya intentado ahorcar; o continuáis queriéndonos y respetando tras una paliza.

Por eso escribo esto y pienso que estáis locos. Porque no consigo comprender cuál es la razón que os lleva a hacer todo eso, qué es lo que tenéis dentro de vuestra cabeza o qué es lo que se os pasa por ella.

Así que, yo me hago esta pregunta:

¿En qué pensáis, Bobby? ¿Qué piensan los perros?